



LA EDUCACIÓN
SENTIMENTAL II

Gustave Flaubert

Gustave Flaubert

La educación sentimental II

bajalibros.com

Bajalibros.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las

sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o

procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

ISBN 978-987-678-606-5

Publisher: Vi-Da Global S.A.

Copyright: Vi-Da Global S.A.

Domicilio: Costa Rica 5639 (CABA)

CUIT: 30-70827052-7

TERCERA PARTE

I

El ruido de una descarga lo sacó bruscamente de su sueño, y, a pesar de los ruegos de Rosanette, Federico, a viva fuerza, quiso ir a ver lo que sucedía.

Se dirigió a los Campos Elíseos, de donde habían partido los disparos. En la esquina de la calle Saint-Honoré se cruzaron con él unos hombres de blusa que le gritaron:

-¡No! ¡Por ahí, no! ¡Al Palais-Royal!

Federico los siguió. Habían arrancado las verjas del convento de la Asunción. Más adelante vio tres adoquines en el centro de la calle, probablemente el comienzo de una barricada, y luego cascos de botellas y rollos de alambre para obstaculizar el paso de la caballería. De pronto salió de una callejuela un joven alto y pálido cuyo cabello negro flotaba sobre sus hombros recogido en una especie de malla con lunares de colores. Llevaba un fusil de soldado y corría sobre la punta de las zapatillas con el aspecto de un sonámbulo y la agilidad de un tigre. De vez en cuando se oía una detonación.

La noche anterior, el espectáculo de un carro que transportaba cinco cadáveres recogidos entre los del bulevar de los Capuchinos había cambiado el estado de ánimo del pueblo; y mientras en las Tullerías los edecanes se sucedían y el señor Molé no conseguía formar un gabinete nuevo y el señor Thiers trataba de organizar otro, y el Rey trapaceaba y vacilaba y luego entregaba a Bugeaud el mando supremo para impedir luego que lo utilizara, la insurrección, como dirigida por un solo brazo, se organizaba formidablemente. Hombres de una elocuencia frenética arengaban a la multitud en las esquinas de las calles; otros tocaban a rebato en las iglesias; se fundía plomo, se hacían cartuchos; los árboles de los bulevares, los urinarios, los bancos, las verjas, los faroles, todo era arrancado y derribado; París amaneció cubierto de barricadas. La resistencia no duró mucho; la Guardia Nacional intervenía en todas partes, de tal modo que a las ocho el pueblo, de grado o por fuerza, era dueño de cinco cuarteles, casi todas las alcaldías y los puestos estratégicos más seguros. Por sí sola, sin sacudidas, la monarquía se disolvía rápidamente; en aquel momento estaban atacando precisamente al puesto del Châteaud'Eau, con el objeto de liberar a cincuenta presos que ya no estaban allí.

Federico se detuvo forzosamente a la entrada de la plaza. Grupos armados la llenaban. Compañías de infantería ocupaban las calles Saint-Thomas y Fromanteau. Una barricada enorme cerraba la calle de 'alois. La humareda que oscilaba sobre ella se entreabrió y unos hombres la saltaron haciendo grandes gestos y desaparecieron; las descargas se reanudaron. El puesto respondía, sin que se viera a nadie dentro de él; sus ventanas, defendidas por persianas de roble, estaban agujereadas por aspilleras; y el monumento, con sus dos pisos, sus dos alas, su fuente en el primer piso y su puertecita en el centro, comenzaba a motearse con manchas blancas causadas por las balas. Su escalinata de tres peldaños estaba vacía.

Junto a Federico, un hombre con gorro frigio y cartuchera sobre el chaleco de tricota discutía con una mujer con pañuelo en la cabeza.

-¡Pero vuelve! ¡Vuelve!

-¡Déjame en paz! -replicaba el marido-. Tú sola puedes vigilar la portería. Ciudadano, le pregunto si no es justo. He cumplido con mi deber en todas partes, en 1830, el 32, el 34 y el 39. Hoy se pelea, ¡y yo también tengo que pelear! ¡Vete!

Y la portera terminó cediendo a las amonestaciones del marido y las de un guardia nacional que estaba cerca, un cuarentón de cara bonachona adornado con un collar de barba rubia. Cargaba su arma y disparaba mientras conversaba con Federico, tan tranquilo en medio de la refriega como un horticultor en su huerto. 'Un muchacho con delantal lo engatusaba para que le diera cápsulas y pudiera utilizar su escopeta, una linda carabina de caza que le había dado "un señor".

-Tómalas de mi espalda -dijo el ciudadano- y lárgate. ¡Vas a hacerte matar! Los tambores tocaban a la carga.

Gritos agudos y vítores triunfales resonaban y un remolino continuo hacía oscilar a la multitud. Federico, apresado entre dos densos grupos, no se movía, fascinado además y extraordinariamente divertido. Ni los heridos que caían ni los muertos tendidos en el suelo parecían verdaderos heridos y muertos. Tenía la sensación de que presenciaba un espectáculo.

En medio de la marejada, por encima de las cabezas, se veía a un anciano de frac negro montado en un caballo blanco con silla de terciopelo. En una mano tenía una rama verde -y en la otra un papel, y los sacudía con obstinación. Por fin, convencido de que no podía hacerse oír, se retiró.

Los soldados habían desaparecido y sólo quedaban los guardias municipales para defender el puesto. Una oleada de intrépidos se lanzó a la escalinata; cayeron y avanzaron otros, y la puerta, golpeada por las barras de hierro, resonaba, pero los guardias municipales no cedían. Arrastraron hasta los muros una calesa llena de heno que ardía como una antorcha gigantesca, y llevaron haces de leña, paja y un barril de alcohol. El fuego ascendió a lo

largo de las piedras, el edificio comenzó a humear por todas partes como una solfatara, y arriba, entre los balaustrados de la azotea, surgían grandes llamas con un ruido estridente. El primer piso del Palais-Royal estaba lleno de guardias nacionales. Disparaban desde todas las ventanas que daban a la plaza, las balas silbaban y el agua de la fuente rota se mezclaba con la sangre y formaba charcos en el suelo; se deslizaba en el barro sobre ropas, chacós y armas. Federico sintió bajo el pie algo blando: era la mano de un sargento con capote gris tendido boca abajo en el arroyo. Nuevos grupos de gente llegaban sin cesar y empujaban a los combatientes hacia el puesto. Las descargas eran cada vez más cerradas. Las tabernas estaban abiertas y de cuando en cuando entraban en ellas para fumar una pipa, beber un vaso de vino y volver al combate. Un perro perdido aullaba y eso hacía reír.

A Federico le estremeció el choque de un hombre que, con una bala en los riñones, cayó sobre él, agonizante. Ese tiro, dirigido acaso contra él, lo enfureció, y se lanzaba hacia adelante cuando un guardia nacional lo detuvo: -¡Es inútil! El Rey se ha ido. Si no me cree, vaya a verlo.

Esa afirmación calmó a Federico. La plaza del Carrusel parecía tranquila. El palacio de Nantes se alzaba solitario como siempre, y las casas situadas detrás, la cúpula del Louvre enfrente, la larga galería de madera a la derecha y el terreno baldío que ondulaba hasta las barracas de los vendedores callejeros estaban como sumergidos en el color gris de la atmósfera, en la que murmullos lejanos parecían confundirse con la bruma, en tanto que en el otro extremo de la plaza una luz cruda caía por un desgarrón de las nubes sobre la fachada de las Tullerías y blanqueaba todas sus ventanas. Cerca del Arco de Triunfo yacía tendido un caballo muerto. Detrás de las verjas charlaban grupos de cinco o seis personas. Las puertas del palacio estaban abiertas y los sirvientes apostados en el umbral dejaban entrar.

Abajo, en una salita, servían tazas de café con leche. Algunos curiosos se sentaban bromeando a las mesas; otros se mantenían de pie, entre ellos un cochero de coche de alquiler.

Tomó con ambas manos un tarro de azúcar molida, lanzó una mirada inquieta a derecha e izquierda y comenzó a comer vorazmente con la nariz hundida en el gollete del tarro. Al pie de la gran escalera un hombre firmaba en un registro.

-¡Cómo, Hussonnet!

-Pues sí -respondió el bohemio-. Me introduzco en la Corte. Qué buena farsa, ¿verdad?

-¿Si subiéramos?

Llegaron a la sala de los Mariscales. Los retratos de aquellos *Personajes ilustres, con excepción del de Bugeaud*, perforado en el vientre, estaban intactos. Se apoyaban en su sable, con una cureña de cañón a su espalda, en las actitudes terribles que concordaban con las circunstancias. Un gran reloj de pared marcaba la una y veinte.

De pronto resonó la *Marsellesa*. Hussonnet y Federico se inclinaron sobre la barandilla. Era el pueblo, que se precipitó por la escalera, sacudiendo en oleadas vertiginosas cabezas descubiertas, cascos, gorros fríos, bayonetas y hombros, tan impetuosamente que las personas desaparecían en aquella masa hormigueante que seguía subiendo como un río engolfado por una marea equinoccial, con un largo rugido, bajo un impulso irresistible.

Ya sólo se oía el pisoteo de todos los zapatos y el rumor de las voces. La multitud inofensiva se contentaba con mirar. Pero de vez en cuando un codo demasiado saliente rompía un vidrio, o un jarrón o una estatua caían al suelo desde una repisa. Los enmaderados apretados crujían. Todas las caras estaban enrojecidas y el sudor corría por ellas en gruesas gotas.

-¡Los héroes no huelen bien! -observó Hussonnet.

-¡Qué irritante es usted! -replicó Federico.

Y empujados a su pesar entraron en un aposento en el techo del cual se extendía un dosel de terciopelo rojo. Debajo, en el trono, estaba sentado un proletario de barba negra, con la camisa entreabierta y el aire jovial y estúpido de un mico. Otros subían al estrado para sentarse en su lugar.

-¡Qué mito! -exclamó Hussonnet-. ¡He aquí al pueblo soberano! Levantaron en vilo el sillón que atravesó la sala balanceándose.

-¡Pardiez, cómo navega! ¡La nave del Estado se bambolea en un mar tempestuoso! ¡Baila, baila!

Acercaron el trono a una ventana y entre silbidos lo arrojaron por ella.

-¡Pobre viejo! -dijo Hussonnet al verlo caer en el jardín, donde se apresuraron a recogerlo para pasearlo hasta la Bastilla y quemarlo.

Entonces estalló una alegría frenética, como si en el lugar del trono hubiese aparecido un porvenir de felicidad ilimitada, y el pueblo, menos por venganza que para afirmar su posesión, rompió, destrozó los espejos y las colgaduras, las arañas, los candelabros, las mesas, las sillas, los escabeles, todos los muebles, inclusive los álbumes de dibujos y los bastidores de cañamazo. ¡Puesto que habían vencido tenía que divertirse! La canalla se disfrazó irónicamente con encajes y cachemiras. Randas de oro se enrollaban en las mangas de las blusas, sombreros con plumas de avestruz adornaban la cabeza de los herreros, cintas de la Legión de Honor servían como pretinas a las prostitutas. Cada cual satisfacía su capricho; unos bailaban y otros bebían. En el dormitorio de la Reina una mujer se ponía pomada en el cabello; detrás de un biombo dos aficionados jugaban a los naipes. Hussonnet le mostró a Federico un individuo que fumaba su pipa acodado en un balcón; y el delirio redoblaba

su batahola continua de porcelanas rotas y de trozos de cristal que sonaban, al rebotar, como las notas de una armónica.

Luego la furia se ensombreció. Una curiosidad obscena hizo que se husmeara en todos los gabinetes, en todos los rincones, que se abrieran todos los cajones. Presidarios hundían sus brazos en los lechos de las princesas y se revolcaban en ellos para consolarse de no poder violarlas. Otros, de caras más siniestras, vagaban silenciosamente en busca de algo que robar, pero la multitud era demasiado numerosa. Por los vanos de las puertas sólo se veía a lo largo de las habitaciones la oscura masa popular entre los dorados y bajo una nube de polvo. Todos los pechos jadeaban, el calor era cada vez más sofocante y los dos amigos, temiendo que los ahogaran, salieron.

En la antesala, de pie sobre un montón de ropas, se hallaba una prostituta en actitud de estatua de la Libertad, inmóvil, con los ojos abiertos, espantosa.

Apenas habían avanzado tres pasos cuando un pelotón de guardias municipales con capotas se dirigió hacia ellos, y, quitándose las gorras policiales, que dejaron al descubierto sus cráneos un poco calvos, saludaron al pueblo con una profunda reverencia. Ante tal testimonio de respeto, los vencedores andrajosos se pavonearon. Hussonnet y Federico tampoco dejaron de experimentar cierto placer.

Se sentían exaltados. Volvieron al Palais-Royal. Delante de la calle Fromanteau se amontonaban sobre paja cadáveres de soldados. Pasaron junto a ellos impasiblemente, e inclusive orgullosos de su presencia de ánimo. El Palais-Royal rebosaba de gente. En el patio interior ardían siete hogueras. Por las ventanas arrojaban pianos, cómodas y relojes. Las bombas de incendio lanzaban agua hasta los tejados. Algunos bribones trataban de cortar las mangas con sus sables. Federico exhortó a un alumno de la Escuela Politécnica a que lo impidiera, pero el otro no le entendió y además parecía imbécil. A todo alrededor, en las dos galerías, el populacho, dueño de las cantinas, se entregaba a una borrachera horrible. El vino corría en arroyos, mojaba los pies, y los granujas bebían en cascos de botellas y vociferaban tambaleándose.

-Salgamos de aquí -dijo Hussonnet-. Esta gente me repugna.

A lo largo de la galería de Orleans los heridos yacían tendidos en colchones, con cortinas de púrpura como mantas, y las pequeñas burguesas del barrio les llevaban caldo y ropa blanca. -A pesar de todo-dijo Federico-, el pueblo me parece sublime.

El gran vestíbulo estaba abarrotado por un torbellino de personas furiosas; algunos hombres querían subir a los pisos superiores para acabar de destruir todo; guardias nacionales apostados en la escalera se esforzaban por contenerlos. El más intrépido era un cazador con la cabeza descubierta, el cabello revuelto y los correajes rotos. La camisa se le abultaba entre el pantalón y la casaca y forcejeaba vivamente entre los otros. Hussonnet, que tenía buena vista, reconoció de lejos a Arnoux.

Luego fueron al jardín de las Tullerías para respirar mejor. Se sentaron en un banco y se quedaron allí durante unos minutos con los ojos cerrados, tan aturdidos que no tenían fuerza para hablar. A su alrededor se interpeleaban los transeúntes. La duquesa de Orleans había sido nombrada Regente, todo, había terminado y se sentía esa especie de bienestar que sigue a los desenlaces rápidos, cuando en las buhardillas del palacio aparecieron los sirvientes desgarrando sus libreas, que arrojaban al jardín como en señal de abjuración. La gente los abucheó y se retiraron.

Atrajo la atención de Federico y Hussonnet un mocetón que avanzaba rápidamente entre los árboles con un fusil al hombro. Una cartuchera le sujetaba en la cintura la marinera roja y bajo la gorra un pañuelo le ceñía la frente. Volvió la cabeza y reconocieron a Dussardier, quien se arrojó en sus brazos.

-¡Oh, qué felicidad, amigos míos! -exclamó, y no pudo decir más, pues jadeaba de alegría y cansancio.

Estaba de pie desde hacía cuarenta y ocho horas. Había trabajado en las barricadas del Barrio Latino, combatido en la calle Rambuteau, salvado a tres dragones y entrado en las Tullerías con la columna de Dunoyer, para ir luego a la Cámara y al Palacio Municipal.

-De allí vengo. ¡Todo marcha bien! ¡El pueblo triunfa! ¡Los obreros y los burgueses se abrazan! ¡Oh, si supieran ustedes lo que he visto! ¡Qué gente valiente! ¡Qué magnífico es esto! Y sin darse cuenta de que los otros no tenían armas, añadió:

-¡Estaba seguro de encontrarlos aquí! ¡Durante un tiempo la lucha ha sido brava, pero no importa!

Una gota de sangre le corría por la mejilla, y a las preguntas de sus amigos respondió:

-¡Oh, no es nada! ¡El arañazo de una bayoneta! -Sin embargo, debería curarse.

-¡Bah! Soy fuerte. ¿Qué importancia tiene esto? ¡Se ha proclamado la República y ahora seremos felices! Unos periodistas que conversaban hace poco en mi presencia decían que se va a liberar a Polonia e Italia. No habrá más reyes, ¿comprenden? ¡Toda la tierra libre! ¡Toda la tierra libre!

Y abarcando el horizonte con una sola mirada, abrió los brazos en actitud triunfante. Pero una larga fila de hombres corría por el terraplén a orillas del agua.

-¡Pardiez! ¡Olvidaba que los fuertes están ocupados! ¡Tengo que ir allí! ¡Adiós! Y se volvió para gritarles blandiendo el fusil: -¡Viva la República!

De las chimeneas del palacio se escapaban enormes torbellinos de humo negro que transportaban chispas. El repique de las campanas producía a lo lejos la impresión de balidos de susto. A derecha e izquierda, en todas

partes, los vencedores descargaban las armas, Federico, aunque no era guerrero, sentía que le retozaba la sangre gala. El magnetismo de las multitudes entusiastas se le había comunicado, y olfateaba voluptuosamente la atmósfera tempestuosa que olía a pólvora; y no obstante se estremecía bajo los efluvios de un amor inmenso, de un enternecimiento supremo y universal, como si el corazón de la humanidad entera latiera en su pecho.

Hussonnet dijo, bostezando:

-Acaso sea ya tiempo de informar a las provincias.

Federico lo siguió a su oficina de corresponsal en la plaza de la Bolsa, donde se dedicó a redactar para un diario de Troyes una relación de los acontecimientos en estilo lírico, una verdadera obra de arte que firmó. Luego comieron juntos en una taberna. Hussonnet estaba pensativo; las excentricidades de la Revolución superaban a las suyas.

Después del café, cuando fueron al Palacio Municipal, en busca de noticias, su naturaleza de pilluelo se había sobrepuesto. Escalaba las barricadas como un gamo y respondía a los centinelas con chocarrerías patrióticas.

A la luz de las antorchas oyeron la proclamación del Gobierno Provisional. Por fin, a medianoche, Federico, rendido de cansancio, volvió a su casa.

-Bueno -dijo a su criado, que lo desvestía-, ¿estás contento?

-¡Indudablemente, señor! Pero lo que no me gusta es esa gente que baila.

Al día siguiente, al despertar, Federico se acordó de Deslauriers y fue a su casa. El abogado acababa de partir, pues lo habían nombrado delegado en una provincia. La noche anterior había conseguido llegar hasta Ledru-Rollin, e importunándole en nombre de las Escuelas, le arrancó un puesto, una misión. Por lo demás, según dijo el portero, debía escribir la semana próxima para dejar su nueva dirección.

A continuación Federico fue a ver a la Mariscala, que lo recibió con acritud, pues le guardaba rencor por su abandono. Pero disiparon ese rencor las reiteradas seguridades de paz.

Todo estaba tranquilo en aquel momento, no había motivo alguno para temer. Federico la abrazó y ella se declaró en favor de la República, como había hecho ya el señor arzobispo de París y como iban a hacer con una presteza y un celo maravillosos la Magistratura, el Consejo de Estado, el Instituto, los mariscales de Francia, Changarnier, el señor de Falloux, todos los legitimistas, todos los bonapartistas y muchos orleanistas.

La caída de la 'Monarquía había sido tan rápida que, pasada la primera estupefacción, la clase media pareció asombrarse de seguir viviendo. La ejecución sumaria de algunos ladrones, fusilados sin juicio previo, pareció muy justa. Durante un mes se repitió la frase de Lamartine sobre la bandera roja: "que sólo había dado la vuelta al Campo de Marte, en tanto que la bandera tricolor...", etcétera, y todos se alinearon bajo su sombra, queriendo cada partido ver de los tres colores sino el suyo, y prometiéndose que cuando llegara a ser el más fuerte arrancaría los otros dos.

Como los negocios estaban interrumpidos, la inquietud y la curiosidad lanzaban a todo el mundo a la calle. El desaliño en los vestidos atenuaba la diferencia de las categorías sociales, se ocultaba el odio, se exhibían las esperanzas y la multitud se mostraba muy apacible. Los rostros reflejaban el orgullo de un derecho conquistado. Reinaba una alegría carnavalesca, y los modales eran de vivac. Nada fue tan divertido como el aspecto de París durante los primeros días.

Federico y la Mariscala, tomados del brazo, callejaban juntos. Ella se divertía viendo las escarapelas que adornaban todas las solapas, las colgaduras en todas las ventanas, los carteles de todos los colores fijados en las paredes, y arrojaba aquí y allá una moneda en la alcancía para los heridos colocada en una silla en medio de la calle. Luego se detenía ante las caricaturas que representaban a Luis Felipe como pastelero, payaso, perro o sanguijuela. Pero los hombres de Caussidière¹, con su sable y su banda, le asustaban un poco. Otras veces plantaban un Árbol de la Libertad. Los sacerdotes asistían a la ceremonia y bendecían a la República, escoltados por servidores con galones dorados; y a la multitud le parecía muy bien eso. El espectáculo más frecuente era el de las diputaciones de todas clases que iban a reclamar algo en el Palacio Municipal, pues cada gremio y cada industria esperaba del gobierno la terminación radical de su miseria. Es cierto que algunos se acercaban a él para aconsejarle, para felicitarle o simplemente para hacerle una pequeña visita y ver cómo funcionaba la máquina. Hacia mediados de marzo, un día en que pasaba por el puente de Arcole para hacer en el Barrio Latino un encargo de; Rosanette, Federico vio que avanzaba una columna de personas con sombreros extravagantes y largas barbas. A la cabeza, tocando un tambor, iba un negro, ex modelo de pintor, y el hombre que llevaba la bandera, en la que flotaba al viento esta inscripción: "Artistas pintores", no era otro que Pellerin.

Hizo señas a Federico para que le esperara, y cinco minutos después reapareció, pues disponía de tiempo, ya que en aquel momento el gobierno recibía a los picapedreros. Iba con sus colegas a reclamar la creación de un Foro del Arte, una especie de Bolsa en la que se discutirían los intereses de la Estética y se producirían obras sublimes, pues los trabajadores aportarían en común su genio. En poco tiempo París estaría cubierto de monumentos gigantescos; él los decoraría y ya había comenzado una figura de la República. Uno de sus colegas fue a buscarlo, pues les pisaba los talones la diputación de los comerciantes de aves.

-¡Qué tontería! --gruñó una voz entre la multitud-. ¡Siempre las mismas farsas! ¡Nada serio!

Era Regimbart. No saludó a Federico, pero aprovechó la ocasión para desahogar su amargura.

El Ciudadano se dedicaba a vagabundear por las calles, retorciéndose el bigote, girando los ojos, aceptando y propalando las noticias lúgubres. Sólo pronunciaba dos frases: “¡Tened cuidado, nos van a desbordar!” y: “¡Voto a bríos, escamotean la República!”. Le descontentaba todo, especialmente que no se hubieran recuperado las fronteras nacionales. El solo nombre de Lamartine le hacía encogerse de hombros. No le parecía Ledru-Rollin “capacitado para el problema”, llamaba a Dupont (de l’Eure) viejo tonto; a Albert, idiota; a Luis Blanc, utopista; a Blanqui, hombre extremadamente peligroso. Y cuando Federico le preguntó qué se debía haber hecho, contestó, apretándole el brazo hasta triturárselo: -¡Tomar el camino del Rin, le digo, tomar el Rin, caramba! Luego acusó a la reacción, que se desenmascaraba. El saqueo de los palacios de Neuilly y de Suresnes, el incendio de las Batignolles, los disturbios de Lyon, todos los excesos, todos los daños, se exageraban en aquel momento, y a ello había que añadir la circular de Ledru-Rollin, el curso forzoso de los billetes de banco, la baja del rédito a sesenta francos y, finalmente, como iniquidad suprema, como último golpe, como acrecentamiento del horror, ¡el impuesto de cuarenta y cinco céntimos! ¡Y por encima de todo eso quedaba aún el socialismo! Aunque esas teorías, tan nuevas como el juego de la oca, habían sido discutidas durante cuarenta años lo suficiente para llenar bibliotecas, seguían espantando a los burgueses como una lluvia de aerolitos, e indignaban, en virtud de ese odio que provoca el advenimiento de toda idea porque es una idea, execración de la que obtiene más adelante su gloria y que hace que sus enemigos queden siempre por debajo de ella, por mediocre que sea.

Entonces la Propiedad fue puesta al nivel de la Religión y se confundió con Dios. Los ataques de que era objeto parecieron sacrilegios, y casi antropofagia. A pesar de la legislación, más humana que nunca, reapareció el espectro del 93, y la cuchilla de la guillotina vibró en todas las sílabas de la palabra República, lo que no impedía que se la despreciase por su debilidad. Francia, sintiéndose ya sin amo, se puso a gritar de espanto, como un ciego sin lazarillo o un niño que ha perdido a su niñera.

De todos los franceses, el que temblaba más era el señor Dambreuse. El nuevo estado de cosas amenazaba su fortuna, pero sobre todo defraudaba su experiencia. ¡Un sistema tan bueno, un rey tan prudente! ¿Era posible aquello? ¡La tierra se derrumbaba! Al día siguiente despidió a tres criados, vendió sus caballos, compró para salir a la calle un sombrero flexible, y hasta pensó en dejarse crecer la barba; y se quedaba en casa abatido, repasando con amargura los periódicos más hostiles a sus ideas, y estaba tan sombrío que ni siquiera las bromas acerca de la pipa de Flocon le habían hecho sonreír.

Como defensor del último reinado, temía que la venganza del pueblo recayera sobre sus propiedades de Champaña, cuando cayó en sus manos el artículo de Federico para el diario de Troyes. Se imaginó que su joven amigo era un personaje muy influyente y que podría, si no servirle, por lo menos defenderle. En consecuencia, una mañana el señor Dambreuse se presentó en su casa acompañado por Martinon.

Esa visita sólo tenía por objeto, según dijo, verlo y charlar un poco con él. En resumidas cuentas, se alegraba de los acontecimientos y aceptaba de muy buen grado “nuestra sublime divisa: *Libertad, Igualdad, Fraternidad*, pues siempre había sido republicano en el fondo”. Si bajo el otro régimen votaba en favor del gobierno, era simplemente para acelerar su caída inevitable. Inclusive se irritó contra el señor Guizot, “que nos ha metido en un lindo atolladero, convengamos en ello”. En cambio admiraba mucho a Lamartine, quien se había mostrado “magnífico, mi palabra de honor, cuando, a propósito de la bandera roja...”

-Sí, lo sé -dijo Federico.

Después de lo cual Dambreuse declaró su simpatía por los obreros. “Pues, en fin, más o menos, todos somos obreros.” Y llevaba su imparcialidad hasta reconocer que Proudhon tenía lógica. “¡Oh, mucha lógica, qué diablo.” Luego, con la objetividad de una inteligencia superior, habló de la exposición de pintura, donde había visto el cuadro de Pellerin. Le parecía original y bien ejecutado.

Martinon apoyaba todas sus palabras con observaciones aprobatorias; también él pensaba que había que “unirse francamente a la República”, y habló de su padre, que era labrador, campesino, hombre del pueblo. Pronto llegaron a las elecciones para la Asamblea Nacional y a los candidatos por el distrito de la Fortelle. El de la oposición no tenía probabilidades de triunfo.

-Usted debería ocupar su lugar -dijo el señor Dambreuse. Federico protestó.

-¡Bah! ¿Por qué no? Obtendría los sufragios de los ultras, en-vista de sus opiniones personales, y los de los conservadores, a causa de su familia. Y quizá también -añadió el banquero, sonriendo- gracias un poco a mi influencia.

Federico objetó que no sabía cómo manejarse. Nada más fácil: haciéndose recomendar a los patriotas del Aube j por un club de la capital. Se trataba de hacer, no una profesión de fe como las que se hacían todos los días, sino una exposición de principios sería. ;

-Tráigamela; yo sé lo que conviene en la localidad. Y usted podría, se lo repito, prestar grandes servicios al país, a todos nosotros, a mí mismo.

En tiempos como aquellos se debían ayudar mutuamente, y si Federico necesitaba algo, él o sus amigos... -¡Oh, muchas gracias, estimado señor!

-Con la condición de que haya reciprocidad, por su puesto. El banquero era un buen hombre, decididamente.

Federico no pudo menos que reflexionar acerca de su consejo, y no tardó en deslumbrarle

una especie de vértigo.

Las grandes figuras- de la Convención desfilaron ante sus ojos. Le pareció que iba a surgir una aurora magnífica. Roma, Viena y Berlín se hallaban en plena insurrección, los austríacos eran expulsados de Venecia y toda Europa se agitaba. Era el momento oportuno para intervenir en el movimiento y tal vez para acelerarlo; además le seducía la vestimenta que, según se decía, llevarían los diputados. Ya se veía con chaleco de solapas y faja tricolor; y ese prurito, esa alucinación se hizo tan fuerte que habló de ello a Dussardier. El entusiasmo del buen muchacho no se debilitaba. -¡Ciertamente, por supuesto! ¡Preséntese!

Sin embargo, Federico consultó con Deslauriers. La oposición estúpida que ponía trabas al delegado en su provincia había aumentado su liberalismo. Inmediatamente le envió exhortaciones violentas.

Pero Federico necesitaba la aprobación de mayor número de personas y confió el asunto a Rosanette un día en que estaba presente la señorita Vatnaz.

Ésta era una de esas solteronas parisienses que todas las noches, después de dar sus lecciones, o de tratar de vender pequeños dibujos, o de colocar pobres manuscritos, vuelven a su casa con barro en la falda, se hacen la comida, la comen a solas y, con los pies en el brasero y a la luz de una lámpara sucia, sueñan con un amor, una familia, un hogar, la fortuna y todo lo que les falta. Ella también, como otras muchas, había saludado en la revolución el advenimiento de la venganza y se entregaba a una propaganda socialista desenfrenada.

La emancipación del proletariado, según la Vatnaz, no era posible sino por la emancipación de la mujer.

Deseaba que se la admitiera en todos los empleos, la investigación de la paternidad, otro código, la abolición, o por lo menos “una reglamentación más inteligente del matrimonio”. Entonces cada francesa se vería obligada a casarse con un francés o a adoptar a un anciano. Era necesario que las nodrizas y las parteras fuesen

funcionarias a sueldo del Estado; que hubiese un jurado para examinar las obras de las mujeres, editores especiales para las mujeres, una escuela politécnica para las mujeres, una guardia nacional para las mujeres y toda clase de cosas para las mujeres. Y puesto que el gobierno desconocía sus derechos, debían vencer a la fuerza con la fuerza. ¡Diez mil ciudadanas con buenos fusiles harían temblar al Palacio Municipal!

La candidatura de Federico le pareció favorable para sus ideas. Le animó y le mostró la gloria en el horizonte.

Rosanette se alegró de contar con un hombre que hablaría en la Cámara.

-Y además te darán, probablemente, un buen puesto.

Federico, propenso a todas las debilidades, se sintió conquistado por la locura general. Escribió un discurso y fue a mostrárselo al señor Dambreuse.

Al ruido que hizo la gran puerta al cerrarse se entreabrió una cortina detrás de una ventana, y apareció en ella una mujer. Federico no tuvo tiempo para reconocerla; pero en la antesala se detuvo ante un cuadro, el de Pellerin, colocado sobre una silla, provisionalmente sin duda.

En ese cuadro aparecía la República, o el Progreso, o la Civilización, en la figura de Jesucristo conduciendo una locomotora a través de una selva virgen. Federico, tras un instante de contemplación, exclamó: -¡Qué ignominia!

¿Verdad que sí? -preguntó el señor Dambreuse, que llegaba en aquel momento y se imaginaba que la exclamación no se refería a la pintura, sino a la doctrina glorificada por el cuadro.

Martinon se presentó casi al mismo tiempo. Los tres pasaron al despacho, y Federico sacaba un papel del bolsillo cuando la señorita Cecilia entró de pronto y preguntó en tono ingenuo:

-¿Está aquí mi tía?

-Sabes muy bien que no -replicó el banquero-, pero no importa, procede como si estuvieras en tu habitación, señorita.

-No, gracias, me voy.

Apenas salió, Martinon simuló que buscaba su pañuelo.

-Lo he olvidado en el paletó, excúsenme.

-Está bien -dijo el señor Dambreuse.

Evidentemente no le engañaba la maniobra e inclusive parecía favorecerla. ¿Por qué? Pero Martinon reapareció en seguida y Federico comenzó a leer su discurso. Desde la segunda página, que señalaba como una vergüenza la preponderancia de los intereses pecuniarios, el banquero torció el gesto. Luego, al tratar de las reformas, Federico pedía la libertad de comercio.

-¿Cómo? ¡Permítame!

Pero el otro no le oyó y siguió leyendo. Reclamaba el impuesto a la renta, el impuesto progresivo, una federación europea, la instrucción del pueblo y un amplio fomento de las bellas artes.

“Aunque el país otorgara a hombres como Delacroix o Hugo cien mil francos de renta, ¿qué mal habría en ello?” El discurso terminaba con consejos a las clases superiores.

“¡No economicéis nada, oh ricos! ¡Dad! ¡Dad!”

Calló y se quedó de pie. Sus dos oyentes, sentados, callaban también. Martinon tenía los ojos desencajados y el señor Dambreuse estaba muy pálido. Por fin, disimulando su emoción con una agria sonrisa, dijo: -Su discurso es perfecto.

Y elogió mucho la forma para no tener que opinar sobre el fondo.

Esa virulencia en un joven inofensivo le asustaba, sobre todo como síntoma. Martinon trató de tranquilizarlo. Dentro de poco tiempo el partido conservador se desquitaría seguramente; en muchas ciudades habían

expulsado a los delegados del Gobierno Provisional; las elecciones no se realizarían hasta el 23 de abril y disponían de tiempo; en resumen, era necesario que el señor Dambreuse se presentase personalmente en el distrito del Aube. Y desde ese momento Martinon no lo abandonó un instante, se convirtió en su secretario y lo rodeó de atenciones filiales.

Federico llegó muy contento de sí mismo a casa de Rosanette. Delmar estaba allí y le dijo que “definitivamente” se presentaba como candidato en las elecciones del Sena. En un manifiesto dirigido “al pueblo” y en el que lo tuteaba, el actor se jactaba de comprenderlo, “él”, y de haberse hecho, para salvarlo, “crucificar por el Arte”, de tal modo que era su encarnación, su ideal. Creía efectivamente que ejercía una enorme influencia en las masas, hasta el extremo de que propuso más adelante en una oficina del gobierno reprimir una revuelta por sí solo, y cuando le preguntaron que medios emplearía, contestó: -¡No tengan miedo! ¡Les mostraré mi cabeza!

Federico, para mortificarlo, le notificó su propia candidatura. El histrión, al saber que su futuro colega ponía la mira en la provincia, se puso a su servicio y se ofreció para presentarlo en los clubes.

Visitaron todos, o casi todos, los rojos y los azules, los furibundos y los tranquilos, los puritanos y los libertinos, los místicos y los juerguistas, los que decretaban la muerte de los reyes y los que denunciaban los fraudes del comercio; y en todas partes los inquilinos maldecían a los propietarios, la blusa acusaba al frac y los ricos conspiraban contra los pobres. Muchos pedían indemnizaciones por haber sido mártires de la policía, otros imploraban dinero para poner en práctica sus inventos, o bien se trataba de planes de falansterios, proyectos de bazares cantonales o sistemas de felicidad pública; y aquí y allá un relámpago de ingenio en aquellas nubes de necesidad, apóstrofes súbitos como salpicaduras, el derecho formulado con un juramento, flores de elocuencia en labios de un granuja que llevaba el tahalí de un sable sobre el pecho sin camisa. A veces se veía también a un caballero, un aristócrata de modales humildes que decía cosas plebeyas y no se había lavado las manos para que parecieran callosas. Un patriota lo reconocía, los más virtuosos lo zarandeaban y salía de allí con el corazón rabioso. Para fingir buen sentido había que denigrar a todos los abogados, y emplear con la mayor frecuencia posible expresiones como “aportar su piedra al edificio”, “problema social” y “taller”.

Delmar no desaprovechaba las ocasiones de hacer uso de la palabra, y cuando ya no tenía nada que decir, apelaba al recurso de colocarse una mano en la cadera y la otra en el chaleco y ponerse de perfil bruscamente, de manera que su cabeza quedara muy a la vista. Entonces estallaban aplausos, los de la señorita Vatnaz, desde el fondo de la sala.

Federico, a pesar de la mediocridad de los oradores, no se atrevía a hablar; toda aquella gente le parecía demasiado inculta o demasiado hostil.

Pero Dussardier se dedicó a buscar un local apropiado y le anunció que en la calle Saint- Jacques existía un club titulado el *Club de la Inteligencia*. Tal nombre permitía concebir buenas esperanzas, y además le prometió que llevaría a sus amigos.

Llevó a los que había invitado a su ponche: el tenedor de libros, el comisionista de vinos, el arquitecto, e inclusive Pellerin. Tal vez iría también Hussonnet; y en la acera, delante de la puerta, se estacionó Regimbart con dos individuos, uno de los cuales era su fiel Compain, hombre pequeño y fornido, picado de viruelas y de ojos enrojecidos; y el otro una especie de mono negro, muy melenudo y al que sólo conocía como “un patriota de Barcelona”.

Avanzaron por un pasillo y luego los introdujeron en una habitación grande, un taller de carpintero sin duda, cuyas paredes recién hechas olían a yeso. Cuatro quinqués colgados simétricamente daban una luz desagradable. En un tablado colocado en el fondo había una mesa con una campanilla y más abajo otra que hacía de tribuna, y a los lados otras dos más bajas para los secretarios. El público que ocupaba los bancos se componía de viejos alumnos de pintura, pasantes de colegio y literatos inéditos. En esas filas de paletós con cuellos grasientos se veían, aquí y allá, un gorro de mujer o una blusa de obrero. El fondo de la sala también estaba lleno de obreros que habían ido sin duda porque se hallaban desocupados o que habían llevado los oradores, para que los aplaudieran.

Federico tuvo el cuidado de colocarse entre Dussardier y Regimbart, quien, apenas se sentó, apoyó las dos manos en el bastón, y la barbilla en las manos, y cerró los ojos, mientras en el otro lado de la sala, Delmar, de pie, dominaba la asamblea. En la mesa del presidente apareció Sénécal.

El buen empleado había pensado que esa sorpresa complacería a Federico, pero le contrarió.

La multitud testimoniaba una gran deferencia por su presidente. Era de los que el 25 de febrero habían pedido la organización inmediata del trabajo; al día siguiente, en el Prado, se pronunció en favor del ataque al Palacio Municipal; y, como cada personaje se ajustaba entonces a un modelo, y el uno copiaba a Saint-Just, el otro a Danton y otro más a Marat, él trataba de parecerse a Blanqui, quien a su vez imitaba a Robespierre. Sus guantes negros y su cabello en escobillón le daban un aspecto rígido muy apropiado.

Abrió la sesión con la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, acto de fe habitual. Luego una voz vigorosa entonó *Los recuerdos del Pueblo* de Béranger. Se elevaron otras voces: -¡No, no! ¡Eso no! -¡La gorra! -aullaron en el fondo los patriotas. Y cantaron en coro la canción del día:

Delante de mi gorro, fuera el sombrero y todos de rodillas ante el obrero.

Unas palabras del presidente hicieron callar al auditorio. Uno de los secretarios procedió al examen de las cartas recibidas.

-Unos jóvenes anuncian que todas las noches queman delante del Panteón un número de *L'Assemblée Nationale* e instan a todos los patriotas a que sigan su ejemplo.

-¡Bravo! ¡Aceptado! -respondió la multitud.

-El ciudadano Jean Jacques Langreneux, tipógrafo que vive en la calle Dauphine, desearía que se erigiera un monumento a la memoria de los mártires de Termidor. Miguel Evaristo Nepomuceno Vincent, ex profesor, vota por que la democracia europea adopte la unidad de lenguaje. Se podría utilizar una lengua muerta, como, por ejemplo, el latín perfeccionado.

-¡No! ¡El latín, no! -exclamó el arquitecto.

-¿Por qué? -preguntó un pasante de colegio.

Y los dos señores entablaron una discusión, en la que intervinieron otros, cada uno de los cuales trataba de deslumbrar, y que no tardó en hacerse tan fastidiosa que muchos se fueron.

Pero un viejecito, que llevaba debajo de la frente, prodigiosamente alta, unos anteojos verdes, pidió la palabra para leer una comunicación urgente.

Era una memoria sobre el reparto de los impuestos. Las cifras se sucedían y aquello no terminaba. La impaciencia estalló, primeramente en forma de murmullos y conversaciones, pero el viejecito seguía impertérrito. Luego comenzaron a silbar y a llamarle "Azor". Sénecal amonestó al público. El orador continuaba como una máquina. Para interrumpirlo fue necesario asirlo por el codo. El buen hombre pareció salir de un sueño, y levantando tranquilamente los anteojos, dijo:

-¡Perdón, ciudadanos, perdón! ¡Me retiro! ¡Discúlpeme!

El fracaso de esa lectura desconcertó a Federico. Tenía su discurso en el bolsillo, pero una improvisación habría sido preferible.

Por fin, el presidente anunció que se iba a pasar al asunto importante, la cuestión electoral. No se discutirían las grandes listas republicanas. Sin embargo, el *Club de la Inteligencia* tenía tanto derecho como cualquier otro a formar una, "con perdón de los señores bajáes del palacio Municipal", y los ciudadanos que solicitaban el mandato popular podían exponer sus méritos.

-¡Adelante, pues! -dijo Dussardier.

Un hombre con sotana, de cabello crespo y cara petulante, había levantado ya la mano. Declaró, farfullando, que se llamaba Ducretot, que era sacerdote y agrónomo y había escrito un libro titulado *De los abonos*. Lo enviaron a un círculo de horticultura.

Luego subió a la tribuna un patriota de blusa. Era un plebeyo ancho de hombros, cara gruesa y muy bondadosa y largos cabellos negros. Recorrió la asamblea con una mirada casi voluptuosa, echó hacia atrás la cabeza y, abriendo los brazos, dijo:

-Ustedes han rechazado a Ducretot, ¡oh hermanos míos! Y han hecho bien, pero no por irreligiosidad, pues todos somos religiosos.

Muchos escuchaban con la boca abierta, como catecúmenos, y en actitudes extáticas. -Tampoco ha sido porque es sacerdote, pues también nosotros somos sacerdotes. El obrero es un sacerdote, como lo era el fundador del socialismo, el Maestro de todos, Jesucristo.

Según él, había llegado el momento de inaugurar el reinado de Dios. El Evangelio conducía directamente al 89. Después de la abolición de la esclavitud, la abolición del proletariado. Había pasado la era del odio e iba a comenzar la del amor. -El cristianismo es la clave de arco y la base del edificio nuevo.

-¿Se burla de nosotros? -preguntó el comisionista de vinos-. ¿Quién nos ha traído semejante clerical?

Esta interrupción produjo un gran escándalo. Casi todos se subieron a los bancos y con los puños en alto vociferaban: "¡Ateo, aristócrata, canalla!" mientras la campanilla del presidente sonaba ininterrumpidamente y se redoblaban los gritos de "¡Orden! ¡Orden!". Pero el comisionista, intrépido y ayudado, además, por "tres cafés" que había tomado antes de ir a la reunión, forcejeaba entre los otros. -¡Cómo! ¿Aristócrata yo? ¡Vamos!

Por fin se le concedió el consentimiento para que se explicara y declaró que nunca se sentiría tranquilo con los sacerdotes, y puesto que momentos antes se había hablado de economías, sería una excelente que se suprimieran las iglesias, los copones sagrados y, finalmente, todos los cultos.

Alguien le objetó que iba demasiado lejos.

-¡Sí, voy lejos! Pero cuando a un barco le sorprende la tempestad...

Sin esperar el final de la comparación, otro le replicó: -¡De acuerdo! Pero eso es demoler de un solo golpe, como un albañil sin discernimiento...

-¡Usted insulta a los albañiles! -gritó un ciudadano cubierto de yeso Y, obstinándose en creer que se le había provocado, vomitó injurias, quería pelear y se asía a su banco. Tres hombres no fueron suficientes para sacarlo de allí.

Entretanto el obrero seguía en la tribuna. Los dos secretarios le advirtieron que debía abandonarla, y él protestó por la injusticia que se le hacía.

-Ustedes no me impedirán que grite: ¡Amor eterno a nuestra querida Francia! ¡Amor eterno también a la República!

-¡Ciudadanos! -dijo entonces Compain-. ¡Ciudadanos!

Y, a fuerza de repetir "Ciudadanos", consiguió un poco de silencio, apoyó en la tribuna las dos manos rojas, parecidas a muñones, echó el cuerpo hacia adelante y, entornando los ojos, dijo: -Creo que habría que dar más extensión a la cabeza de becerro.

Todos callaron, creyendo que habían oído mal. -¡Sí, a la cabeza de becerro!

Trescientas risotadas estallaron al mismo tiempo. Ante todas aquellas caras alteradas por el júbilo Compain se arredró y replicó en tono furioso: -¿Cómo? ¿No saben ustedes qué es una cabeza de becerro?

Aquello fue el paroxismo, el delirio. Se apretaban las costillas y algunos caían al suelo, bajo los bancos.

Compain, que no podía aguantar más, se refugió junto a Regimbart y quería llevarse.

-No, yo me quedo hasta el final -dijo el Ciudadano.

Esa respuesta decidió a Federico, y cuando buscaba a derecha e izquierda a sus amigos para que le apoyaran, vio delante de él a Pellerin, que había subido a la tribuna. El artista se dirigía al público.

-Desearía saber dónde está el candidato del Arte en todo esto. Yo he pintado un cuadro ...

-¡Qué nos importan a nosotros los cuadros! -le interrumpió brutalmente un hombre flaco con placas rojas en los pómulos.

Pellerin protestó porque le interrumpían.

Pero el otro, en tono trágico, añadió:

¿Acaso el gobierno no debía haber abolido ya por decreto la prostitución y la miseria? Y con esas palabras que le valieron inmediatamente el favor del pueblo, tronó contra la corrupción de las grandes ciudades.

-¡Es una vergüenza y una infamia! ¡Se debería atrapar a los burgueses al salir de la *Maison d'Or* y escupirles en la cara! ¡Si por lo menos el gobierno no favoreciese el libertinaje!

Pero los empleados de Consumos tratan a nuestras hijas y hermanas con una indecencia. . .

Una voz gritó desde lejos:

-¡Qué divertido!

-¡Que lo saquen!

-¡Se nos imponen contribuciones para pagar el libertinaje! Así, los grandes sueldos de los actores...

-¡Eso va conmigo! -gritó Delmar.

Saltó a la tribuna, apartó a todos, adoptó su actitud teatral y, declarando que despreciaba aquellas vulgares acusaciones, se extendió sobre la misión civilizadora del comediante. Puesto que el teatro era el hogar de la instrucción nacional, votaba por la reforma del teatro y, ante todo, ¡no más direcciones, no más privilegios!

-¡Sí, de ninguna clase!

La actuación del comediante enardecía a la multitud y las mociones subversivas se entrecruzaban.

-¡Basta de academias! ¡Basta de Instituto!

-¡Basta de misiones!

-¡Basta de bachillerato!

-¡Abajo los grados universitarios!

-¡Conservémoslos -dijo Sénécál-, pero que sean otorgados por el sufragio universal, por el pueblo, el único verdadero juez!

Lo más útil, por otra parte, no era eso. En primer lugar había que someter a los ricos al nivel común. Y los representó ahitándose de crímenes bajo sus techos dorados, en tanto que los pobres se retorcián de hambre en sus zaquizamíes y cultivaban todas las virtudes. Los aplausos fueron tan atronadores que tuvo que interrumpirse. Durante unos minutos se quedó con los *ojos* cerrados, la cabeza hacia atrás y como meciéndose en la ira que provocaba.

Luego comenzó a hablar de manera dogmática y con frases imperiosas como leyes. El Estado debía apoderarse de la Banca y de los Seguros. Las herencias serían abolidas. Se establecería un fondo social para los trabajadores. Otras muchas medidas serían buenas para el porvenir. Por el momento bastaban aquellas. Y volviendo a las elecciones, dijo: -Necesitamos ciudadanos puros, hombres completamente nuevos. ¿Se presenta alguno? Federico se levantó. Hubo un murmullo de aprobación producido por sus amigos. Pero Sénécál, adoptando una actitud al estilo de Fouquier-Tinville, comenzó a interrogarle sobre su nombre, sus apellidos, sus antecedentes, su vida y sus costumbres.

Federico le respondía brevemente y se mordía los labios. Sénécál preguntó si alguien tenía algo que oponer a esa candidatura.

-¡No! ¡No!

Pero él sí veía un impedimento. Todos se inclinaron y aguzaron el oído. El ciudadano postulante no había entregado cierta cantidad de dinero prometida para una fundación democrática, un diario. Además, el 22 de febrero, aunque se le había avisado suficientemente, faltó a la cita en la plaza del Panteón.

-¡Yo juro que estaba en las Tullerías! -gritó Dussardier. ¿Puede jurar que lo vio en el Panteón?

Dussardier bajó la cabeza; Federico callaba; sus amigos, escandalizados, lo miraban con inquietud.

-Al menos -preguntó Sénecal-, ¿conoce a algún patriota que nos responda de sus principios?

-¡Yo! -dijo Dussardier.

--¡Oh! ¡No es bastante! ¡Otro!

Federico se volvió hacia Pellerin. El artista le respondió con una abundancia de gestos que significaban: “¡Ah!, amigo mío, me han rechazado. ¿Qué diablos quiere que haga?” En vista de eso, Federico dio con el codo a Regimbart. -¡Sí, es cierto! Ya es hora. ¡Voy allí!

Y Regimbart subió a la tribuna y, luego, señalando al español que le había seguido, dijo: -Permítanme, ciudadanos, que les presente a un patriota de Barcelona.

El patriota hizo una profunda reverencia, giró como un autómatas los *ojos* brillantes y, con la mano sobre el corazón, dijo:

-¡Ciudadanos! mucho aprecio el honor que me dispensáis, y si grande es vuestra bondad mayor es vuestra atención’.

-¡Pido la palabra! -gritó Federico:

-Desde que se proclamó la Constitución de Cádiz, ese pacto fundamental de las libertades españolas, hasta la última revolución, nuestra patria cuenta con numerosos y heroicos mártires.

Federico intentó nuevamente hacerse oír: -Pero, ciudadanos... El español continuó:

-El martes próximo tendrá lugar en la iglesia de la Magdalena un servicio fúnebre.

-¡Esto es absurdo! ¡Nadie le entiende! Esa observación exasperó a la gente.

-¡Que lo echen! ¡Qué lo echen!

-¿A quién? ¿A mí? -preguntó Federico.

-A usted mismo -dijo majestuosamente Sénecal-. ¡Salga! Federico se levantó para salir, y la voz del ibero continuaba:

-Y todos los españoles desearían ver allí reunidas las diputaciones de los clubes y de la milicia nacional. Una oración fúnebre en honor de la libertad española y del mundo entero será pronunciada por un miembro del clero de París en la sala Bonne-Nouvelle. ¡Honor al pueblo francés, que llamaría yo el primer pueblo del mundo si no fuese ciudadano de otra nación!

-¡Aristo! -ladró un granuja, mostrándole el puño a Federico, que se lanzó al patio, indignado.

Se reprochaba su sacrificio, sin pensar que las acusaciones que le hacían eran justas, después de todo. ¡Qué idea fatal la de aquella candidatura! ¡Pero qué asnos, qué cretinos eran aquellos hombres! Se comparaba con ellos y aliviaba con la necedad de ellos la herida de su orgullo.

Luego sintió la necesidad de ver a Rosanette. Después de tantas fealdades y de tanto énfasis, su gentil persona sería un descanso. Ella sabía que por la noche Federico debía presentarse en un club. Sin embargo, cuando entró no le hizo una sola pregunta.

Estaba junto al fuego, descosiendo el forro de un vestido. Ese trabajo sorprendió a Federico.

-¡Cómo! ¿Qué estás haciendo?

-Ya lo ves --contestó ella secamente-. Es la consecuencia de tu República.

-¿Por qué de *mi* República?

-¿Acaso es la mía?

Y comenzó a reprocharle todo lo que sucedía en Francia desde hacía dos meses, acusándole de haber hecho la revolución, de haber causado la ruina de mucha gente, de que los ricos abandonasen París y de que ella más adelante moriría en un hospital.

-Tú hablas de esas cosas encantado, pues te va muy bien con tus rentas. Pero, al paso que vamos, no gozarás mucho tiempo de tus rentas.

-Es posible -dijo Federico-. Los más abnegados pasan siempre inadvertidos, y si no fuera por la propia conciencia, los brutos con los que uno se compromete harían que se renunciase a la abnegación.

Rosanette lo miró con las cejas fruncidas.

-¿Eh? ¿Cómo? ¿A qué abnegación te refieres? ¿El señor ha fracasado según parece?

¡Tanto mejor! Así aprenderás a hacer donaciones patrióticas. ¡Oh, no mientas! Sé que les has dado trescientos francos, pues se hace mantener tu República. Pues bien, ¡diviértete con ella, infeliz!

Bajo aquel alud de despropósitos Federico pasó de su otra esperanza frustrada a una decepción más pesada.

Se había retirado al fondo de la habitación y Rosanette se le acercó.

-¡Vamos! ¡Razona un poco! En un país, como en una casa, hace falta un amo, pues de otro modo cada uno sisea lo que puede. En primer lugar, todo el mundo sabe que Ledru-Rollin está lleno de deudas. En cuanto a Lamartine, ¿cómo quieres que un poeta entienda de política? ¡Oh, es inútil que muevas la cabeza y te creas más inteligente que los demás, pues eso no deja de ser cierto! Pero tú porfías siempre y no se puede decirte una palabra. Ahí tienes, por ejemplo, a Fournier-Fontaine, de los almacenes de SaintRoch: ¿sabes cuánto ha perdido? ¡Ochocientos mil francos! Y Gomer, el embalador de enfrente, otro republicano, ha roto las pinzas en la cabeza de su mujer y bebido tanto ajeno que tienen que meterlo en un sanatorio. ¡Y así son todo los republicanos! ¡Una República de tres al cuarto! ¡Ah, sí, jáctate!

Federico se fue. La necesidad de aquella muchacha, que se revelaba de pronto en un lenguaje populachero, le disgustaba. Inclusive se sentía de nuevo un poco patriota.

El mal humor de Rosanette no hizo sino aumentar. La señorita Vatnaz la irritaba con su entusiasmo. Creyendo que desempeñaba una misión, le había dado por perorar y catequizar, y como era más versada que su amiga en esas materias, la abrumaba con sus argumentaciones.

Un día se presentó muy indignada contra Hussonnet, quien se había permitido charranadas en el club de las mujeres. Rosanette aprobó esa conducta, y hasta declaró que se vestiría de hombre para ir “a decirles una fresca y ponerlas en ridículo”. Federico entraba en ese momento.

-A usted mismo -dijo majestuosamente Sénécál-. ¡Salga! Federico se levantó para salir, y la voz del íbero continuaba:

-Y todos los españoles desearían ver allí reunidas las diputaciones de los clubes y de la milicia nacional. Una oración fúnebre en honor de la libertad española y de ¡Í mundo entero será pronunciada por un miembro del clero de París en la sala Bonne-Nouvelle. ¡Honor al pueblo francés, que llamaría yo el primer pueblo del mundo si no fuese ciudadano de otra nación!

-¡Aristo! -ladró un granuja, mostrándole el puño a Federico, que se lanzó al patio, indignado.

Se reprochaba su sacrificio, sin pensar que las acusaciones que le hacían eran justas, después de todo. ¡Qué idea fatal la de aquella candidatura! ¡Pero qué asnos, qué cretinos eran aquellos hombres! Se comparaba con ellos y aliviaba con la necesidad de ellos la herida de su orgullo.

Luego sintió la necesidad de ver a Rosanette. Después de tantas fealdades y de tanto énfasis, su gentil persona sería un descanso. Ella sabía que por la noche Federico debía presentarse en un club. Sin embargo, cuando entró no le hizo una sola pregunta. Estaba junto al fuego, descosiendo el forro de un vestido.

Ese trabajo sorprendió a Federico. -¡Cómo! ¿Qué estás haciendo?

-Ya lo ves -contestó ella secamente-. Es la consecuencia de tu República.

-¿Por qué de *mi* República?

-¿Acaso es la mía?

Y comenzó a reprocharle todo lo que sucedía en Francia desde hacía dos meses, acusándole de haber hecho la revolución, de haber causado la ruina de mucha gente, de que los ricos abandonasen París y de que ella más adelante moriría en un hospital.

-Tú hablas de esas cosas encantado, pues te va muy bien con tus rentas. Pero, al paso que vamos, no gozarás mucho tiempo de tus rentas.

-Es posible -dijo Federico-. Los más abnegados pasan siempre inadvertidos, y si no fuera por la propia conciencia, los brutos con los que uno se compromete harían que se renunciase a la abnegación.

Rosanette lo miró con las cejas fruncidas.

-¿Eh? ¿Cómo? ¿A qué abnegación te refieres? ¿El señor ha fracasado según parece? ¡Tanto mejor! Así aprenderás a hacer donaciones patrióticas. ¡Oh, no mientas! Sé que les has dado trescientos francos, pues se hace mantener *tu* República. Pues bien, ¡diviértete con ella, infeliz!

Bajo aquel alud de despropósitos Federico pasó de su otra esperanza frustrada a una decepción más pesada.

Se había retirado al fondo de la habitación y Rosanette se le acercó.

-¡Vamos! ¡Razona un poco! En un país, como en una casa, hace falta un amo, pues de otro modo cada uno sisea lo que puede. En primer lugar, todo el mundo sabe que Ledru-Rollin está lleno de deudas. En cuanto a Lamartine, ¿cómo quieres que un poeta entienda de política? ¡Oh, es inútil que muevas la cabeza y te creas más inteligente que los demás, pues eso no deja de ser cierto! Pero tú porfías siempre y no se puede decirte una palabra. Ahí tienes, por ejemplo, a Fournier-Fontaine, de los almacenes de SaintRoch: ¿sabes cuánto ha perdido?

¡Ochocientos mil francos! Y Gomer, el embalador de enfrente, otro republicano, ha roto las pinzas en la cabeza de su mujer y bebido tanto ajeno que tienen que meterlo en un sanatorio. ¡Y así son todo los republicanos! ¡Una República de tres al cuarto! ¡Ah, sí, jáctate!

Federico se fue. La necesidad de aquella muchacha, que se revelaba de pronto en un lenguaje populachero, le disgustaba. Inclusive se sentía de nuevo un poco patriota.

El mal humor de Rosanette no hizo sino aumentar. La señorita Vatnaz la irritaba con su entusiasmo. Creyendo que desempeñaba una misión, le había dado por perorar y catequizar, y como era más versada que su amiga en esas materias, la abrumaba con sus argumentaciones.

Un día se presentó muy indignada contra Hussonnet quien se había permitido charranadas en el club de las mujeres. Rosanette aprobó esa conducta, y hasta declaró que se vestiría de hombre para ir “a decirles una fresca y ponerlas en ridículo”. Federico entraba en ese momento.

-Tú me acompañarás, ¿no es así?

Y a pesar de hallarse él presente, las dos mujeres se enzarzaron en una disputa en la que la una se las daba de burguesa y la otra de filósofa.

Las mujeres, según Rosanette, habían nacido exclusivamente para el amor, o para criar hijos, para manejar un hogar.

Según la señorita Vatnaz, la mujer debía ocupar un 6 puesto en el Estado. En otro tiempo las galas legislaban, y también las anglosajonas, y las esposas de los hurones formaban parte del Consejo. La obra civilizadora era común a ambos sexos. Todos debían intervenir en ella y reemplazar al egoísmo con la fraternidad, al individualismo con la asociación, y a la parcelación con el cultivo en gran escala.

-¡Vamos! ¡Ahora resulta que entiendes de cultivos!’ -¿Por qué no? ¡Por otra parte, se trata de la humanidad, de su porvenir!

-¡Ocúpate del tuyo!

-¡Eso es cosa mía!

Se enojaban y Federico se interpuso. La Vatnaz se enardeció y llegó a defender el comunismo.

-¡Qué tontería! -exclamó Rosanette-. ¿Acaso podrá haber comunismo algún día? La otra citó como prueba a los esenios, los hermanos moravos, los jesuitas del Paraguay, la familia de los Pingones, cerca de Thiers en Auvernia; y como gesticulaba mucho, la cadena del reloj se le enredó en uno de los dijes, que tenía la forma de un carnerito de oro.

De pronto Rosanette se puso muy pálida.

La señorita Vatnaz seguía desenredando su dije.

-No te tomes tanto trabajo -dijo Rosanette-. Ahora conozco tus opiniones políticas.

-¿Qué quieres decir? -preguntó la Vatnaz, que se ruborizó como una virgen.

-¡Oh, ya .me comprendes!

Federico no comprendía. Era evidente que entre ellas había surgido algo más importante e íntimo que el socialismo.

-¡Y aunque así fuera! -replicó la Vatnaz, y se irguió intrépidamente-. ¡Es un préstamo, querida, deuda por deuda!

-¡Caramba, yo no niego las mías! ¡Linda historia por unos miles de francos! ¡Al menos, yo pido prestado, no robo a nadie!

La señorita Vatnaz se esforzó por reír. -¡Así es!

¡Pondría la mano en el fuego!

-¡Ten cuidado! Está muy seca y podría arder.

La solterona puso su mano derecha a la altura del rostro de Rosanette y replicó: -¡Pero a algunos de tus amigos les parece muy bien! ¿Son andaluces? ¿Quieren utilizarla como castañuelas? -¡Buscona!

La Mariscal hizo una profunda reverencia y dijo: -¡Una no es ya arrebatadora!

La señorita Vatnaz no replicó. Unas gotas de sudor aparecieron en sus sienes. Tenía los ojos fijos en la alfombra y jadeaba. Por fin se dirigió a la puerta y mientras la cerraba con violencia dijo:

-¡Buenas tardes! ¡Tendrás noticias mías!

-¡Hasta la vista! -contestó Rosanette.

El esfuerzo para dominarse la había destrozado. Cayó en el diván, temblorosa, balbuceando insultos, derramando lágrimas. ¿Era la amenaza de la Vatnaz lo que le atormentaba? ¡No, le tenía sin cuidado! ¿Tal vez la otra le debía dinero? Tampoco. Era el carnerito de oro, un regalo, y entre las lágrimas se le escapó el nombre de Delmar. ¡Así, pues, amaba al histrión!

“Entonces, ¿por qué me ha tomado como su amante? --se preguntaba Federico-. ¿A qué se debe que él haya vuelto? ¿Quién la obliga a retenerme? ¿Qué sentido tiene todo esto?”

Los sollozos de Rosanette continuaban. Seguía al borde del diván, tendida de costado, con la mejilla derecha apoyada en las manos, y parecía un ser tan delicado, inconsciente y dolorido, que se acercó a ella y la besó suavemente en la frente.

Entonces ella le dio seguridades de su afecto: el príncipe acababa de partir y quedarían en libertad. Pero por el momento se hallaba... en dificultades. “Tú mismo lo viste el otro día, cuando utilizaba mis viejos forros.” Ya no tenía coches de lujo. Y eso no era todo: el tapicero la amenazaba con llevarse los muebles del dormitorio y del salón. No sabía qué hacer.

Federico sintió ganas de responder: “No te preocupes, pagaré yo”, pero Rosanette podía mentir. La experiencia lo había aleccionado. Se limitó a consolarla.

Los temores de Rosanette eran fundados. Tuvo que entregar los muebles y abandonar el bello departamento de

la calle Drouot. Tomó otro en un cuarto piso del bulevar Poissonnière. Las chuchearías de su anterior tocador fueron suficientes para dar a las tres habitaciones un aspecto coquetón. Tenía pantallas chinas, un toldo en la terraza, una alfombra de ocasión todavía nueva en el salón y canapés de seda rosada. Federico había contribuido ampliamente a esas adquisiciones, y experimentaba el júbilo de un recién casado que posee por fin una casa y una mujer propias; y, como eso le agradaba mucho, dormía allí casi todas las noches.

Una mañana, cuando salía de la antesala, vio en la escalera del tercer piso el chacó de un guardia nacional que subía. ¿Acaso iba? Federico esperó. El hombre seguía subiendo, con la cabeza un poco baja. Luego la levantó: era el señor Arnoux. La situación era clara. Los dos se ruborizaron al mismo tiempo e igualmente confusos.

Arnoux fue el primero que salió del aprieto.

-Ella está mejor, ¿no es así? -preguntó, como si Rosanette estuviese enferma y él fuese para informarse.

Federico aprovechó la coyuntura.

-Sí, está mejor. Al menos así me lo ha dicho su criada -{dando a entender que no lo había recibido.

Y se quedaron frente a frente, indecisos y observándose. Pensaban quién de los dos no se iría de allí. Otra vez fue Arnoux quien resolvió la situación.

-¡Bah! Volveré más tarde. ¿Adónde quiere usted ir? Lo acompaño.

Y cuando estuvieron en la calle conversó con la naturalidad acostumbrada. Sin duda no era celoso, o demasiado bueno para enojarse.

Además, la patria le preocupaba. Ya no se quitaba el uniforme. El 29 de marzo había defendido la redacción de *La Presse*^{3t}, y cuando invadieron la Cámara se destacó por su valor y asistió al banquete ofrecido a la guardia nacional de Amiens.

Hussonnet, que seguía trabajando para él, se aprovechaba más que nadie de su dinero y de sus cigarros pero, irreverente por naturaleza, se complacía en contradecirle y denigraba el estilo poco correcto de los decretos, las conferencias del Luxemburgo, a las vesuvianas⁴ y los tiroleses, todo, inclusive la carroza de la Agricultura, tirada por caballos en vez de bueyes y escoltada por muchachas feas. Arnoux, al contrario, defendía al gobierno y soñaba con la fusión de los partidos. Sin embargo, sus negocios se presentaban mal, lo que no parecía preocuparle mucho.

Las relaciones de Federico con la Mariscala no le habían entristecido, pues ese descubrimiento le autorizó en su conciencia para suprimirle la pensión que concedía nuevamente a Rosanette desde la fuga del príncipe. Alegó lo difícil de las circunstancias, gimió mucho y Rosanette se mostró generosa. En vista de ello, Arnoux se consideró el amante preferido, lo que lo enaltecía en su propia estimación y lo rejuveneció. Como no dudaba de que Federico pagaba a la Mariscala, se imaginaba que representaba “una buena comedia”, e inclusive llegó a ocultarse de él, dejándole el campo libre cuando coincidían.

Esa coparticipación molestaba a Federico, y las cortesías de su rival le parecían una burla demasiado prolongada. Pero si se enojaba se privaba de toda posibilidad de volver a la otra, aparte de que era el único medio de oír hablar de ella. El fabricante de loza, siguiendo su costum- bre, o tal vez por malicia, la recordaba de buena gana en su conversación, e inclusive preguntaba

a Federico por qué no iba ya a verla.

Federico, después de agotar todos los pretextos, afirmó que había ido muchas veces a visitar a la señora de Arnoux, pero inútilmente. Arnoux quedó convencido, pues con frecuencia se mostraba delante de ella sorprendido por la ausencia de su amigo, y ella respondía siempre que no estaba en casa cuando Federico iba a visitarla, de modo que las dos mentiras, en vez de contradecirse se corroboraban.

La benignidad del joven y el placer de engañarlo hacían que Arnoux lo quisiera más que nunca. Llevaba su familiaridad hasta los últimos límites, no por desdén, sino por confianza. Un día le escribió anunciándole que un asunto urgente exigía su ausencia de la capital durante veinticuatro horas, y le rogaba que hiciese la guardia en su lugar. Federico no se atrevió a negarle ese favor y fue al puesto del Carrusel.

Allí tuvo que sufrir la compañía de los guardias nacionales, y, con excepción de un depurador, hombre gracioso que bebía de una manera exorbitante, todos le parecieron más estúpidos que su cartuchera. La conversación principal fue acerca del cambio de los correajes por el cinturón. Otros despotricaban contra los talleres nacionales. Decían: “¿Adónde vamos a parar?”, y el’ interpelado respondía, abriendo los ojos como al borde de un abismo: “¿Adónde vamos a parar?”. Y uno más atrevido exclamaba: “¡Esto no puede durar! ¡Hay que terminar con ello!”. Y como las mismas palabras se repetían hasta la noche, Federico se aburría mortalmente.

Fue grande su sorpresa cuando a las once vio que aparecía Arnoux, quien inmediatamente le dijo que iba para reemplazarlo, pues había despachado su asunto.

No había existido tal asunto. Era una treta para pasar veinticuatro horas a solas con Rosanette. Pero el bueno de Arnoux se había engañado respecto de sí mismo, pues en un momento de cansancio sintió un remordimiento. Iba a dar las gracias a Federico y a invitarlo para comer.

-Muchas gracias, pero no tengo apetito. Lo único que quiero es la cama.

-Razón de más para que cenemos juntos. ¡Qué blando es usted! No es hora de ir a casa. Es demasiado tarde y sería peligroso.

Federico cedió una vez más. Arnoux, a quien no se esperaba ver, fue acogido con entusiasmo por sus compañeros de armas, principalmente por el depurador. Todos lo querían, y era tan bueno que echó de menos a Hussonnet. Pero necesitaba cerrar los ojos durante un minuto, nada más.

-Póngase cerca de mí -dijo a Federico, mientras se acostaba en el catre de campaña sin quitarse el correaje.

Por temor a un alerta, y a pesar del reglamento, conservó también el fusil. Luego balbuceó algunas palabras: "Mi querida, mi angelito", y no tardó en dormirse.

Los que hablaban callaron, y poco a poco se hizo en el puesto un gran silencio. Federico, atormentado por las pulgas, miraba a su alrededor. La pared, pintada de amarillo, tenía a la mitad de su altura una larga tabla donde las mochilas formaban una fila de jorobitas, en tanto que debajo de los fusiles de color de plomo se erguían los unos junto a los otros; y se oían los ronquidos de los guardias nacionales, cuyos vientres se dibujaban confusamente en la oscuridad. Sobre la estufa había una botella vacía y varios platos. Tres sillas de paja rodeaban la mesa, donde se veía una baraja. Un tambor, en el centro del banco, dejaba colgante la correa. El viento cálido que entraba por la puerta hacía que humease el quinqué. Arnoux dormía con los brazos abiertos, y como su fusil estaba colocado con la culata en el suelo y un poco inclinado, la boca del cañón le llegaba al sobaco. Federico lo observó y se asustó.

"Pero no -pensó-, me equivoco. Nada hay que temer. Sin embargo, si muriese..."

Y por su imaginación desfiló una serie interminable de escenas. Se veía con Ella de noche en una silla de posta; luego a la orilla de un río en un atardecer de verano, o en casa de ellos bajo la luz de una lámpara. Inclusive calculaba los gastos del hogar, tomaba disposiciones domésticas, contemplaba y palpaba ya su dicha, ¡y para realizarla bastaría solamente con levantar el gatillo del fusil! Podía empujarlo con la punta del pie, el tiro saldría, ¡y todo se reduciría a un accidente, nada más!

Federico examinaba esa idea como un dramaturgo el plan de su obra. De pronto le pareció que estaba a punto de convertirse en acción y que él iba a contribuir a ello, que lo deseaba, y sintió un gran temor. En medio de esa angustia experimentaba un placer, en el que se hundía cada vez más, y observaba, espantado, que sus escrúpulos desaparecían; en el furor de su desvarío el resto del mundo se esfumaba, y sólo conservaba la conciencia de sí mismo a causa de una intolerable opresión en el pecho.

-¿Tomamos el vino blanco? -preguntó uno de los guardias, que se despertó.

Arnoux se levantó de un salto; y una vez que bebieron el vino blanco quiso montar guardia en vez de Federico.

Luego lo llevó a almorzar en el restaurante Parly de la calle de Chartres, y como necesitaba reponerse, pidió dos platos de carne, una langosta, una tortilla al ron, una ensalada, etcétera, todo ello rociado con un Sauternes de 1819 y un Borgoña del 42, sin contar el champaña en el postre y los licores.

Federico no le contrarió de modo alguno. Se sentía incómodo, como si el otro hubiese podido descubrir en su cara las huellas de su pensamiento.

Con los dos codos en el borde de la mesa y muy inclinado, Arnoux, fatigándole con la mirada, le confiaba todos sus proyectos.

Deseaba arrendar todos los terraplenes del ferrocarril del Norte para sembrar papas, o bien organizar en los bulevares una cabalgata monstruosa en la que figurarían "las celebridades de la época". Alquilaría todas las ventanas, lo que, a razón de tres francos por término medio, produciría un buen beneficio. En resumen, soñaba con un lance de fortuna en gran escala gracias a un acaparamiento, a pesar de lo cual era moral, censuraba los excesos y la mala conducta, hablaba de su "pobre padre" y todas las noches, según decía, hacía examen de conciencia antes de ofrecer su alma a Dios.

-Un poco de curasao, ¿no?

-Como usted quiera.

En cuanto a la República, las cosas se arreglarían. En fin, se consideraba el hombre más feliz de la tierra y, descomediéndose, elogió las cualidades de Rosanette y hasta la comparó con su esposa. ¡Era algo muy distinto! No se podía imaginar unas piernas tan bellas como las de ella.

-¡A la salud de usted!

Federico brindó. Por complacencia, había bebido con exceso; además el fuerte sol le deslumbraba y cuando subieron juntos por la calle Vivienne sus hombros se tocaban fraternalmente.

De vuelta en su casa, Federico durmió hasta las siete. Luego fue a ver a la Mariscal. Había salido con alguien. ¿Con Arnoux acaso? Como no sabía qué hacer, siguió paseando por los bulevares, pero no pudo pasar de la puerta Saint-Martin, tanta era la gente que allí había.

La miseria abandonaba a sus propios recursos a numerosos obreros, que iban allí todas las noches a pasarse revista, sin duda, y a esperar una señal. A pesar de la ley que prohibía la formación de grupos, esos *clubes de la desesperación* aumentaban de una manera espantosa, y muchos burgueses acudían a diario, por bravata o por moda.

De pronto Federico vio, a tres pasos de distancia, al señor Dambreuse con Martinon; volvió la cabeza, porque guardaba rencor al señor Dambreuse porque se había hecho nombrar representante. Pero el capitalista lo retuvo.

-Una palabra, estimado señor. Tengo que darle explicaciones.

-No las pido.

-Escúcheme, por favor.

Él no tenía la culpa de su nombramiento. Le habían rogado, y en cierto modo obligado. Martinon apoyó inmediatamente sus palabras: una delegación de Nogent se había presentado en su casa.

-Por otra parte, me creía en libertad desde el momento...

Un empujón de la gente apiñada en la acera obligó al señor Dambreuse a apartarse. Unos instantes después reapareció y dijo a Martinon:

-Ha sido un verdadero favor el que me ha hecho. No tendrá usted que arrepentirse. Los tres se arrimaron a una tienda para conversar más cómodamente.

De vez en cuando gritaban: “¡Viva Napoleón! ¡Viva Barbès! ¡Abajo Marie!” La multitud innumerable se desgañitaba, y todas aquellas voces, repercutidas por las casas, formaban como el rumor continuo de las olas en un puerto.

En ciertos momentos callaban, y entonces se oía la *Marsellesa*. En las puertas cocheras hombres de aspecto misterioso ofrecían bastones de estoque. A veces dos individuos que pasaban el uno delante del otro se guiñaban el ojo y se alejaban rápidamente. Grupos de papanatas ocupaban las aceras y una multitud compacta se agitaba en el empedrado. Bandas enteras de agentes de policía salían de las callejuelas y desaparecían inmediatamente. Aquí y allá banderitas rojas ondulaban como llamas. Los cocheros, desde los pescantes, hacían grandes gestos y luego se volvían con su coche. Era un movimiento, un espectáculo de lo más extraños.

-¡Cómo habría divertido todo esto a la señorita Cecilia!

-exclamó Martinon.

-A mi mujer, como usted sabe, no le gusta que mi sobrina salga con nosotros -replicó sonriendo el señor Dambreuse.

Estaba desconocido. Desde hacía tres meses, gritaba “¡Viva la República!” e inclusive había votado en favor del destierro de los Orleáns. Pero debían terminar las concesiones. Se mostraba furioso hasta el extremo de llevar un rompecabezas en el bolsillo.

Martinon tenía también uno. Como la magistratura no era ya inamovible, se había retirado del juzgado y su violencia superaba a la del señor Dambreuse.

El banquero aborrecía particularmente a Lamartine porque había defendido a Ledru-Rollin, y también a Pierre Leroux, Proudhon, Considérant, Lamennais y a todos los botarates, a todos los socialistas.

-Pues, en fin de cuentas, ¿qué quieren? Han suprimido 1º impuesto sobre las carnes y la prisión por deudas; ahora se estudia el proyecto de un Banco Hipotecario; el otro día fue un Banco Nacional, ¡y un presupuesto de cinco millones para los obreros! Pero, por fortuna, todo eso ha terminado, gracias al señor de Falloux. ¡Que se vayan y tengan un buen viaje!

En efecto, no sabiendo cómo mantener a los ciento treinta mil hombres de los talleres nacionales, el ministro de Obras Públicas había firmado ese mismo día un decreto en el que se invitaba a todos los ciudadanos entre los dieciocho y los veinte años de edad a enrolarse como soldados o a ir a las provincias para trabajar en los campos.

Esa alternativa los indignó, convencidos de que se quería destruir la República. La existencia lejos de la capital les afligía como un destierro, y se veían muriendo de fiebre en regiones salvajes. Por otra parte, a muchos, acostumbrados a trabajos delicados, la agricultura les parecía un envilecimiento; aquello era, en fin, una añagaza, un escarmio, la denegación oficial de todas las promesas. Si se resistían, se emplearía la fuerza; ellos no lo ponían en duda y se disponían a hacerle frente.

A eso de las nueve, los grupos formados en la Bastilla y el Châtelet refluyeron hacia los bulevares. Desde la puerta de Saint-Denis hasta la puerta Saint-Martin la multitud formaba un hormigueo enorme, una sola masa de color azul oscuro, casi negro. Los hombres que se entreveían en esa masa tenían todos ellos los ojos ardientes, la tez pálida, las caras enflaquecidas por el hambre y exaltadas por la injusticia. Entretanto se amontonaban las nubes; el cielo tempestuoso avivaba la electricidad de la multitud, que se arremolinaba, indecisa, con un amplio balanceo de marejada; y se sentía en sus profundidades una fuerza incalculable y como la energía de un elemento. “Luego todos comenzaron a gritar: “¡Que iluminen los balcones! ¡Que iluminen las ventanas!” Muchas de éstas no se iluminaban y arrojaban piedras a los cristales. El señor Dambreuse juzgó prudente alejarse. Los dos jóvenes se fueron con él, acompañándolo.

Preveía grandes desastres. El pueblo, una vez más, podía invadir la Cámara, y a ese propósito contó que habría muerto el 15 de mayo de no ser por la abnegación de un guardia nacional.

-¡Era su amigo, me olvidaba, su amigo, Jacques Arnoux, el fabricante de loza!

La gente amotinada le ahogaba, y ese valiente ciudadano lo había tomado en sus brazos y apartado del peligro. Desde entonces una especie de amistad los unía.

-Uno de estos días tendremos que comer juntos, y, puesto que usted lo ve con frecuencia, asegúrele que lo estimo mucho. Es un hombre excelente, calumniado en mi opinión, ¡y tiene talento el bribón! Mis saludos una vez más. ¡Adiós!

Federico, después de separarse del señor Dambreuse, volvió a casa de la Maríscala y, con aire muy Gaseo, le dijo que tenía que optar entre él y Arnoux. Ella le contestó amablemente que no le gustaban “los regordetes como él”, no quería a Arnoux y nada tenía que ver con él. Federico deseaba salir de París, y como ella no se oponía a ese capricho, al día siguiente partieron para Fontainebleau. El hotel donde se alojaron se distinguía de

los otros por un surtidor que brotaba en el centro del patio. Las puertas de las habitaciones daban a un corredor como en los monasterios. La que les dieron era grande, con buenos muebles, tapizada de indiana y silenciosa por la escasez de viajeros. A lo largo de las casas se paseaban los vecinos desocupados; luego, bajo sus ventanas, al atardecer, los niños jugaban en la calle al marro; y esa tranquilidad después del tumulto de París les sorprendía y apaciguaba.

A una hora temprana de la mañana fueron a visitar el castillo. Al entrar por la verja vieron toda la fachada, con los cinco pabellones de tejados puntiagudos y la escalera en forma de herradura en el fondo del patio, con dos cuerpos de edificio más bajos a derecha e izquierda. Los líquenes del empedrado se mezclaban a lo lejos con el tono leonado de los ladrillos, y el conjunto del palacio, de color de orín como una armadura antigua, tenía algo de impassibilidad regia, una especie de grandeza militar y triste.

Por fin apareció un criado con un manojo de llaves. Les mostró en primer lugar las habitaciones de las reinas, el oratorio del Papa, la galería de Francisco I, la mesita de caoba en la que el Emperador firmó su abdicación, y en una de las piezas que dividían la antigua galería de los Ciervos, el lugar donde Cristina hizo asesinar a Monaldeschi. Rosanette escuchó esa historia atentamente y luego, volviéndose hacia Federico, dijo: -Fue por celos, sin duda. ¡Ten cuidado!

A continuación cruzaron la sala del Consejo, la de la Guardia, la del Trono y el salón de Luis XI. Los altos ventanales sin cortinas difundían una luz blanca, el polvo empañaba ligeramente los mangos de las fallebas y las patas de cobre de las consolas; fundas de tela gruesa cubrían en todas partes los sillones; sobre las puertas se veían escenas de cacería de la época de Luis XV, y aquí y allá colgaban tapices que representaban a los dioses del Olimpo, Psique o las batallas de Alejandro.

Al pasar por delante de los espejos Rosanette se detenía un momento para alisarse el cabello.

Después del patio del torreón y de la capilla de San Saturnino llegaron al salón de fiestas.

Les deslumbraron el esplendor del techo, dividido en compartimientos octogonales, realizado con oro y plata y más cincelado que una joya, y la abundancia de las pinturas que cubren las paredes, desde la gigantesca chimenea, donde medias lunas y aljabas rodean a las armas de Francia, hasta la tribuna para los músicos, construida en el otro extremo a toda la anchura de la sala. Las diez ventanas en arcada estaban abiertas de par en par; el sol hacía brillar los cuadros, el azul del cielo continuaba indefinidamente el de ultramar de las cimbras; y del fondo de los bosques, las copas vaporosas de cuyos árboles llenaban el horizonte, parecía llegar el eco de los toques de las trompas de marfil y de las danzas mitológicas que reunían bajo el follaje a princesas y señores disfrazados de ninfas y silvanos; época de ciencia ingenua, de pasiones violentas y de arte suntuoso, cuando el ideal consistía en convertir el mundo en un sueño de las Hespérides y en la que las queridas de los reyes se confundían con los astros. La más bella de esas mujeres famosas se había hecho retratar, a la derecha, en la figura de Diana Cazadora, y también en la de la Diana Infernal, sin duda para señalar su poder hasta más allá de la tumba. Todos esos símbolos confirman su gloria, y queda allí algo de ella, una voz indistinta, una radiación que se prolonga.

Federico fue presa de una concupiscencia retrospectiva e inexpressable. Para distraer su deseo se puso a contemplar tiernamente a Rosanette y le preguntó si no habría deseado ser esa mujer.

-Qué mujer?

-Diana de Poitiers. Y repitió:

-Diana de Poitiers, la querida de Enrique I I -¡Ah! -dijo ella, y nada más.

Su mutismo probaba claramente que no sabía nada, que no comprendía, de modo que Federico, por complacencia, le preguntó:

-¿Te aburres?

-No, no, al contrario.

Y con la barbilla alzada, mientras paseaba a su alrededor una mirada de las más vagas, Rosanette dejó escapar estas palabras: -Esto nos trae recuerdos.

Sin embargo, se advertía en su semblante un esfuerzo, una intención respetuosa, y como esa seriedad la hacía más linda, Federico la disculpó.

El estanque de las carpas le divirtió más. Durante un cuarto de hora arrojó pedazos de pan al agua para ver cómo saltaban los peces.

Federico se había sentado junto a ella bajo los tilos. Pensaba en todos los personajes que habían frecuentado aquellos lugares, Carlos V, los Valois, Enrique IV, Pedro el Grande, Juan, Jacobo Rousseau y las "bellas plañideras de los palcos principales", Voltaire, Napoleón, Pío VII y Luis Felipe; se sentía rodeado, codeado por esos muertos tumultuosos. Esa confusión de imágenes lo aturdió, aunque le encantaba, no obstante.

Por fin bajaron al jardín.

Es un vasto rectángulo que de una sola ojeada deja ver sus amplias avenidas amarillas, sus cuadros de césped, sus cintas de bojes, sus tejos en forma de pirámide, sus hierbas bajas y sus estrechos arriates donde las flores esparcidas forman manchas en la tierra gris. En el extremo del jardín se extiende un parque atravesado en toda su longitud por un canal.

Las residencias regias poseen una melancolía particular, que se debe sin duda a sus dimensiones demasiado grandes para el pequeño número de sus moradores, al silencio que sorprende encontrar después de tanta

fanfarria, a su lujo inmóvil que prueba con su envejecimiento la fugacidad de las dinastías, la eterna miseria de todo; y esa exhalación de los siglos, entumecedora y lúgubre como un perfume de momia, se hace sentir hasta en las cabezas ingenuas. Rosanette bostezaba desmesuradamente y regresaron al hotel.

Después de almorzar les llevaron un coche descubierto. Salieron de Fontainebleau por una amplia plaza circular y luego subieron al paso por un camino arenoso a través de un pinar. Los árboles eran cada vez más altos y el cochero decía de cuando en cuando: “Estos son los Hermanos Siameses, el Faramondo, el Ramillete del Rey ...”, sin olvidar ninguno de los lugares célebres, y hasta deteniéndose a veces para que los admiraran.

Se introdujeron en el oquedal de Franchard. El coche se deslizaba como un trineo por el césped; arrullaban unas palomas invisibles. De pronto apareció un camarero y se aparearon ante la barrera de un jardín donde había mesas redondas. Luego, dejando a la izquierda las paredes rui- nosas de una abadía, caminaron entre grandes rocas y no tardaron en llegar al fondo de la garganta.

Por un lado la cubre un entrevero de piedra arenisca y enebros, en tanto que por el otro el terreno casi desnudo se inclina hacia la hondonada del valle, donde un sendero pone una línea pálida en el color de los brezos; y a los lejos se divisa una cumbre en forma de cono truncado y detrás la torrecilla de un telégrafo.

Media hora después se aparearon una vez más para subir a las alturas de Aspremont. El camino serpentea entre los pinos achaparrados, bajo rocas de perfil anguloso; toda esa parte del bosque tiene algo de ahogado, de un poco salvaje y recoleto. Se piensa en los ermitaños, compañeros de los grandes ciervos que tienen una cruz de fuego entre tos cuernos y que recibían con sonrisas paternales a los buenos reyes de Francia arrodillados ante su gruta. Un olor resinoso llenaba el aire cálido y a ras del suelo las raíces se entrecruzaban como venas. Rosanette tropezaba con ellas, estaba desesperada y tenía ganas de llorar.

Pero cuando llegaron a la cima volvió a sentirse alegre al encontrar bajo un enramado una especie de ventorrillo donde vendían maderas talladas. Bebió una botella de limonada, compró un bastón de acebo y, sin lanzar una mirada al paisaje que se descubre desde la meseta, entró en la Cueva de los Bandidos, precedida por un pilluelo que llevaba una antorcha.

El coche les esperaba en el Bas-Bréau.

Un pintor con blusa azul trabajaba al pie de una encina, con la caja de colores en las rodillas. Levantó la cabeza y los vio pasar.

En medio de la cuesta de Chailly una nube que reventó de pronto les obligó a bajar la capota. Casi inmediatamente dejó de llover y los adoquines de las calles brillaban al sol cuando entraron en la ciudad.

Viajeros recién llegados les dijeron que una lucha espantosa ensangrentaba a París. Eso no sorprendió a Rosanette y su amante. Luego se fueron todos, el hotel recobró su tranquilidad, apagaron el gas y se durmieron al arrullo del surtidor del patio.

Al día siguiente fueron a ver la Garganta del Lobo, la Laguna de las Hadas, la Roca Larga y la Marlotte; al otro día reanudaron su excursión a la ventura, a gusto del cochero, sin preguntar dónde estaban y con frecuencia sin hacer caso de los lugares famosos.

¡Se sentían tan bien en su viejo landó, bajo como un sofá y cubierto por un toldo de rayas desteñidas! Las zanjas llenas de maleza desfilaban ante sus ojos con un movimiento suave y continuo. Rayos blancos atravesaban como flechas los altos helechos; a veces un camino que ya no se utilizaba se presentaba ante ellos en línea recta, y las hierbas se alzaban en él blandamente de trecho en trecho. En el centro de las encrucijadas una cruz extendía sus cuatro brazos; en otras partes los postes se inclinaban como árboles muertos, y senderitos serpenteantes que se perdían bajo el follaje invitaban a seguirlos; en el mismo momento el caballo se volvía, entraban allí y se hundían en el barro; más allá brotaba el musgo al borde de surcos profundos. Se creían lejos de los demás, completamente solos. Pero de pronto pasaba un guardabosques con su escopeta, o un grupo de mujeres andrajosas cargadas con haces de leña. Cuando el coche se detenía se producía un silencio profundo, y sólo se oía el resoplar del caballo en las varas y el grito de un ave muy débil y repetido.

En ciertos lugares, la luz iluminaba la linde del bosque, dejando el fondo en la penumbra; o bien, atenuada en los primeros planos por una especie de crepúsculo, ponía en los más lejanos vapores violetas y una claridad blanca.

Al mediodía el sol, que caía a plomo sobre la vegetación, la salpicaba, colgaba gotas argentinas en la punta de las ramas, rayaba el césped con regueros de esmeraldas y ponía manchas de oro en las capas de hojas muertas; mirando hacia arriba se veía el cielo entre las copas de los árboles. Algunos de éstos, de una altura desmesurada, parecían patriarcas y emperadores, o, tocándose en las copas, formaban con sus largos fustes como arcos de triunfo; otros, inclinados desde la base, parecían columnas a punto de derrumbarse.

Esa multitud de gruesas líneas verticales se entreabría, y entonces enormes oleadas verdes se extendían en ondulaciones desiguales hasta la superficie de los valles, donde avanzaban las laderas de otras colinas que dominaban llanuras rubias, las que terminaban perdiéndose en una palidez indecisa.

De pie el uno junto al otro, en alguna eminencia del terreno, sentían, mientras aspiraban el aire, que les penetraba en el alma como el orgullo de una vida más libre, con una superabundancia de fuerzas y una alegría inmotivada.

La diversidad de los árboles daba variedad al espectáculo. Las hayas de corteza blanca y lisa entremezclaban sus copas; los fresnos encorvaban suavemente sus ramajes glaucos; en las macollas de ojaranzo se erizaban acebos que parecían de bronce; luego venía una hilera de delgados abedules inclinados en actitudes elegíacas; y los pinos, simétricos como tubos de órgano, al balancearse continuamente parecían cantar. Había encinas rugosas y enormes que se retorcían, se estiraban, se abrazaban las unas a las otras, y firmes en sus troncos, semejan- tes a

torsos, se lanzaban con sus brazos desnudos llamamientos desesperados, amenazas furibundas, como un grupo de titanes inmovilizados en su cólera. Algo más pesado, una languidez febril, se cernía sobre los pantanos, recortando la superficie de sus aguas entre matorrales espinosos; los líquenes del ribazo, adonde iban a beber los lobos, eran de color de azufre, quemados como por el paso de brujas, y el croar ininterrumpido de las ranas respondía al grito de las cornejas que revoloteaban. Luego atravesaban claros monótonos, con matas de resalvo aquí y allá. Se oía un ruido de hierros y de golpes fuertes y repetidos: eran una cuadrilla de canteros que golpeaban las rocas en la ladera de una colina. Las rocas se multiplicaban cada vez más y terminaban llenando todo el paisaje, cúbicas como casas o achatadas como losas, apuntalándose, sobreponiéndose, contundiéndose, como las ruinas irreconocibles y monstruosas de una ciudad desaparecida. Pero la furia misma de su caos recordaba más bien volcanes, diluvios, grandes cataclismos ignorados. Federico decía que estaban allí desde el comienzo del mundo y allí se quedarían hasta el fin;

Rosanette volvía la cabeza y afirmaba que “aquello la enloquecía e iba a recoger brezos. Sus florecillas violetas, amontonadas, formaban placas desiguales, y la tierra que se deslizaba por debajo formaba franjas negras en el borde de las arenas con lentejuelas de mica.

Un día llegaron hasta la mitad de una colina de arena. Su superficie, sin huellas de pasos, estaba rayada por ondulaciones simétricas aquí y allá, como promontorios en el lecho desecado de un océano, se alzaban rocas con vagas formas de animales, tortugas que estiraban la cabeza, focas que se arrastraban, hipopótamos y osos. No había nadie ni ruido alguno. Las arenas, heridas por el sol, deslumbraban; y de pronto, en esa vibración de la luz, los animales parecieron moverse. Los dos amantes se apresuraron a volverse, huyendo del vértigo, casi espantados.

La gravedad del bosque los seducía, y tenían horas de silencio en las que, abandonándose al traqueteo del coche, permanecían como adormecidos en una embriaguez tranquila. Abrazándola por la cintura, Federico oía hablar a Rosanette mientras los pájaros gorjeaban, y observaba, casi con la misma mirada, las uvas negras de su capota y las bayas de los enebros, el tejido de su velo y las volutas de las nubes; y cuando se inclinaba hacia ella la frescura de su piel se mezclaba con el fuerte perfume de los bosques. Todo les divertía, y se mostraban, como una curiosidad, las telarañas colgadas de los matorrales, los agujeros llenos de agua entre las piedras, una ardilla en las ramas, el vuelo de dos mariposas que les seguían; o bien, a veinte pasos de ellos, bajo los árboles, una corta que pasaba tranquilamente, con aire noble y apacible, y su cervatillo al lado. Rosanette habría querido correr tras ellos para abrazarlos.

En una ocasión sintió mucho miedo, cuando un hombre que se presentó de pronto le mostró tres víboras en una caja. Se apresuró a refugiarse en Federico, quien se alegró de que fuera débil y él lo bastante fuerte para defenderla.

Esa noche comieron en una posada, a la orilla del Sena. La mesa estaba junto a la ventana y Rosanette frente a él, que contemplaba su naricita fina y blanca, sus labios entreabiertos, sus ojos claros, sus mechones castaños que se ahuecaban y su lindo rostro ovalado. Su vestido de seda cruda se ceñía a los hombros un poco caídos, y de las mangas estrechas salían las dos manos que trinchaban, servían la bebida y avanzaban por el mantel. Les sirvieron un pollo con las patas y las alas extendidas, un guiso de anguilas a la marinesca en una cazuela de barro, vino aguado, pan demasiado duro y cuchillos mellados. Todo eso aumentaba el placer y la ilusión. Se creían viajando por Italia en su luna de miel.

Antes de ponerse de nuevo en marcha fueron a pasear a lo largo del ribazo.

El cielo, de un azul pálido y redondeado como una cúpula, se apoyaba en el horizonte en el dentellón de los bosques. Enfrente, al final de la pradera, se alzaba el campanario de la iglesia de una aldea, y más lejos, a la izquierda, el tejado de una casa ponía una mancha roja en el río, que parecía inmóvil en toda la longitud de su sinuosidad. Los juncos se cimbreaban, no obstante, y el agua sacudía suavemente las pértigas clavadas en la orilla para sostener las redes; una nasa de mimbre y dos o tres viejas chalupas se veían allí. Cerca de la posada, una muchacha con sombrero de paja sacaba cubos de agua de un pozo, y cada vez que subían Federico escuchaba con un placer inefable el chirrido de la cadena.

No dudaba de que sería dichoso hasta el final de su vida, tan natural le parecía su felicidad e inherente a su vida y a la persona de aquella mujer. Una necesidad íntima lo impulsaba a decirle palabras afectuosas, a las que ella respondía con amabilidad y palmaditas en el hombro que le sorprendían y encantaban. En fin, descubría en ella una belleza enteramente nueva, que *no* era tal vez sino el reflejo de las cosas circundantes, a menos que virtualidades secretas la hubiesen hecho florecer.

Cuando descansaban en pleno campo, Federico apoyaba la cabeza en las rodillas de Rosanette, resguardado por su sombrilla, o bien, tendidos boca abajo en el césped, se quedaban el uno frente al otro mirándose, zambulléndose en *sus ojos*, saciándose mutuamente, hasta que, con los párpados entornados, quedaban en silencio.

A veces oían muy a lo lejos redobles de tambor. Era el toque de generala en las aldeas llamando a la defensa de París.

-¡Oh, escucha! ¡Es el motín! -decía Federico, con una compasión desdeñosa, pues esa agitación le parecía despreciable, comparada con su amor y la naturaleza eterna.

Y conversaban acerca de cualquier cosa, de lo que conocían perfectamente, de personas que no les interesaban, de mil naderías. Ella le hablaba de su doncella y su peluquero. Un día se descuidó en decir su edad: tenía veintinueve años y envejecía.

En muchas ocasiones, sin quererlo, le daba detalles de sí misma. Había sido empleada de una tienda, viajado por Inglaterra y comenzado, los estudios para ser actriz, todo ello dicho sin transiciones y de manera que él no podía reconstruir e; conjunto. Pero fue más explícita un día en que estaban sentados a la sombra de un plátano en un prado. Abajo, a la orilla del camino, una niña, descalza en el polvo, apacentaba una vaca. Guando los vio fue a pedirles limosna, y mientras sostenía con una mano la falda andrajosa se rascaba con la otra la cabellera negra que rodeaba, como una peluca a lo Luis XIV, toda su cabeza morena, iluminada por unos *ojos* espléndidos.

-Será muy linda más adelante -dijo Federico. -¡Qué suerte para ella si no tiene madre! -

exclamó Rosanette.

-¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

-Sí; yo, sin la mía...

Suspiró y comenzó a hablar de su infancia. Sus padres eran obreros de la Croix-Rousse. Ella ayudaba a su padre como aprendiz. Era inútil que el pobre hombre echara el bofe trabajando, pues su mujer lo insultaba y vendía todo para emborracharse. Rosanette recordaba su habitación, con los telares alineados a lo largo de las ventanas, el puchero sobre la estufa, la cama pintada de color de caoba, un armario enfrente, y el camaranchón oscuro donde ella se había acostado hasta los quince años. Por fin llegó un señor, un hombre gordo, con la cara de color de boj, modales de devoto y vestido de negro. Su madre y él mantuvieron una conversación, y tres días después. .. Rosanette se interrumpió, y con una mirada llena de impudor y de amargura, añadió:

-¡Cosa hecha!

Luego, respondiendo a los gestos de Federico, continuó:

-Como estaba casado y temía comprometerse en su casa, me llevaron al reservado de un restaurante y me dijeron que sería dichosa y recibiría un buen regalo.

“Lo primero que me llamó la atención al entrar fue un candelabro de plata sobredorada colocado en una mesa donde había dos cubiertos. Se reflejaban en un espejo del techo, y el tapizado de las paredes, de seda azul, daba a la habitación el aspecto de una alcoba. Eso me sorprendió. Como comprenderás, yo era un pobre ser que nunca había visto nada. :A pesar de mi deslumbramiento, tenía miedo y deseaba irme. Me quedé, sin embargo.

“El único asiento que había allí era un diván junto a la mesa y que se hundió blandamente al sentarme; la rejilla del calorífero colocado sobre la alfombra me enviaba un vaho cálido, y yo permanecía sin tomar nada. El mozo, de pie a mi lado, me invitó a comer. Me sirvió inmediatamente un gran vaso de vino; la cabeza me daba vueltas, quise abrir la ventana y me dijo: ‘No, señorita, está prohibido’. Y se fue. . La mesa estaba cubierta con un montón de cosas que yo no conocía y ninguna de las cuales me gustaba. En vista de ello elegí un tarro de dulce y

seguí esperando. No sé qué le impedía venir. Era ya muy tarde, por lo menos la medianoche, y no podía más de cansancio. Al retirar uno de los cojines para recostarme mejor encontré bajo la mano una especie de álbum, un cuaderno con láminas obscenas. Dormía sobre ellas cuando él entró.”

Rosanette bajó la cabeza y se quedó pensativa.

A su alrededor susurraban las hojas, en una mata de hierbas se balanceaba una gran dedalera, la luz se deslizaba como una onda por el césped y el silencio era interrumpido a intervalos rápidos por el ramoneo de la vaca, a la que ya no se veía.

Rosanette, con las aletas de la nariz palpitantes, absorta, miraba fijamente, a tres pasos de ella, un punto del terreno. Federico le tomó la mano. -¡Cómo has sufrido, pobrecita mía!

-Sí, más de lo que crees -replicó ella-. ¡Hasta el extremo de querer terminar con todo!

Volvieron a pescarme.

-¿Cómo?

-¡Bah, no pensemos en eso! Te quiero y soy dichosa. Abrázame.

Y se quitó una tras otra las briznas de cardo adheridas al vuelo de su vestido.

Federico pensaba sobre todo en lo que ella no había dicho. ¿Por qué medios había podido salir de la miseria? ¿A qué amante debía su educación? ¿Qué había sucedido en su vida hasta el día en que él había ido por vez primera a su casa? Su última declaración impedía las preguntas. Sólo le preguntó cómo había conocido a Arnoux.

-Por medio de la Vatnaz.

-¿No eras tú la que vi una vez en el Palais-Royal con los dos? Citó la lecha precisa. Rosanette hizo un esfuerzo y contestó: -Sí, es cierto... ¡Yo no estaba alegre en ese tiempo!

Pero Arnoux se había portado muy bien. Federico no lo ponía en duda, pero su amigo era un hombre raro, lleno de defectos; tuvo el cuidado de recordarlos y Rosanette se mostró de acuerdo.

-Pero no importa -dijo-. A pesar de todo se quiere a ese camello.

-¿Ahora también? -preguntó Federico.

Ella se ruborizó, medio risueña y medio enojada.

-¡Oh, no! Eso pertenece a la historia antigua. No te oculta nada. Y aunque así fuera, él es diferente. Además, no me parece que te portas muy bien con tu víctima.

- Mi víctima?

Rosanette le asió la barbilla. -Sin duda.

Y ceceando como una nodriza, añadió:

-¡No hemos sido siempre muy prudentes! ¡Nos hemos acostado con su esposa!

-¡Yo! ¡Nunca!

Rosanette sonrió, y esa sonrisa molestó a Federico, porque la creyó una prueba de indiferencia. Pero ella le preguntó amablemente y con una de esas miradas que imploran la mentira:

-¿De veras?

-¡Seguramente!

Federico juró bajo palabra de honor que jamás había pensado en la señora de Arnoux, porque estaba demasiado enamorado de otra.

-¿De quién?

-¡De ti, mi bellísima!

-¡Oh, no te burles de mí! ¡Me irritas!

Federico juzgó prudente inventar una aventura, una pasión, y la adornó con detalles minuciosos. Por lo demás, esa persona lo había hecho muy desdichado

-Decididamente, no tienes suerte -dijo Rosanette.

-¡Oh, quién sabe!

Quería decir con eso que no le habían faltado muchas buenas aventuras, para dar la mejor opinión de sí mismo, así como Rosanette no confesaba todos sus amantes para que él la estimara más; pues en medio de las confidencias más íntimas se hacen siempre restricciones, por falsa vergüenza, por delicadeza o por compasión. Se descubre en el otro o en uno mismo precipicios o abyecciones que impiden continuar; además uno se da cuenta de que no le comprenderían; es difícil expresar con exactitud no importa qué, por lo que son raras las confidencias completas.

La pobre Maríscala no había conocido un vínculo mejor. Con frecuencia, cuando contemplaba a Federico le asomaban las lágrimas a los ojos, que luego elevaba o dirigía hacia el horizonte, como si viera una gran aurora, o ilimitadas perspectivas de felicidad. Por fin un día confesó que deseaba encargar una misa “para que haga dichoso nuestro amor”.

Entonces, ¿por qué se había resistido durante tanto tiempo? No lo sabía ella misma. Federico repitió muchas veces su pregunta, y ella le contestaba estrechándolo en sus brazos:

-¡Es que temía amarte demasiado, querido!

El domingo por la mañana Federico leyó en un diario, en una lista de heridos, el nombre de Dussardier Lanzó un grito y, mostrando el periódico a Rosanette, declaró que iba a partir inmediatamente. -¿Para qué?

-Para verlo y para cuidarlo.

-Me imagino que no vas a dejarme sola. -Ven conmigo.

-¿Que vaya yo a meterme en semejante trifulca? Muchas gracias!

-Sin embargo, yo no puedo...

-¡Tá tá tá! ¡Como si no hubiera enfermeras en los hospitales! Además, ¿quién le mandaba a tu amigo meterse en esos líos? ¡Que cada cual se ocupe de lo suyo!

Ese egoísmo indigno a Federico, que se reprochó no haber estado allí con los otros. Tanta indiferencia por las desgracias de la patria tenía algo de mezquino y de burgués. Su amor le pesó de pronto como un delito.

Estuvieron una hora enfurruñados.

Luego ella le suplicó que esperara, que no se expusiera. -¡Si por casualidad te matasen! -¡No habría hecho más que cumplir con mi deber!

Rosanette dio un salto. Ante todo, su deber era amarla. ¡Él no la quería ya, sin duda! ¡Aquello no tenía sentido común! ¡Qué idea, Dios mío!

Federico llamó para pedir la cuenta. Pero no era fácil volver a París. El coche de las mensajerías Leloir acababa de partir, las berlinas Lecomte no saldrían, la diligencia del Borbonesado no pasaría hasta una hora muy avanzada de la noche y tal vez estaría llena, no se podía saber. Después de perder mucho tiempo en esas informaciones, se le ocurrió la idea de tomar la posta. Pero el administrador de la posta no quiso darle caballos porque Federico carecía de pasaporte: Por fin alquiló una calesa, la misma en la que habían paseado, y llegaron al Hotel del Comercio, en Melun, a eso de las cinco.

La plaza del Mercado estaba cubierta de haces de armas. El prefecto había prohibido a los guardias nacionales que fueran a París. Los que no eran de su departamento querían seguir su camino. Gritaban y en la posada reinaba un gran tumulto.

Rosanette, amedrentada, declaró que no iría más adelante y volvió a suplicar a Federico que se quedara. El posadero y su mujer se unieron a sus ruegos. Un buen hombre que estaba comiendo intervino, y afirmó que la batalla terminaría muy pronto; por lo demás, había que cumplir con su deber. La Maríscala redoblo sus sollozos, y Federico, exasperado, le entregó su bolsa, la abrazó vivamente y desapareció.

Cuando llegó a la estación de Corbeil le dijeron que los insurrectos habían cortado los rieles en algunos trechos, y el cochero se negó a llevarlo más adelante; dijo que sus caballos estaban “rendidos”.

Gracias a él, no obstante, Federico consiguió un mal cabriolé que, por sesenta francos y la propina, consintió en llevarlo hasta el portazgo de Italia. Pero, a cien pasos del portazgo, el conductor le hizo apearse y se volvió con

el coche. Federico avanzaba por la carretera cuando, de pronto, un centinela le puso la bayoneta en el pecho. Lo sujetaron cuatro hombres que vociferaban:

-¡Es uno de ellos! ¡Cuidado! ¡Regístralo! ¡Bandido! ¡Canalla!

Y su estupefacción fue tan grande que se dejó arrastrar al puesto del portazgo, en la plaza misma donde convergen los bulevares de los Gobelinos y del Hospital y las calles Godefroy y Mouffetard.

Cuatro barricadas formaban en el extremo de las cuatro vías enormes taludes de adoquines; de trecho en trecho chisporroteaban las antorchas; a pesar del polvo que se elevaba, Federico vislumbró a soldados de infantería y guardias nacionales, todos con las caras ennegrecidas, desaliñados y foscos. Acababan de tomar el puesto, habían fusilado a muchos hombres y todavía les duraba la ira. Federico dijo que llegaba de Fontainebleau y que iba a ayudar a un camarada herido que se alojaba en la calle Bellefond. Al principio nadie quiso creerle, le examinaron las manos y hasta lo olfatearon para asegurarse de que no olía a pólvora.

Sin embargo, a fuerza de repetir lo mismo, terminó convenciendo a un capitán, que ordenó a dos soldados que lo condujeran al puesto del Jardín de Plantas.

Bajaron por el bulevar del Hospital y la fuerte brisa que soplaba lo reanimó.

Luego se introdujeron en la calle del Mercado de Caballos. El jardín de Plantas, a la derecha, era una gran masa negra, en tanto que a la izquierda, toda la fachada de la Piedad, con las ventanas iluminadas, resplandecía como un incendio y sombras pasaban raudas por los cristales.

Los dos soldados que acompañaban a Federico se fueron y otro siguió con él hasta la Escuela Politécnica.

La calle Saint-Victor estaba completamente a oscuras, sin un farol encendido ni una luz en las casas. Cada diez minutos se oía gritar:

-¡Centinela, alerta!

Y ese grito en medio del silencio se prolongaba como la repercusión de una piedra que cae en un abismo.

A veces se acercaba el ruido de unos pasos pesados. Era una patrulla de por lo menos cien hombres, y de esa masa confusa se escapaban cuchicheos y vagos tintineos de hierros, y alejándose con un balanceo rítmico se sumía en la oscuridad.

En el cruce de las calles estaba un dragón a caballo, inmóvil. De vez en cuando pasaba una estafeta al galope y luego se reanudaba el silencio. El rodar de cañones por el empedrado producía a lo lejos un ruido sordo y terrible; y esos ruidos diferentes de todos los ordinarios oprimían el corazón. Hasta parecían ensanchar el silencio, que era profundo, absoluto, un silencio fosco. Unos hombres con blusa blanca se acercaban a los soldados, les decían una palabra y se desvanecían como fantasmas.

EL puesto de la Escuela Politécnica rebosaba de gente. Las mujeres obstruían la puerta y pedían que les dejaran ver al hijo o al marido. Las enviaban al Panteón, convertido en depósito de cadáveres. Nadie hacía caso de Federico, que se obstinaba en entrar, jurando que su amigo Dussardier lo esperaba y que iba a morir. Por fin le asignaron un cabo para que lo condujera a lo alto de la calle Saint Jacques, a la alcaldía del distrito XII.

La plaza del Panteón estaba llena de soldados acostados en paja. Amanecía y las fogatas del vivac se apagaban.

La insurrección había dejado en ese barrio rastros terribles: El pavimento de las calles estaba abollado desigualmente de un extremo al otro. En las barricadas derruidas se veían todavía ómnibus, cañerías de gas y ruedas de carros; en ciertos lugares había charquitos negros que debían ser de sangre. Las casas estaban acribilladas por los proyectiles y bajo las desconchaduras de las paredes quedaban en descubierto los armazones. Algunas celosías sostenidas por un clavo colgaban como andrajos. Como las escaleras se habían desplomado, las puertas se abrían al vacío. Se veía el interior de las habitaciones con los papeles en jirones; -a veces se conservaban intactos algunos objetos finos. Federico observó un reloj, un palo de loro, unos grabados.

Cuando entró en la alcaldía, los guardias nacionales charlaban inagotablemente de la muerte de Bréa y Négrier, el representante Charbonnel y el arzobispo de París. Se decía que el duque de Aumale había desembarcado en Boulogne, que Barbès había huido de Vincennes, que llegaba la artillería de Bourges y que afluían los socorros de las provincias. Hacia las tres alguien llevó buenas noticias: los parlamentarios de los insurrectos estaban con el presidente de la Asamblea.

Esto les regocijó, y como todavía le quedaban doce francos, Federico hizo llevar doce botellas de vino, con la esperanza de apresurar así su libertad. De pronto se creyó oír una descarga. Dejaron de beber y miraron al desconocido con ojos desconfiados; podía ser Enrique V.

Para no contraer responsabilidad alguna, lo transportaron a la alcaldía del distrito XI, de donde no lo dejaron salir hasta las nueve de la mañana.

Corrió al muelle Voltaire. En una ventana abierta lloraba, elevando la vista, un anciano en mangas de camisa. El Sena fluía tranquilamente. El cielo estaba completamente azul y en las copas los árboles de las Tullerías cantaban los pájaros.

Federico cruzaba la plaza del Carrousel cuando pasaba una camilla. La guardia del puesto presentó las armas y el oficial, llevándose la mano al chacó, dijo: "¡Honor al valor desdichado!". Esa frase se había hecho casi obligatoria y el que la pronunciaba parecía siempre solemnemente conmovido. Un grupo de personas furiosas

acompañaba a la camilla y gritaba:

-¡Nos vengaremos! ¡Nos vengaremos!

Los coches circulaban por los bulevares y las mujeres hacían hilas en las puertas. Sin embargo, el motín estaba vencido o poco menos; lo anunciaba una proclama de Cavaignac, publicada poco antes. Al final de la calle. Vivienne apareció un pelotón de la guardia móvil. Al verlos, los burgueses lanzaban gritos de entusiasmo, se quitaban los sombreros, aplaudían, bailaban, querían abrazarlos y darles de beber, y las damas les arrojaban flores desde los balcones.

.Por *fin*, a las diez, en el momento en que el cañón tronaba para *tomar el barrio Saint- Antoine*, Federico llegó a la casa de Dussardier. Lo encontró en su buhardilla, tendido boca abajo y durmiendo. De la habitación salió una mujer andando de puntillas: era la señorita Vatnaz. Llevó aparte a Federico y le dijo cómo habían herido a Dussardier.

El sábado, en lo alto de una barricada de la calle Lafâyette, un pilluelo envuelto en una bandera tricolor gritó a los guardias nacionales: “¿Van a disparar contra sus hermanos?”. Como los guardias seguían avanzando, Dussardier arrojó al suelo su fusil, apartó a los otros, saltó sobre la barricada y de una zancadilla derribó al insurgente y le arrancó la bandera. Lo encontraron bajo los escombros, con el; muslo atravesado por una bala de cobre. Habían tenido que abrirle la herida para extraerle el proyectil. La señorita Vatnaz se presentó esa misma noche y desde entonces no lo abandonaba.

Preparaba con inteligencia todo lo necesario para las curaciones, le ayudaba a beber, espía sus menores deseos, iba y venía más ligera que una mosca y lo contemplaba con ojos tiernos.

Durante dos semanas Federico no dejó de ir todas las mañanas. Un día en que hablaba de la abnegación de la Vatnaz, Dussardier se encogió de hombros y dijo:

-No, lo hace por interés.

-¿Lo crees?

-Estoy seguro.

Pero no quiso dar más explicaciones.

La señorita Vatnaz lo colmaba de atenciones, hasta llevarle los diarios que elogiaban su valiente acción. Esos elogios parecían molestarle e inclusive confesó a Federico que no tenía la conciencia tranquila.

Tal vez debía haber combatido del otro lado, con la gente de blusa, pues en fin de cuentas le habían prometido muchas cosas que no habían cumplido. Sus vencedores detestaban a la República y se mostraban muy duros con ellos. Hacían mal, sin duda, aunque no por completo. Y al buen muchacho le torturaba la idea de que podía haber combatido contra la justicia.

Sénécal, encerrado en las Tullerías, en los calabozos situados a la orilla del río, no sufría esas angustias.

Había allí novecientos hombres, amontonados en la inmundicia, mezclados, ennegrecidos por la pólvora y la sangre coagulada, tiritando de fiebre, gritando de rabia, y no retiraban a los que morían entre los otros. A veces, al oír el estampido súbito de una descarga, creían que iban a fusilar a todos; entonces se lanzaban contra las paredes, y luego volvían a caer en sus lugares, tan atontados por el dolor que les parecía vivir en una pesadilla, en una alucinación fúnebre. La lámpara que colgaba de la bóveda parecía una mancha de sangre, y revoloteaban llamas verdes y amarillas producidas por las emanaciones de la cueva. Por temor a una epidemia se nombró una comisión. Desde los primeros escalones el presidente retrocedió, espantado por el olor de los excrementos y los cadáveres. Cuando los presos se acercaban a un tragaluz, los guardias nacionales que estaban de centinela para impedirles que arrancaran las rejas asestaban bayonetazos al azar en el montón de cuerpos.

En general se mostraron despiadados. Los que no habían combatido querían distinguirse. Era un desbordamiento de pavor. Se vengaban al mismo tiempo de los diarios, de los clubes, de las reuniones tumultuosas, de las doctrinas, de todo lo que exasperaba desde hacía tres meses; y a pesar de la victoria, la igualdad -como para castigo de sus defensores y escarnio de sus enemigos- se manifestaba triunfalmente; era una igualdad de animales irracionales, un mismo nivel de ignominias sangrientas, pues el fanatismo de los intereses equilibraba los delirios de la necesidad, la aristocracia sentía los furores de la crápula y el gorro de algodón no se mostraba menos horrible que el gorro frigio. La razón pública estaba perturbada como después de los grandes cataclismos de la naturaleza. Personas inteligentes se quedaron idiotas para toda su vida.

El viejo Roque se había convertido en un hombre muy valiente, casi temerario. Llegado el día 26 a París con los nogeteses, en vez de regresar al mismo tiempo que ellos, prefirió agregarse a la guardia nacional acampada en las Tullerías, y le satisfizo mucho que lo apostaran como centinela de los calabozos a orillas del agua. ¡Allí por lo menos tenía bajo su vigilancia a aquellos bandidos! Gozaba con su derrota y su abyección y no podía dejar de insultarlos.

Uno de ellos, un adolescente de larga cabellera rubia, asomó la cara a los barrotes y pidió pan. El señor Roque le ordenó que se callara, pero el joven repetía con voz lastimera:

-¡Pan!

¿Acaso lo tengo yo?

Otros presos aparecieron en el tragaluz, con las barbas erizadas y los ojos llameantes, y se empujaban gritando:

-¡Pan!

Al viejo Roque le indignó que se desconociera su autoridad. Para atemorizarlos les apuntó con el fusil; y

levantado hasta la bóveda por la oleada que le ahogaba, el joven, con la cabeza hacia atrás, gritó una vez más:
-¡Pan!

¡Toma! ¡Aquí lo tienes! -dijo el señor Roque, y disparó el fusil.

Se oyo un enorme alarido y luego nada junto a la reja quedó una cosa blanca.

Después de lo cual el señor Roque volvió a su casa, pues poseía una en la calle Saint- Martin, una casa en la que se había reservado un apeadero; y los estropicios causados por la revuelta en la fachada de su inmueble no habían contribuido poco a enfurecerlo. Al volver a verlo le pareció que había exagerado los daños. Su acción de poco antes le apaciguó como una indemnización.

Su propia hija le abrió la puerta, y le dijo en seguida que su ausencia demasiado larga la había inquietado, pues temía una desgracia, alguna herida.

Esa prueba de amor filial conmovió al viejo Roque, al que asombró que ella se hubiera puesto en camino sin

Catalina.

-La he enviado a hacer un encargo -replicó Luisa.

Se informó de la salud de su padre y de otras cosas, y luego, en tono indiferente, le preguntó si por casualidad había encontrado a Federico.

-No, en ninguna parte.

Sólo por él había hecho el viaje.

Se oyeron pasos en el pasillo.

-¡Ah! Con permiso -dijo, y desapareció.

Catalina no había encontrado a Federico. Estaba ausente desde hacía muchos días, y su amigo íntimo, el señor Deslauriers, vivía ahora fuera de la capital.

Luisa volvió, temblorosa y sin poder hablar. Se apoyaba en los muebles. -¿Qué te pasa? -le preguntó su padre.

Ella le indicó por señas que no era nada, y mediante un gran esfuerzo de voluntad se repuso.

El fondista de enfrente llevó la comida, pero el señor Roque había sufrido una emoción demasiado fuerte. “Eso no podía suceder”, según él, y a los postres sintió una especie de desfallecimiento. Inmediatamente enviaron en busca de un médico, que recetó una pócima. Luego, cuando estuvo acostado, el señor Roque exigió el mayor número posible de mantas para sudar. Suspiraba y gemía.

-¡Gracias, mi buena Catalina! Besa a tu pobre padre, pichoncita mía. ¡Oh, estas revoluciones!

Y como su hija le reñía por haberse enfermado al acongojarse por ella, replicó:

-Sí, tienes razón. Pero no lo puedo evitar. ¡Soy demasiado sensible!

II

La señora de Dambreuse, en su tocador, entre su sobrina y miss John, escuchaba el relato que hacía el señor Roque de sus tareas militares. Se mordía los labios y parecía sufrir.

-¡Oh, no es nada! ¡Ya pasará! -dijo. Y con un ademán gracioso, añadió:

-Hoy comerá con nosotros un conocido de ustedes, el señor Moreau. Luisa se estremeció.

-Además, únicamente algunos íntimos, Alfredo de Cisy entre ellos. Y elogió sus modales, su figura y principalmente sus costumbres.

La señora de Dambreuse mentía menos de lo que creía, pues el vizconde pensaba en el casamiento. Se lo había dicho a Martinon, añadiendo que estaba seguro de agradar a la señorita Cecilia y de ser aceptado por sus parientes.

Para arriesgar semejante confianza debía tener buenos informes acerca de la dote. Ahora bien, Martinon sospechaba que Cecilia era hija natural del señor Dambreuse, y probablemente habría sido muy aventurado para él pedir su mano a todo trance. Semejante audacia era peligrosa; en consecuencia, Martinon se había comportado hasta entonces de modo que no le comprometiera; además, no sabía cómo desembarazarse de la tía. La confesión de Cisy lo decidió, e hizo su petición al banquero, quien, no viendo inconveniente alguno, acababa de informar a su esposa.

Cuando se presentó Cisy, la señora de Dambreuse se levantó y le dijo: -Usted nos olvidaba ... Cecilia, *shake hands!* En el mismo momento entraba Federico.

-¡Ah, por fin lo encuentro! --exclamó el señor Roque-. Esta semana he ido tres veces 'a su casa con Luisa.

Federico los había eludido cuidadosamente. Alegó que pasaba todos los días junto a su compañero herido. Además, desde hacía mucho tiempo le habían ocupado muchas cosas, y buscaba mentiras para disculparse. Por suerte, comenzaron a llegar los invitados: en primer lugar el señor Paul de Grémonville, el diplomático entrevistado en el baile; luego Fumichon, el industrial cuyo fanatismo conservador le había escandalizado una noche; y tras ellos la anciana duquesa de Montreuil-Nantua.

Se oyeron dos voces en la antesala. -Estoy segura - decía una de ellas.

-¡Mi bella señora, mi bella señora! -respondía la otra-. ¡Tranquílcese, por favor! Eran el señor de Nonancourt, un viejo petimetre, momificado por la *cold-cream*, y la señora de Larsillois, esposa de un prefecto de Luis Felipe, la cual temblaba extremadamente, porque había oído momentos antes en un órgano una polca, que era una señal entre los insurrectos. Muchos burgueses se imaginaban cosas parecidas; creían que unos hombres ocultos en las galerías subterráneas iban a hacer saltar el barrio Saint-Germain; se oían rumores en los sótanos y en las ventanas sucedían cosas sospechosas.

Sin embargo, todos se esforzaron por tranquilizar a la señora de Larsillois. Se había restablecido el orden y nada había que temer. ` ¡Cavaignac nos ha salvado!'. Como si los horrores de la insurrección no hubiesen sido suficientemente numerosos, se los exageraba. Del lado de los socialistas habían luchado veintitrés mil presidiarios, ni uno menos.

No se dudaba en modo alguno de los víveres envenenados, de los soldados de la guardia móvil machacados entre dos tablones, y de las inscripciones en las banderas que pedían el pillaje y el incendio.

-¡Y algo más! -añadió la ex prefecta.

-¡Oh, querida! -dijo, por pudor, la señora de Dambreuse, señalando con una mirada a las muchachas.

El señor Dambreuse salió de su despacho con Martinon. Su esposa volvió la cabeza y respondió al saludo de Pellerin, que entraba. El artista contempló las paredes con inquietud. El banquero lo llevó aparte y le hizo comprender que, por el momento, había tenido que ocultar el cuadro revolucionario.

-¡Sin duda! -exclamó Pellerin, a quien el fracaso en el Club de la Inteligencia había hecho cambiar de opiniones.

El señor Dambreuse le hizo saber muy cortésmente que le encargaría otros trabajos. -Pero excúseme... ¡Oh, querido amigo, bienvenido!

Arnoux y su esposa se hallaban delante de Federico, quien sintió una especie de vértigo. Rosanette, con su admiración por los soldados, lo había irritado durante toda la tarde, y el viejo amor se despertó.

El mayordomo fue a anunciar que la señora estaba servida. Ella, con una mirada, ordenó al vizconde que diera el brazo a Cecilia, dijo en voz baja a Martinon: "¡Miserable!" y pasaron al comedor.

Bajo las hojas verdes de un ananá, en el centro del mantel, se extendía una dorada, con la boca hacia un cuarto de corzo y con la cola tocando a un plato de cangrejos. Higos, cerezas enormes, peras y uvas, primicias del cultivo parisiense, formaban pirámides en canastillas de vieja porcelana de Sajonia; de trecho en trecho un ramo de flores se mezclaba con la vajilla de plata; las cortinas de seda blanca que cubrían las ventanas llenaban el

comedor con una luz suave, y lo refrescaban dos fuentes con trozos de hielo; criados de calzón corto servían la mesa. Todo aquello parecía mejor después de las emociones de los días anteriores. Se volvía a gozar con las cosas que se había temido perder; y Nonancourt expresó el sentimiento general cuando dijo:

-¡Esperemos que los señores republicanos nos permitan comer!

-A pesar de su fraternidad -añadió ingeniosamente el señor Roque.

-Esos dos personajes honorables se hallaban a derecha e izquierda de la señora de Dambreuse, que tenía enfrente a su marido, entre la señora de Larsillois, con el diplomático al lado, y la anciana duquesa, junto a Fumichon. Seguían el pintor, el comerciante de loza, la señorita Luisa; y gracias a Martinon, que le había quitado su puesto para sentarse junto a Cecilia, Federico estaba al lado de la señora Arnoux.

Llevaba ésta un vestido de lanilla negra, un aro de oro en la muñeca y, como el primer día que había comido en su casa, algo rojo en el cabello: una rama de fucsia alrededor del rodete. Federico no pudo menos de decirle:

-Hace mucho tiempo que no nos hemos visto.

-Así es -replicó ella fríamente.

Él añadió con una suavidad en la voz que atenuaba la impertinencia de su pregunta: ¿Ha pensado usted alguna vez en mí?

¿Por qué había de pensar en usted?

A Federico le hirió esa respuesta.

—Quizá tenga usted razón después de todo -dijo.

Pero se arrepintió inmediatamente y juró que no había vivido un solo día sin que le atormentara su recuerdo.

-No creo absolutamente nada de lo que dice, señor.

-Sin embargo, usted sabe que la amo. La señora de Arnoux no respondió. -Usted sabe que la amo -repitió Federico. Ella se mantuvo en silencio.

“¡Pues bien, vete a paseo!” pensó Federico.

Y alzando la vista vio en el otro extremo de la mesa a la señorita Roque.

Luisa había creído que era muy elegante vestirse completamente de verde, color que armonizaba muy mal con el tono de su cabello rubio. La hebilla de su cinturón estaba demasiado alta y la gorguera le apretaba. Esa falta de elegancia había contribuido, sin duda, a la fría acogida de Federico. Ella lo observaba de lejos con curiosidad, y Arnoux, que estaba a su lado, le prodigaba inútilmente las galanterías, pues no podía sacarle tres palabras, por lo que, renunciando a agradarle, se dedicó a escuchar la conversación general. Ésta se refería en aquel momento a los purés de ananás del Luxemburgo.

Louis Blanc, según Fumichon, poseía un palacio en la calle Saint-Dominique y no quería alquilarlo a los obreros.

-Lo que me parece gracioso -dijo Nonancourt- es que Ledru-Rollin cace en los dominios de la Corona.

-Debe veinte mil francos a un joyero -añadió Cisy e inclusive se dice ... La señora de Dambreuse le interrumpió:

-¡Oh, qué mal está enardecerse por la política! ¡Y en un joven como usted peor todavía! ¡Ocúpese más bien de su vecina!

A continuación las personas serias censuraron a los diarios.

Arnoux los defendió; Federico intervino y dijo que eran empresas comerciales parecidas a las otras. En general sus redactores eran imbéciles o embusteros; afirmó que los conocía bien y refutó con sarcasmos los sentimientos generosos de su amigo. La señora de Arnoux no le daba cuenta de que mantenía esa actitud para vengarse de ella.

Entretanto, el vizconde se torturaba la mente para conquistar a la señorita Cecilia. Al principio se las echó de artista y criticó la forma de las garrafitas y el cincelado de los cuchillos. Luego habló de su caballeriza, de su sastre y su camisero, y por fin abordó el tema de la religión y encontró la manera de dar a entender que cumplía con todos sus deberes.

Martinon se desempeñaba mejor. En tono monótono y sin dejar de mirarla, elogiaba su perfil de ave, su vulgar cabellera rubia, sus manos demasiado cortas. La fea muchacha se deleitaba oyendo aquel diluvio de piropos.

Como todos hablaban en voz alta, no se podía entender nada. El señor Roque quería que gobernase a Francia “un brazo de hierro”. Nonancourt lamentaba la abolición del cadalso político. ¡Debían haber matado en masa a todos aquellos bribones!

-Inclusive son cobardes -dijo Fumichon-. ¡No veo qué valentía puede haber en colocarse detrás de las barricadas!

-A propósito, hablémos de Dussardier -dijo el señor Dambreuse volviéndose hacia Federico,

El valiente cajero era en aquel momento un héroe, como Sallesse, los hermanos Jeanson, la mujer Péquillet, etcétera.

Federico, sin hacerse rogar, relató la hazaña de su amigo, con la que había conquistado una especie de aureola.

Se llegó, muy naturalmente, a mencionar diferentes actos de coraje. Según el diplomático, no era difícil afrontar

la muerte, como lo atestiguaban los que se baten en duelo. -El vizconde puede informarnos al respecto -dijo Martinon. El vizconde se ruborizó intensamente.

Los comensales lo miraban, y Luisa, más asombrada que los otros, murmuró: -¿De qué se trata?

-Se *rajó* delante de Federico -le dijo Arnoux en voz baja.

-¿Sabe usted algo, señorita? -preguntó inmediatamente Nonancourt, y transmitió la respuesta de Luisa a la señora de Dambreuse que, inclinándose un poco, miró a Federico.

Martinon, sin esperar las preguntas de Cecilia, le dijo que aquel asunto concernía a una persona incalificable. La joven se apartó ligeramente en su silla como para evitar el contacto con aquel libertino.

La conversación se reanudó. Circulaban los excelentes vinos de Burdeos y los comensales se animaban. Pellerin aborrecía a la Revolución porque se había perdido definitivamente el museo español. Era lo que más le afligía como pintor. Al oír eso, el señor Roque le preguntó:

-No es usted el autor de un cuadro muy notable?

-Es posible. ¿De cuál?

-Del que representa a una señora vestida de una manera... a fe mía... un poco ligera, con un bol y un pavo real detrás.

A Federico le tocó el turno de ruborizarse. Pellerin se hacía el desentendido.

-Sin embargo, es seguramente de usted, pues tiene su firma abajo y unas palabras en el marco haciendo constar que es propiedad del señor Moreau.

Un día en que el viejo Roque y su hija esperaban a Federico en su casa habían visto el retrato de la Mariscal.

El buen hombre inclusive lo había tomado por "un cuadro antiguo" -No -contestó

Pellerin de mal humor-, es un retrato de mujer. Martinon añadió:

-De una mujer muy viva. ¿No es cierto, Cisy? -¡Oh, yo no sé nada de eso!

-Creía que usted la conocía. Pero si eso le molesta, le ruego que me perdone.

Cisy bajó la vista, probando con su turbación que había desempeñado un papel lamentable con motivo de ese retrato. En lo que respectaba a Federico, la modelo no podía ser sino su querida. Era una de esas convicciones que se forman inmediatamente, y los rostros de los presentes lo ponían de manifiesto.

"¿Cómo me mentía!", pensaba la señora de Arnoux. ¡Me ha abandonado por esa!", pensaba Luisa.

Federico se imaginaba que aquellas dos aventuras podían comprometerlo, y cuando estuvieron en el jardín hizo algunos reproches a Martinon.

El enamorado de la señorita Cecilia se echó a reír. -De ninguna manera. Eso te favorecerá.

No repares en pelillos.

¿Qué quería decir? Además, ¿por qué aquella benevolencia tan- contraria a sus costumbres? Sin poder explicárselo, se dirigió al fondo, donde estaban sentadas las señoras. Los hombres se mantenían de pie, y Pellerin, en medio de ellos, exponía sus ideas. Según él, lo más favorable para las artes era una monarquía bien entendida.

Los tiempos modernos le

desagradaban, "aunque sólo fuera por la guardia nacional"; añoraba la Edad Media y la época de Luis XIV. El señor Roque lo felicitó por sus opiniones y confesó que trastocaban todos sus prejuicios sobre los artistas. Pero se alejó casi inmediatamente, atraído por la voz de Fumichon. Arnoux trataba de demostrar que hay dos socialismos: uno bueno y otro malo. El industrial no veía la menor diferencia entre ambos, y la palabra propiedad le hacía perder la cabeza de ira.

-¡Es un derecho escrito en la naturaleza! Los niños se aferran a sus juguetes, todos los pueblos, todos los animales opinan como yo; el león mismo, si pudiera hablar, se declararía propietario. De modo que a mí, señores, que comencé con quince mil francos de capital, que durante treinta años me levanté regularmente a las cuatro de la mañana, que tuve que hacer un esfuerzo de quinientos diablos para acumular mi fortuna, ¿van a decirme que yo no soy su dueño, que mi dinero no es mi dinero, que la propiedad en fin, es un robo?

-Pero Proudhon...

-¡Déjeme en paz con su Proudhon! ¡Si estuviera aquí creo que lo estrangularía!

Y lo habría estrangulado. Después de los licores, sobre

todo, Fumichon se ponía fuera de sí, y su rostro apoplético estaba a punto de estallar como una granada.

-Buenos días, Arnoux -dijo Hussonnet, que avanzaba rápidamente por el césped. Llevaba al señor Dambreuse el primer ejemplar de un folleto titulado *La Hidra*, en el que el bohemio defendía los intereses de un círculo reaccionario, y como tal lo presentó el banquero a sus invitados.

Hussonnet los entretuvo, sosteniendo primeramente que los vendedores de sebo pagaban a trescientos noventa y dos pilluelos para que gritasen todas las noches: "¡Lamparillas!"; luego se burló de los principios del 89, la manumisión de los negros y los oradores de la izquierda, y hasta se lanzó a representar *Prudhomme en una barricada*, tal vez a consecuencia de una envidia ingenua a aquellos burgueses que habían comido bien. La

parodia no agradó mucho, pues las caras de los presentes se alargaron.

Por lo demás, no era aquel un momento propicio para bromas. Nonancourt lo dijo, recordando la muerte de monseñor Afire y la del general de Bréa. Se las recordaba constantemente y se las aducía como pruebas. El señor Roque declaró que la muerte del arzobispo era “lo más sublime que podía darse”; Fumichon daba la palma al militar; y, en vez de lamentar sencillamente los dos homicidios, discutían para saber cuál de ellos debía provocar más fuerte indignación. Se hizo luego un segundo parangón entre Lamoricière y Cavaignac; el señor Dambreuse ensalzaba a Cavaignac y Nonancourt a Lamoricière. Ninguno de los presentes, salvo Arnoux, había podido verlos en acción, a pesar de lo cual todos formularon acerca de sus operaciones un juicio irrevocable. Federico se recusó, confesando que no había tomado las armas. El diplomático y el señor Dambreuse le hicieron un movimiento de cabeza aprobatorio. En efecto, haber combatido la insurrección era haber defendido la República. El resultado, aunque favorable, la consolidaba, y ahora que se habían liberado de los vencidos deseaban desembarazarse de los vencedores.

Apenas estuvieron en el jardín, la señora de Dambreuse se encaró con Cisy y le reprendió por su torpeza; pero cuando vio que llegaba Martinon despidió al vizconde, pues quería que su futuro sobrino le dijera porqué le había gastado aquellas bromas.

-No ha habido tales bromas.

-¡Y todo eso para gloria del señor Moreau! ¿Con qué fin?

-Con ninguno. Federico es un muchacho encantador y yo lo estimo mucho.

-Yo también. Que venga. Vaya a buscarlo.

Tras dos o tres frases triviales, la señora comenzó a menospreciar ligeramente a sus invitados, lo que era tanto como ponerlo por encima de ellos. Federico no dejó de denigrar un poco a las otras mujeres, lo que era una manera hábil de galantearla. Pero ella lo abandonaba de vez en cuando, porque era día de recepción y llegaban las damas; luego volvía a ocupar su lugar, y la disposición fortuita de los asientos les permitía hablar sin que los oyeran.

La señora de Dambreuse se mostró jovial, seria, melancólica y razonable. Las preocupaciones del día le interesaban poco; existía todo un orden de sentimientos menos transitorios. Se quejó de los poetas que desfiguran la verdad, y luego elevó los ojos al cielo y le preguntó el nombre de una estrella.

Habían colgado de los árboles dos o tres faroles chinos; el viento los sacudía y rayos de colores temblaban en su vestido blanco. Se hallaba, como de costumbre, un poco recostada en el sillón, con un escabel delante; se veía la punta de uno de sus zapatos de raso negro, y a veces decía una palabra en voz más alta, y hasta reía.

Esas coqueterías no llegaban a Martinon, que se ocupaba de Cecilia, pero afectaban a la hija del señor Roque, que conversaba con la señora de Arnoux, la única, de todas -aquellas mujeres, cuyas maneras no le parecían desdeñosas. Había ido a sentarse a su lado y, luego, cediendo a una necesidad de expansión, le preguntó;

¿Verdad que habla bien Federico Moreau?

¿Usted lo conoce?

. ¡Oh, mucho! Somos vecinos y jugaba conmigo cuando era pequeña.

La señora de Arnoux le lanzó una larga mirada que significaba: “¿Me imagino que usted no le ama?”.

La de la muchacha le contestó sin turbarse: “Sí”.

- Entonces, ¿lo ve con frecuencia?

-¡Oh, no! Solamente cuando va a casa de su madre. ¡Hace diez meses que no ha ido! Sin embargo, había prometido ser más puntual.

-No hay que creer demasiado en las promesas de los hombres, hija mía.

-Pero a mí no me ha engañado. -Como a otras.

Luisa se estremeció. ¿Acaso le había prometido algo también a ella? Y el rostro se le crispó de desconfianza y de rencor.

La señora de Arnoux casi sintió miedo; habría querido desdecirse. Luego callaron ambas. Como Federico se hallaba enfrente, en una silla de tijera, lo contemplaban, una con decoro y el rabillo del ojo, y la otra francamente y con la boca abierta, por lo que la señora de Dambreuse le dijo:

- Vuélvase para que ella lo vea.

-¿Quién?

-La hija del señor Roque.

Y le hizo algunas bromas sobre el amor de aquella joven provinciana. Federico se defendía y trataba de reír.

-¡Dígame si se puede creer eso! ¡Una muchacha tan fea!

Sin embargo, su vanidad se complacía inmensamente. Recordaba la velada anterior, de la que había salido con el corazón lleno de humillaciones, y respiraba ampliamente; se sentía en su verdadero ambiente, casi en su dominio, como si todo aquello, incluso el palacio de los Dambreuse, le perteneciera. Las damas lo escuchaban formando un semicírculo, y para lucirse se pronunció en favor del restablecimiento del divorcio, que debía ser fácil, hasta poder separarse y

volver a unirse indefinidamente, cuantas veces se deseara. Unas protestaban y otras cuchicheaban, y se oían

voces aisladas en la oscuridad, al pie de la pared cubierta de aristoloquias. Era como un cacareo de gallinas alegres; y Federico exponía su teoría con el aplomo que procura la conciencia del buen éxito. Un criado llevó al cenador una bandeja con helados. Los caballeros se acercaron; hablaban de las detenciones.

Entonces Federico se vengó del vizconde haciéndole creer que tal vez iban a procesarle como legitimista. El otro objetaba que no había salido de su habitación y su adversario acumulaba las probabilidades contrarias. Los señores Dambreuse y Grémonville se divertían también. Luego felicitaron a Federico, lamentando que no empleara sus facultades en defensa del orden. Le estrecharon la mano cordialmente y le dijeron que en adelante podía contar con ellos. Por último, cuando todos se iban, el vizconde hizo una profunda reverencia ante Cecilia y le dijo:

-Señorita, tengo el honor de darle las buenas noches. Y ella respondió en tono seco: --Buenas noches. *Y sonrió a Martinon.*

El viejo Roque, para continuar su discusión con Arnoux, se ofreció a acompañarlo, “como asimismo a su señora”, puesto que su camino era el mismo. Luisa y Federico iban delante. Ella se había asido a su brazo, y cuando estuvieron un poco lejos de los otros, dijo:

-¡Ah, por fin, por fin! ¡He sufrido bastante durante toda la noche! ¡Qué malvadas son esas mujeres! ¡Y qué aires altaneros los suyos! Federico quiso defenderlas.

-Ante todo podías haberme hablado al entrar -añadió ella-, después de haber pasado un año entero sin ir a verme.

-No hace un año -replicó Federico, que aprovechó ese detalle para eludir los otros.

-Está bien, pero a mí el tiempo me ha parecido largo. Y durante esa comida abominable parecía que te avergonzabas de mí. Lo comprendo: yo no tengo, como ellas, lo que se necesita para agradar. -Te equivocas.

-¿De veras? ¡Júrame que no amas a ninguna otra! Federico juró.

-¿Me amas a mí sola?

-Por supuesto.

Esa seguridad alegró a Luisa. Habría deseado perderse por las calles para pasear juntos durante toda la noche.

-¡He sufrido tanto en esa casa! ¡No hablaban sino de barricadas! Te veía caer de espalda, cubierto de sangre. Tu madre estaba en cama con su reuma; no sabía nada y yo tenía que callar. Ya no aguantaba más y traje conmigo a Catalina.

Le contó su partida, lo que había hecho en el camino y cómo había mentido a su padre. -Me lleva devuelta dentro de dos días. Ven mañana por la tarde, como por casualidad, y aprovecha la ocasión para *pedirle mi mano*.

Federico nunca había pensado menos en casarse. Además, la señorita Roque le parecía una personita bastante ridícula. ¡Qué diferencia con una mujer como la señora de Dambreuse! Le estaba reservado un porvenir muy distinto. En aquel momento tenía la certidumbre de que así era, por lo que no parecía aquél el momento oportuno para comprometerse, por una corazonada, en una decisión de tanta importancia. Ahora tenía que ser positivo; además había vuelto a ver a la señora de Arnoux. Pero la franqueza de Luisa lo turbaba. Le preguntó:

-¿Has reflexionado bien acerca de esa solicitud? -¡Cómo! -exclamó ella, helada de sorpresa y de indignación.

-Casarse en este momento sería una locura. -¿Así que no me quieres? -¡Pero no me comprendes!

Y se lanzó a una verborrea muy embrollada para hacerle comprender que le impedían dar ese paso consideraciones importantes, que tenía muchos asuntos pendientes, que inclusive su fortuna estaba comprometida, y, como Luisa resolvía todo con una palabra terminante, terminó diciendo que las circunstancias políticas se oponían al casamiento. En consecuencia, lo más razonable era armarse de paciencia durante algún tiempo. Las cosas se arreglarían sin duda alguna, al menos así lo esperaba él, y, como no se le ocurrían más razonamientos, fingió que se acordaba de pronto de que debía haber estado hacia dos horas en casa de Dussardier.

Se despidió de los otros y se introdujo en la calle Hauteville, dio la vuelta al Gimnasio, volvió al bulevar y subió corriendo los cuatro pisos de la casa de Rózasete.

Los esposos Arnoux se separaron del señor Roque y de su hija a la entrada de la calle Saint-Denis. Volvían en silencio, él porque no podía hablar más después de haber charlado tanto, y ella porque sentía un gran cansancio, que la obligaba a apoyarse en el hombro de su marido. Era el único hombre que había mostrado durante la reunión sentimientos honrados. Sentía por él una gran indulgencia, a pesar de lo cual conservaba un poco de rencor contra Federico.

-¿Has visto qué cara puso cuando se habló del retrato? ¡cuando yo te decía que era su amante! Pero tú no querías creerme. -Sí, estaba equivocada.

Arnoux, contento con su triunfo, insistió:

-Apostaría que nos ha dejado hace un momento para ir a verla. Ahora estará en su casa, seguramente. Pasa allí la noche.

La señora de Arnoux ocultaba la cara bajo el sombrero. -Pero estás temblando -dijo él. -Es que siento frío -replicó ella.

Cuando su padre se quedó dormido, Luisa entró en la habitación de Catalina y, sacudiéndola por el hombro, le

dijo:

-¡Levántate! ¡Enseguida! ¡Más de prisa! Y vé en busca de un coche. Catalina le contestó que no había coches de alquiler a esa hora.

-Entonces, me acompañaras tú misma.

-¿Adónde?

-A casa de Federico. -¡No es posible! ¿Para qué? -Para hablarle.

No podía esperar. Quería verlo inmediatamente. -¿Cómo se te ocurre eso? ¡Presentarse así en una casa en plena noche! Además, ahora duerme.

-¡Lo despertaré!

-Pero eso no está bien en una señorita.

-¡Yo no soy una señorita! ¡Soy su esposa! ¡Lo amo! Vamos, ponte el chal.

Catalina, de pie junto a la cama, reflexionaba. Por último dijo: -¡No! ¡No quiero!

-Pues bien, quédate. Iré sola.

Luisa se deslizó como una culebra por la escalera.

Catalina la siguió corriendo y la alcanzó en la acera. Sus amonestaciones eran inútiles, y la seguía mientras terminaba de abrocharse el justillo. El camino le pareció muy largo y se quejaba de sus viejas piernas.

-¡Además, yo no tengo lo que te impulsa, caramba! Pero luego se enterneció y dijo: - ¡Pobre corazón! ¡Ya ves que sólo te queda tu Catalina! De vez en cuando volvía a sentir escrúpulos. -¡Linda cosa me obligas a hacer! ¡Si tu padre se despertara! ¡Dios mío! ¡Con tal de que no suceda una desgracia! Delante del teatro de Variedades las detuvo una patrulla de guardias nacionales. Luisa se apresuró a decir que iba con su criada a la calle Rumfort en busca de un médico, y las dejaron pasar.

En la esquina de la Madeleine encontraron una segunda patrulla, y como Luisa dio la misma explicación, uno de los ciudadanos preguntó: -¿Es por una enfermedad de nueve meses, mi gatita?

-¡Gougibaud! -gritó el capitán-. ¡Nada de charranadas en las filas! ¡Circulen, señoras! A pesar de la orden, los rasgos de ingenio continuaron:

-¡Que se diviertan!

-¡Mis saludos al doctor!

-¡Cuidado con el lobo!

-Les gusta reír --observó Catalina en voz alta-, son jóvenes.

Por fin llegaron a la casa de Federico. Luisa tiró con fuerzas muchas veces del cordón de la campanilla. La puerta se entreabrió y el portero respondió a su pregunta:

-No.

-Pero debe estar acostado.

-Les digo que no. Ya hace tres meses que no duerme en su casa.

Y la ventanilla de la portería cayó como la cuchilla de la guillotina. Las dos mujeres se quedaron en la oscuridad del zaguán. Una voz furiosa les gritó:

-¡Salgan!

La puerta se abrió otra vez y salieron.

Luisa se vio obligada a sentarse en un guardacantón, y lloró abundantemente, con la cabeza entre las manos. Amanecía y pasaban algunos carros.

Catalina se la llevó, sosteniéndola, besándola, diciéndole toda clase de buenas cosas sacadas de su experiencia. No valía la pena de acongojarse tanto por los supuestos enamorados. Si aquél fallaba, encontraría otros.

III

Cuando el entusiasmo de Rosanette por los soldados de la guardia móvil se calmó, volvió a ser más encantadora que nunca, y Federico adquirió insensiblemente la costumbre de vivir en su casa.

Lo mejor del día era el tiempo que pasaban por la mañana en la terraza. En justillo de batista y con los pies desnudos en las zapatillas, iba y venía alrededor de Federico, limpiaba la jaula de los canarios, cambiaba el agua a los peces rojos y con un badil cultivaba el cajón lleno de tierra del que brotaba un espaldar de capuchinas que adornaba la pared. Luego, acodados en el balcón, contemplaban el paso de coches y peatones se calentaban al sol y hacían proyectos para la noche. Él se ausentaba durante dos horas a lo sumo, y luego iban a un teatro cualquiera y se instalaban en un palco proscenio; y Rosanette, con un gran ramo de flores en la mano, escuchaba la orquesta, mientras Federico le decía al oído cosas graciosas o galantes. Otras veces tomaban una calesa que los llevaba al bosque de Boulogne, donde se paseaban hasta la medianoche;

finalmente volvían por el Arco de Triunfo y la gran avenida aspirando el aire, con las estrellas sobre sus cabezas y hasta el final de la perspectiva todos los faroles de gas alineados como una doble sarta de perlas luminosas.

Federico tenía que esperarla siempre cuando iban a salir, pues tardaba mucho en anudar bajo la barbilla las dos cintas de la capota, y se sonreía a sí misma ante el espejo del armario. Luego enlazaba su brazo con el de él y le obligaba a contemplarse a su lado. -¡Qué bien estamos así, los dos juntos! ¡Te comería, amor mío!

Él era ahora su cosa, su propiedad. Rosanette tenía en el rostro una radiación continua, al mismo tiempo que parecía más lánguida en sus modales, más redondeada en sus formas, y sin que pudiera decir de qué manera, Federico observaba, no obstante, que había cambiado.

Un día ella le dijo, como noticia muy importante, que el señor Arnoux acababa de ponerle una tienda de ropa blanca a una mujer que había sido obrera de su fábrica; iba allí todas las tardes y “gastaba mucho, pues en una fecha tan reciente como la semana anterior le había regalado un mobiliario de palisandro”.

-¿Cómo lo sabes? -preguntó Federico.

-¡Oh, estoy segura de eso!

Delfina, cumpliendo sus órdenes, se había informado. Sin duda amaba mucho a Arnoux para interesarse tanto por él, pero Federico se limitó a preguntarle:

-¿Qué te importa a ti eso?

A Rosanette pareció sorprenderle esa pregunta.

-¡El canalla me debe dinero! ¿No es abominable que mantenga a bribonas? Y, con una expresión de odio triunfante, añadió:

-Por lo demás, ella lo engaña lindamente, pues tiene otros tres amantes. ¡Tanto mejor! ¡Me alegraría que le comiera hasta el último céntimo!

En efecto, Arnoux se dejaba explotar por la Bordelesa con la indulgencia de los amores seniles.

Su fábrica no marchaba ya bien y el conjunto de sus negocios se hallaba en un estado lamentable, hasta el extremo de que para volver a ponerlos a flote pensó primeramente en instalar un café cantante, donde sólo se oírían canciones patrióticas; si el gobierno le concedía una subvención, el establecimiento se convertiría al mismo tiempo en un centro de propaganda y una fuente de beneficios. Pero como el gobierno había cambiado, el proyecto era imposible. Ahora soñaba con una gran sombrerería militar, pero no tenía los fondos necesarios para comenzar.

Ya no era feliz en su hogar. Su esposa se mostraba menos bondadosa con él, y a veces un poco ruda. Marta defendía siempre a su padre, lo que aumentaba el desacuerdo, y la vida en aquella casa se hacía intolerable. Con frecuencia, Arnoux salía por la mañana y daba largos paseos para aturdirse, y luego comía en un bodegón de las afueras entregado a sus reflexiones.

La prolongada ausencia de Federico alteraba sus costumbres, por lo que una tarde fue a verlo y le suplicó que fuera a visitarlo como en otro tiempo, y consiguió que se lo prometiera.

Federico no se atrevía a volver a la casa de la señora de Arnoux, pues tenía la sensación de que la había traicionado. Pero ese era un comportamiento muy cobarde y le faltaban las excusas. Tenía que terminar yendo y una tarde se puso en camino.

Acababa de entrar, a causa de la lluvia, en el pasaje, Jouffroy, cuando a la luz de los escaparates se le acercó un hombrecito regordete con gorra. A Federico no le fue difícil reconocer a Compain, el orador cuya moción había provocado tantas risas en el club. Se apoyaba en el brazo de un individuo tocado grotescamente con un gorro rojo de zuavo y que tenía el labio superior muy largo, la tez amarilla como una naranja y el mentón cubierto por una perilla, el cual

lo contemplaba con unos ojos gruesos humedecidos por la admiración. Compain, sin duda, se sentía orgulloso de él, pues dijo:

-Le presento a este valiente. Es un zapatero amigo mío, un patriota. ¿Tomamos algo? Federico le dio las gracias y Compain comenzó inmediatamente a echar pestes contra la proposición de Rateau, según él una maniobra de los aristócratas. ¡Para terminar con ellos había que volver al 93! Luego preguntó por Regimbart y algunos otros

igualmente famosos, como Mas-selin, Sanson, Lecornu, Maréchal y cierto Deslauriers, comprometido en el asunto de las carabinas descubiertas recientemente en Troyes.

Todo eso era nuevo para Federico. Compain no sabía más y se despidió diciendo:

-Hasta muy pronto, ¿verdad?, pues usted pertenece al grupo.

-¿A qué grupo?

-Al de la cabeza de becerro. -¿Qué cabeza de becerro?

-¡Qué bromista es usted! -replicó Compain, y le dio una palmadita en el vientre. Y los dos terroristas se metieron en un café.

Diez minutos después Federico no se acordaba ya de Deslauriers. Se hallaba en la acera de la calle Paradis, frente a una casa, y miraba en el segundo piso, detrás de las cortinas, la luz de una lámpara.

Por fin subió la escalera. -¿Está Arnoux? La doncella contestó: -No, pero pase de todos modos...

Y abriendo bruscamente una puerta, anunció: -Señora, es el señor Moreau.

Ella se levantó, temblando y más pálida que su gorguera. -¿A qué debo el honor... de una visita... tan inesperada?

-A nada más que al placer de volver a ver a antiguos amigos. Y mientras se sentaba preguntó:

Cómo está el bueno de Arnoux? - Perfectamente.

Ha salido.

-¡Oh, lo comprendo! Conserva sus viejas costumbres nocturnas y desea distraerse un poco.

-¿Por qué no? Después de pasar el día haciendo cálculos la cabeza necesita descanso. Y hasta elogió a su marido como trabajador. Ese elogio irritó a Federico, y señalando un pedazo de tela negra con trencillas azules que ella tenía en las rodillas, preguntó:

-¿Qué hace usted?

-Arreglo una chaquetilla para mi hija. -A propósito, no la veo. ¿Dónde está? -En un colegio de niñas.

Las lágrimas asomaban a sus ojos y para contenerlas cosía rápidamente. Federico, con - objeto de mantener su presencia de ánimo, había tomado un número de *L'Illustration* de una mesa cercana.

-Estas caricaturas de Cham son muy graciosas, ¿verdad?

-Sí.

Y volvieron a guardar silencio.

Una ráfaga de viento sacudió los cristales. -¡Qué tiempo! -dijo Federico.

-En efecto; ha sido usted muy amable al haber venido con esta lluvia horrible.

-¡Oh, a mí no me importa! No soy de los que la toman como excusa para no acudir a las citas.

-¿A qué citas? -preguntó ella ingenuamente. ¿No la recuerda usted?

La señora se estremeció y bajó la cabeza.

Federico le puso suavemente la mano en el brazo y dijo: -¡Le aseguro que me hizo usted sufrir mucho! Ella replicó, con una especie de lamentación en la voz:

-Temía por mi hijo.

Y le contó la enfermedad de Eugenio y todas las angustias de aquel día.

-¡Gracias! ¡Gracias! Ya no dudo. ¡La amo como siempre!

-No, eso no es cierto. -¿Por qué? Ella lo miró fríamente.

-Se olvida de la otra, de la que paseaba en las carreras, de la mujer cuyo retrato tiene, ¡de su querida!

-¡Pues bien, sí! -exclamó Federico-. ¡No lo niego! ¡Soy un miserable! Pero escúcheme.

Y dijo que si la había hecho su querida era por desesperación, como uno se suicida. Por lo demás, la había hecho muy desdichada, para vengarse en ella de su propia vergüenza.

-¡Qué suplicio! ¿No lo comprende usted?

La señora de Arnoux volvió su bello rostro y le tendió la mano; y ambos cerraron los ojos, absortos en un arrobamiento que era como una mecedura suave e infinita. Luego se quedaron mirándose cara a cara, el uno junto al otro. Por fin él preguntó:

-¿Acaso podía creer usted que yo no la amaba ya? Ella le contestó, en voz baja y acariciante:

-No. A pesar de todo, yo sentía en el fondo del corazón que eso era imposible y que un día desaparecería el

obstáculo que se interponía entre nosotros.

-Yo también. Y sentía la necesidad de volver a verla, aun a trueque de morir.

-Una vez, en el Palais-Royal, pasé por su lado.

-¿De veras?

Y Federico le dijo lo feliz que se había sentido al volver a encontrarla en casa de los Dambreuse.

-¡Pero cómo la detestaba por la noche, al salir de allí!

-¡Pobre muchacho!

-¡Mi vida es tan triste!

-¡Y la mía! ... Si no fueran más que los pesares, las inquietudes, las humillaciones, todo lo que soporto como esposa y como madre, puesto que hay que morir, no me quejaría, pero lo espantoso es mí, soledad, sin nadie...

-¡Pero yo estoy aquí!

-¡Oh, sí!

Un sollozo de ternura la hizo levantarse. Abrieron los brazos y se estrecharon en un largo beso.

En el piso se sintió un crujido y vieron a una mujer cerca de ellos. Era Rosanette. La señora de Arnoux la reconoció, y la miró con los ojos desmesuradamente abiertos por la sorpresa y la indignación. Por fin Rosanette le dijo:

-Vengo para hablar de negocios con el señor Arnoux. -Ya ve que no está aquí.

-Es cierto -replicó la Mariscala Su criada tenía razón. Discúlpeme.

Y, volviéndose hacia Federico, exclamó: -¡Tú aquí!

Ese tuteo en su presencia hizo que la señora de Arnoux enrojeciera como si hubiera recibido un bofetón en pleno rostro. -¡Le repito que no está aquí!

Entonces, la Mariscala, que miraba a su alrededor, dijo tranquilamente: -¿Nos vamos?

Abajo tengo un coche.

Federico se hizo el desentendido.

- ¡Vamos, ven!

-Sí, de es una buena ocasión. ¡Váyase, váyase! -dijo la señora de Arnoux Salieron. Ella se inclinó sobre la barandilla para seguir mirándolos y una risa aguda, desgarradora cayó sobre ellos desde lo alto de la escalera. Federico empujó a Rosanette en el coche, se sentó frente a ella y durante todo el camino no pronunció una palabra.

El mismo era la causa de la infamia que lo ultrajaba. Sentía al mismo tiempo la vergüenza de una humillación abrumadora y el pesar de haber perdido su felicidad. ¡Cuando por fin iba a obtenerla se hacía irrevocablemente imposible! Y por culpa de aquella ramera, de aquella mujer de mala vida. Había deseado estrangularla y se ahogaba. Al entrar en casa arrojó el sombrero sobre un mueble y se arrancó la corbata.

- ¡Confiesa que acabas de hacer algo muy decente! -exclamó.

Rosanette se plantó altivamente ante él.

-¿Y qué? ¿Por qué he hecho mal?

-

¡Cómo! ¿Me espías?

-

¿Tengo yo la culpa? ¿Por qué vas a divertite con las mujeres honradas?

-No importa. No quiero que las insultes

- ¿A caso la he' insultado?

Federico no supo qué responder, y en tono más rencoroso dijo:

-Pero aquel día, en el Campo de Marte.. .

-¡Oh, me fastidias con tus antiguallas!

-¡Miserable!

Y Federico levantó el puño. -¡No me pegues!

¡Estoy encinta! Federico retrocedió.

-¡Mientes!

-i Mírame!

Tomó una vela y, acercándola a su cara, preguntó: -¿Lo ves?

Manchitas amarillas maculaban su piel, peculiarmente abotagada. Federico no negó la evidencia. Fue a abrir la ventana, dio algunos pasos de un lado a otro de la habitación y se dejó caer en un sillón.

Aquel acontecimiento era una calamidad que en primer lugar aplazaba su ruptura y luego trastornaba todos sus proyectos. Por otra parte, la idea de ser padre le parecía grotesca, inadmisibles. Pero ¿por qué? Si en vez de la Mariscala... Y su ensimismamiento se hizo tan profundo que tuvo una especie de alucinación. Veía allí, en la alfombra, delante de la chimenea, a una niña. Se parecía a la señora de Arnoux y un poco a él: era morena y de piel blanca, con ojos negros, cejas muy grandes y una cinta rosada en el cabello rizado. ¡Oh, cómo la habría

querido! Y le parecía oír su voz que, decía: “¡Papá! ¡Papá!”.

Rosanette, que se había desvestido, se acercó a él, vio una lágrima en sus párpados y lo besó gravemente en la frente. Federico se levantó y dijo: -¡Pardiez! ¡No se matará a esa criatura!

Entonces, ella comenzó a charlar. Sería un varoncito, por supuesto, y se llamaría Federico. Había que comenzar a hacerle el ajuar. Y al verla tan feliz, Federico se compadeció. Como ya se le había pasado la ira, quiso saber por qué había ido a casa de los Arnoux poco antes.

La señorita Vatnaz le había enviado ese mismo día un pagaré protestado desde hacía tiempo y corrió a ver a Arnoux para pedirle dinero. -Yo te lo habría dado -dijo Federico.

-Era más sencillo reclamar allí lo que me pertenece y devolver a la otra sus mil francos.

-¿Es eso todo lo que le debes? -Nada más.

Al día siguiente, a las nueve de la noche-hora indicada por el portero- Federico fue a casa de la señorita Vatnaz.

Tropezó en la antesala con los muebles amontonados. Pero un rumor de voces y de música lo guió. Abrió una puerta y se encontró en una fiesta. De pie, delante del piano que tocaba una señorita con anteojos, Delmar, serio como un pontífice, declamaba un poema humanitario sobre la prostitución, y su voz cavernosa resonaba, sostenida por los acordes enérgicos. A lo largo de la pared se hallaba una hilera de mujeres, vestidas en general con colores oscuros, sin cuello de camisa ni puños. Cinco o seis hombres, todos ellos pensativos, ocupaban aquí y allá sendas sillas. En un sillón se sentaba un viejo fabulista, una ruina; y el olor acre de dos- lámparas se mezclaba con el aroma de las jicaras de chocolate que cubrían la mesa de juego.

La señorita Vatnaz, con una faja oriental en la cintura, se hallaba en un lado de la chimenea, y en el otro, frente a ella, Dussardier, un poco cohibido por su situación. Además, aquel ambiente artístico le intimidaba.

¿La Vatnaz había roto sus relaciones con Delmar? Tal vez no. Sin embargo, parecía celosa del buen empleado, y cuando Federico le dijo que quería hablar brevemente con ella, hizo seña a Dussardier para que pasara con ellos a su habitación. Una vez en su poder los mil francos, reclamó, además, los intereses.

-Eso no vale la pena -dijo Dussardier.

-¡Cállate!

Esa cobardía en un hombre tan valeroso agradó a Federico como una justificación de la suya. Se llevó el pagaré y no volvió a hablar del escándalo en casa de la señora de Arnoux. Pero desde entonces vio claramente todos los defectos de la Mariscal.

Tenía un mal gusto irremediable, una pereza incomprensible, una ignorancia de salvaje, hasta el punto de considerar muy célebre al doctor Desrogi y de enorgullecerse de recibirlos a él y su esposa porque eran “personas casadas”. Aconsejaba en tono pedantesco sobre las cosas de la vida a G la señorita Irma, una pobre criaturita de voz débil a la que protegía un señor “muy decente”, ex empleado de aduana y Muy hábil en el manejo de los naipes; Rosanette lo llamaba “mi gordo lulú”. Tampoco podía sufrir Federico la repetición de sus muletillas tontas, como: “¡Que macana!”, “¡A freír espárragos!” “Nunca se ha podido saber”, etcétera. Y se obstinaba en desempolvar por la mañana sus chucherías con unos viejos guantes blancos. Le irritaba sobre todo su comportamiento con la criada, que no sólo recibía siempre con retraso su salario, sino que además le prestaba dinero. Los días en que arreglaban sus cuentas disputaban como verduleras y luego se reconciliaban y abrazaban. La intimidad con ella se hacía triste para Federico, por lo que fue para él un alivio que se reanudaran las reuniones de la señora Dambreuse.

¡Ella, al menos, lo entretenía! Estaba al tanto de las intrigas mundanas, de los cambios de embajadores, de las cualidades de las modistas, y, si se le escapaban lugares comunes, los formulaba de una manera tan aceptada que su frase podía pasar por una deferencia o una ironía. Había que verla entre veinte personas que conversaban sin olvidar a ninguna, provocando las respuestas que deseaba y evitando las peligrosas. Cosas muy sencillas relatadas por ella parecían confidencias, la menor de sus sonrisas hacía soñar; su encanto, en fin, como el perfume exquisito que exhalaba de ordinario, era complejo e indefinible. Federico, en su compañía, experimentaba cada vez el placer de un descubrimiento, y, no obstante, volvía a encontrarla siempre con la misma serenidad, semejante al reflejo de aguas límpidas. ¿Pero por qué se mostraba tan fría con su sobrina? En ocasiones incluso le lanzaba miradas extrañas.

Tan luego como se trató del casamiento objetó al señor Dambreuse la salud de la “querida niña”, y la llevó inmediatamente a los baños de Balaruc. A su regreso, surgieron nuevos pretextos: el joven carecía de posición, aquel gran amor no parecía serio, nada se perdía con esperar Martinon había respondido que esperaría. Se comportó de manera sublime; encomió a Federico e hizo más: le indicó las maneras de complacer a la señora de Dambreuse, y hasta dejó entrever que conocía por la sobrina los sentimientos de la tía.

En cuanto al señor Dambreuse, lejos de mostrarse celoso, rodeaba de atenciones a su joven amigo, le consultaba sobre diferentes cosas e inclusive se preocupaba por su porvenir, tanto que un día, como se hablara del viejo Roque, le dijo al oído en tono socarrón:

-Ha hecho usted bien.

Y Cecilia, miss John, los sirvientes, el portero, no había uno solo en la casa que no se mostrara amable con él. Iba allí todas las noches, abandonando a Rosanette. Su futura maternidad la hacía más seria, hasta un poco triste, como si la atormentaran algunas inquietudes. A todas las preguntas respondía: -Te equivocas. Estoy bien. Eran cinco los pagarés que había firmado en otro tiempo y, como no se atrevía a decírselo a Federico después

del pago del primero, había vuelto a la casa de Arnoux, quien le prometió, por escrito, la tercera parte de sus beneficios en la iluminación a gas de las ciudades del Languedoc - ¡una empresa maravillosa!- y le recomendó que no utilizara esa carta antes de la asamblea de los accionistas, asamblea que se aplazaba de semana en semana.

Sin embargo, la Mariscala necesitaba dinero, pero se habría muerto antes que pedirselo a Federico. No quería que él se lo diera porque habría echado a perder su amor. Él subvenía bien a los gastos de la casa, pero un cochecito alquilado por meses y otros sacrificios indispensables desde que frecuentaba a los Dambreuse le impedían ayudar más a su querida. Dos o tres veces, al volver a horas desacostumbradas, creyó ver espaldas masculinas que desaparecían entre las puertas; y ella salía con frecuencia sin querer decir adónde iba. Federico no trató de ahondar en esas cosas. Uno de aquellos días tomaría una decisión definitiva. Soñaba con otra vida que sería más divertida y más noble. Esa idea le hacía ser indulgente con el palacio de los Dambreuse. Era una sucursal íntima de la calle de Poitiers.⁵ Allí encontró al gran M.A., al ilustre B., al profundo C., al elocuente Z., al inmenso Y., a los viejos tenores del centro izquierda, a los paladines de la derecha, a los burgraves del justo medio, a los eternos muñecos de la comedia. Le dejaron estupefacto su lenguaje execrable, sus pequeñeces, sus rencores, su mala fe: todas aquellas personas que habían aprobado la Constitución se esforzaban por destruirla, y se agitaban mucho, publicaban manifiestos, libelos y biografías; la de Fumichon por Hussonnet fue una obra maestra. Nonancourt se ocupaba de la propaganda en el campo, el señor de Grémonville

trabajaba al clero, Martinon reclutaba a los jóvenes burgueses. Cada uno, de acuerdo con sus medios, hacía lo que podía, inclusive Cisy. Pensando ahora en cosas serias durante todo el día, hacía en su cabriolé encargos para el partido.

El señor Dambreuse, como un barómetro, señalaba constantemente el último cambio. No se hablaba de Lamartine sin que él citase la frase de un hombre del pueblo: “¡Basta de lira!” Cavaignac no era ya, en su opinión, sino un traidor. El Presidente, al que había admirado durante tres meses, comenzaba a perder su estimación, pues carecía de “la energía necesaria”; y como necesitaba siempre un salvador, su agradecimiento, desde el asunto del Conservatorio correspondía a Changarnier: “Gracias a Dios, Changarnier. ... Esperemos que Changarnier... Oh, nada hay que temer mientras Changarnier...”

Se elogiaba principalmente a Thiers por su libro contra el socialismo, en el que se mostraba tan pensador como escritor. Se reía mucho de Pierre Leroux, que citaba en la Cámara pasajes de los filósofos. Se hacían chistes a costa de los últimos falansterianos. Se iba a ver el vodevil *La Feria de las Ideas* y se comparaba a sus autores con Aristófanes. Federico fue a verlo como los otros.

La verborrea política y la buena comida adormecían su moralidad. Por mediocres que le parecieran aquellos personajes se enorgullecía de conocerlos y deseaba íntimamente la consideración burguesa. Una querida como la señora de Dambreuse se la conseguiría.

Y comenzó a hacer todo lo necesario.

Se hacía el encontradizo con ella en el paseo, no dejaba de ir a saludarla en su palco del teatro y, como sabía a qué horas iba a la iglesia, se apostaba detrás de una columna en actitud melancólica. Los datos sobre objetos raros, las informaciones acerca de un concierto, los préstamos de libros y revistas, daban ocasión para un continuo intercambio de esquelas. Además de su visita por la noche, a veces la visitaba también al atardecer, y experimentaba una gradación de deleites al pasar sucesivamente por la puerta principal, el patio, la antesala y los dos salones, hasta que al fin llegaba al tocador, discreto como una tumba, tibio como una alcoba, donde contrastaba el acolchado de los muebles con los objetos de todas clases diseminados aquí y allá: costureros, pantallas, tazas y bandejas de laca, de concha, de marfil, de malaquita, bagatelas costosas renovadas con frecuencia. Había también cosas sencillas: tres piedras de Etretat que servían de pisapapeles, un gorro de frisón colgado de un biombo chino. Pero todas esas cosas armonizaban e inclusive llamaba la atención la nobleza del conjunto, lo que se debía tal vez a la altura del techo, a la opulencia de los cortinones y a las largas randas de seda que flotaban sobre las patas doradas de los escabeles.

Ella se hallaba casi siempre en un pequeño confidente, cerca de la jardinera que adornaba el alféizar de la ventana. Sentado en el borde de un gran sillón con ruedas, Federico le hacía los cumplidos más justos posibles y ella lo miraba con la cabeza un poco inclinada y sonriendo.

Federico le leía poemas, poniendo toda su alma en la lectura, para conmovérsela y para hacerse admirar. Ella lo interrumpía con una observación denigrante o con un comentario práctico, y su conversación recaía sin cesar en el eterno tema del amor. Se preguntaban qué lo ocasionaba, si las mujeres lo sentían más que los hombres, y en qué se diferenciaban al respecto. Federico procuraba exponer su opinión evitando al mismo tiempo la grosería y la insulsez, y aquello se convertía en una especie de lucha agradable unas veces y fastidiosa otras.

Junto a la señora de Dambreuse no experimentaba el arrobamiento de todo su ser que lo impulsaba hacia la señora de Arnoux, ni la alegría desordenada que le causaba al principio Rosanette. Pero la deseaba como algo anormal y difícil, porque ella era noble, porque ella era rica, porque ella era devota, y se imaginaba que poseía delicadezas de sentimiento, raras como sus encajes, con amuletos sobre la piel y pudores en la depravación.

Utilizando su viejo amor, le contó, como inspirado por ella, todo lo que la señora de Arnoux le había hecho sentir en otro tiempo, sus languideces, sus aprensiones, sus sueños. La señora de Dambreuse acogía eso como una persona acostumbrada a tales cosas, y, sin rechazarlo formalmente, no cedía, y Federico no conseguía

seducirla más que Martinon conseguía casarse con Cecilia. Para terminar con el enamorado de su sobrina, acusó a Martinon de que tenía la mira puesta en el dinero, e inclusive rogó a su marido que hiciese la prueba. Así lo hizo el señor Dambreuse, quien declaró al joven que Cecilia, por ser huérfana de padres pobres, no tenía “esperanza” ni dote.

Martinon, no creyendo que eso fuese cierto, o demasiado comprometido para volverse atrás, o por uno de esos empecinamientos de idiota que son actos geniales, respondió que su patrimonio, quince mil libras de renta, les bastaría. Ese desinterés imprevisto conmovió al banquero. Le prometió una fianza para un puesto de recaudador que se comprometió a conseguirle, y en el mes de mayo de 1850 Martinon se casó con la señorita Cecilia. No hubo baile y esa misma noche los recién casados partieron para Italia. Al día siguiente Federico hizo una visita a la señora de Dambreuse. Le pareció más pálida que de costumbre y le contradijo con acritud en dos o tres temas sin importancia. Declaró que todos los hombres eran egoístas. Federico replicó que los había abnegados, aunque sólo fuera él. -¡Bah! ¡Usted es como los otros!

Tenía los ojos enrojecidos y lloraba. Luego, esforzándose por sonreír dijo: -Perdóneme, no tengo razón. Es una idea triste que se me ha ocurrido. Federico no comprendía.

“No importa -pensaba-. Es menos fuerte que lo que yo creía.”

La señora de Dambreuse llamó para que le trajeran un vaso de agua, bebió un trago, lo devolvió y se lamentó de que la servían horriblemente. Para divertirla, Federico se ofreció como criado, pretendiendo que era capaz de servir los platos, de desempolvar los muebles, de anunciar a los visitantes, de ser, en una palabra, un buen ayuda de cámara, un lacayo, aunque ya había pasado la moda de los lacayos. Pero habría deseado ir en la trasera de su coche con un sombrero de plumas de gallo.

-¡Y qué majestuosamente la seguiría a pie, con un perrito en los brazos!

-Es usted jovial -dijo la señora de Dambreuse.

-¿No es una locura tomarlo todo en serio?

Había suficientes calamidades para que no fuese necesario inventarlas. Nada valía la pena de sufrir por ello. La señora de Dambreuse enarcó las cejas a manera de vaga aprobación.

Esa paridad de sentimientos impulsó a Federico a una audacia mayor. Sus desengaños de otro tiempo le hacían clarividente. Y continuó:

-Nuestros abuelos vivían mejor. ¿Por qué no obedecer a nuestros impulsos? El amor, después de todo, no tiene por sí mismo tanta importancia. -¡Pero es inmoral lo que usted dice!

Ella se había vuelto a sentar en el confidente. Él se sentó en el borde, junto a los pies de ella.

-¿No comprende usted que miento? Pues para complacer a las mujeres hay que exhibir una despreocupación de bufón o furores trágicos. Ellas se burlan de nosotros cuando se les dice sencillamente que se las ama. Esas hipérboles que a ellas les divierten me parecen a mí una profanación del amor verdadero, de modo que no se sabe cómo expresarse, sobre todo delante de las que... poseen... mucho talento.

Ella lo contemplaba con los ojos entornados. Federico bajó la voz e, inclinándose hacia su rostro, exclamó:

-¡Sí, usted me amedrenta! ¿Tal vez la ofendo? ... ¡Perdón! ... No quería decir todo eso. Pero no tengo la culpa. ¡Es usted tan bella!

La señora de Dambreuse cerró los ojos y a Federico le sorprendió la facilidad de su victoria. Los frondosos árboles del jardín que temblaban suavemente se quietaron. Nubes inmóviles rayaban el cielo con largas bandas rojas y se produjo como una suspensión universal de las cosas. Atardeceres parecidos, con silencios semejantes, volvieron confusamente a su memoria. ¿Donde sucedía eso?

Se puso de rodillas, le tomó la mano y le juró un amor eterno. Luego, cuando él se iba, ella lo llamó con un gesto y le dijo en voz baja: -Vuelva para comer; estaremos solos.

Mientras bajaba la escalera le pareció a Federico que se había convertido en otro hombre, que lo rodeaba la temperatura perfumada de los invernáculos cálidos, que ingresaba definitivamente en el mundo superior de los adulterios patricios y de las altas intrigas. Para ocupar en él un primer puesto bastaba una mujer como aquella. Ávida, sin duda, de poder y de acción, y casada con un hombre mediocre al que había servido prodigiosamente, ¿deseaba que alguien enérgico la condujera? ¡Ya nada era imposible! Se sentía capaz de hacer doscientas leguas a caballo, de trabajar durante muchas noches seguidas, sin cansarse; y su corazón desbordaba de orgullo.

Por la acera, delante de él, un hombre envuelto en un paletó viejo caminaba con la cabeza baja y al parecer tan abatido que Federico se volvió para mirarlo. El otro levantó la cara. Era Deslauriers. Vaciló y Federico lo abrazó efusivamente. -¡Cómo! ¡Eres tú, mi pobre amigo!

Y lo arrastró a su casa, haciéndole muchas preguntas al mismo tiempo.

El ex delegado de Ledru-Rollin le contó en primer lugar los tormentos que había sufrido. Como predicaba la fraternidad a los conservadores y el respeto de las leyes a los socialistas, los unos le habían disparado sus fusiles y los otros llevado una cuerda para ahorcarlo. Después de junio lo habían destituido brutalmente. Intervino en un complot, el de las armas descubiertas en Troyes, pero lo dejaron en libertad por falta de pruebas. Luego el Comité de Acción lo envió a Londres, donde se trabó a cachetadas con sus compañeros en un banquete. De vuelta en París...

-¿Por qué no viniste a mi casa?

-Estabas siempre ausente. Tu portero adoptaba actitudes misteriosas y yo no sabía qué pensar. Además, no quería reaparecer vencido.

Había llamado a las puertas de la democracia, ofreciéndose a servirla con su pluma, su palabra y sus gestiones, pero lo habían rechazado en todas partes; no se fiaban de él y tuvo que vender su reloj, su biblioteca y su ropa blanca.

-¡Sería preferible reventar en los pontones de Belle-Isle, en compañía de Sénécal! Federico, que se quitaba la corbata, no pareció muy conmovido por la noticia.

-¿Así que han deportado a ese bueno de Sénécal? Deslauriers, recorriendo las paredes con una mirada envidiosa, replicó: -¡No todos tienen tu suerte!

-Perdóname -dijo Federico, sin reparar en la alusión-, pero como fuera de casa. Van a servirte la comida; pide lo que desees. Y puedes acostarte en mi cama. Ante tal cordialidad la amargura de Deslauriers desapareció.

-¿En tu cama? Pero... eso te molestaría.

-No. Tengo otras.

-¡Ah, muy bien! -y el abogado rió-. ¿Dónde comes? -En casa de la señora de Dambreuse.

-¿Es que... por casualidad... eso sería...?

-Eres demasiado curioso -contestó Federico con una sonrisa que confirmaba la suposición. Después de mirar el reloj volvió a sentarse.

-¡Así son las cosas! No hay que desesperar, viejo defensor del pueblo.

-¡Al diablo! ¡Que otros se ocupen de eso!

El abogado aborrecía a los obreros por lo que le habían hecho sufrir en su provincia, región hullera. Cada pozo de extracción había nombrado un gobierno provisional que le daba órdenes.

-Por lo demás, su comportamiento ha sido encantador en todas partes: en Lyon, en Lila, en El Havre, en París. Pues, siguiendo el ejemplo de los fabricantes que desearían excluir del mercado los productos extranjeros, esos señores piden que se destierre a los trabajadores ingleses, alemanes, belgas y saboyanos. En cuanto a su inteligencia, ¿para qué ha servido durante la Restauración su famoso compañerismo? En 1830 ingresaron en la guardia nacional sin siquiera tener el buen sentido de dominarla. ¿Acaso desde el día siguiente al 48 no han reaparecido los gremios con sus estandartes propios? ¡Inclusive pedían representantes del pueblo para ellos y que sólo hablarían en su nombre! ¡Así como los diputados remolacheros sólo se preocupan por la remolacha! ¡Estoy harto de esos tipos que se prosternan sucesivamente ante el cadalso de Robespierre, las botas del Emperador, el paraguas de Luis Felipe, chusma eternamente adicta a quien le arroja pan a la garganta! Se grita continuamente contra la venalidad de Talleyrand y Mirabeau, pero el mandadero de la esquina vendería a la patria por cincuenta céntimos si le prometieran aumentar a tres francos el precio de los mandados. ¡Qué error hemos cometido! ¡Debíamos haber pegado fuego a toda Europa!

Federico le replicó:

-¡Faltaba la chispa! Erais simplemente pequeños burgueses, y los mejores de vosotros, pedantes. En cuanto a los obreros, pueden quejarse, pues, si se exceptúa un millón sustraído a la lista civil, y que les habéis otorgado con la adulación más rastrera, no habéis hecho por ellos más que frases. La libreta sigue en manos del patrón y el asalariado, inclusive para la justicia, sigue siendo inferior a su amo, puesto que no se cree en su palabra. En fin, la República me parece anticuada. ¿Quién sabe? ¿Acaso sólo pueden realizar el Progreso una aristocracia o un hombre? La iniciativa parte siempre de arriba. ¡El pueblo es menor de edad, dígame lo que se quiera!

-Tal vez eso sea cierto -dijo Deslauriers.

Según Federico, la gran mayoría de los ciudadanos sólo aspiraba a la tranquilidad -había aprovechado las opiniones oídas en la casa de los Dambreuse- y todas las probabilidades favorecían a los conservadores. Sin embargo, ese partido carecía de hombres nuevos.

-Si tú te presentaras, estoy seguro. . .

No terminó la frase. Deslauriers comprendió, se pasó las dos manos por la frente y luego preguntó de pronto:

-¿Y tú? Nada te lo impide. ¿Por qué no has de ser diputado? Como consecuencia de una doble elección quedó en el Aube una candidatura vacante. El señor Dambreuse, reelecto para la Asamblea Legislativa, pertenecía a otro distrito. ¿Quieres que me ocupe del asunto? Conozco a muchos taberneros, maestros de escuela, médicos, pasantes de abogado y sus patronos. Además a los campesinos se les hace creer todo lo que se quiere.

Federico sentía que se reanimaba su ambición. Deslauriers añadió:

-Deberías conseguirme un puesto en París.

-¡Oh!, eso no será difícil por medio del señor Dambreuse.

-Puesto que hablamos de hulla -preguntó el abogado-, ¿qué ha sido de su gran sociedad? me convendría un trabajo de esa clase, y les sería útil, conservando mi independencia. Federico prometió llevarlo a ver al banquero en el término de tres días.

Su comida a solas con la señora de Dambreuse fue algo exquisito. Ella sonreía frente a él al otro lado de la mesa, por encima de una canastilla de llores, a la luz de la lámpara colgante, y como la ventana estaba abierta, se veían

las estrellas. Conversaron muy poco, sin duda porque desconfiaban de sí mismos, pero en cuanto los criados les volvían la espalda se enviaban un beso con la punta de los labios. El habló de su idea de presentar su candidatura y ella la aprobó, e inclusive se comprometió a hacer que su marido trabajara en su favor.

Por la noche se presentaron algunos amigos para felicitarla y compadecerla. ¡Debía sentir tanto la ausencia de su sobrina! Por lo demás, estaba muy bien que los recién casados viajaran; más adelante llegarían los hijos y las dificultades. Pero Italia no respondía a la idea que se tenía de ella; sin embargo, estaban en la edad de las ilusiones, y además la luna de miel lo embellecía todo. Los dos últimos que se quedaron fueron el señor de Grémonville y Federico. El diplomático no quería irse. Por fin, a medianoche se levantó. La señora de Dambreuse hizo señas a Federico para que se fuera con él, y le agradeció la obediencia con un apretón de mano, que le resultó más agradable que todo lo demás.

La Mariscala lanzó un grito de alegría al volver a verlo. Lo esperaba desde las cinco. Federico alegó como excusa una gestión indispensable en favor de Deslauriers. Su rostro tenía una expresión triunfal y una aureola que deslumbraron a Rosanette.

-Tal vez se deba a tu frac, que te sienta muy bien, pero nunca me has parecido tan buen mozo. ¡Qué bello eres!

En un arrebató de ternura Rosanette se juró interiormente no volver a pertenecer a ningún otro, sucediera lo que sucediere, y aun a cambio de morir de miseria.

Sus lindos ojos húmedos chispeaban con un apasionamiento tan potente que Federico la atrajo a sus rodillas y pensó: “¡Qué canalla soy!”, a pesar de lo cual aprobaba su perversidad.

IV

El señor Dambreuse, cuando Deslauriers se presentó en su casa, se proponía reavivar su gran negocio hullero. Pero aquella fusión de todas las compañías en una sola era mal vista; se hablaba de monopolio, como si para explotaciones de esa magnitud no se necesitasen grandes capitales.

Deslauriers, que acababa de leer expresamente la obra de Gobet y los artículos de Chappe en el *Journal des Mines*, conocía la cuestión perfectamente. Demostró que la ley de 1810 establecía en beneficio del concesionario un derecho impermutable. Además, se podía dar a la empresa un color democrático: impedir la fusión de las compañías hulleras era un atentado contra el principio de asociación mismo.

El señor Dambreuse le confió algunas anotaciones para que redactara una memoria. En lo que respectaba al pago de su trabajo le hizo promesas tanto mejores por cuanto no eran precisas. Deslauriers volvió a casa de Federico y le informó acerca de la entrevista. Además,

cuando salía, había visto a la señora de Dambreuse al pie de la escalera.

-Te felicito, ¡pardiez!

Luego hablaron de la elección. Había que idear algo.

Tres días después Deslauriers reapareció con una cuartilla escrita destinada a los diarios y que era una carta familiar en la que el señor Dambreuse aprobaba la candidatura de su amigo. Apoyada por un conservador y preconizada por un rojo, tenía que triunfar. ¿Cómo había podido firmar el capitalista semejante documento? El abogado, sin el menor escrúpulo y por su propia cuenta, se lo había mostrado a la señora de Dambreuse, a la que le pareció bien y se encargó de lo demás.

Esa gestión sorprendió a Federico, pero la aprobó, no obstante. Luego, como Deslauriers tenía que entrevistarse con el señor Roque, lo puso al corriente de su situación con respecto a Luisa.

-Diles todo lo que quieras, que mis negocios están revueltos, que los arreglaré y que ella es bastante joven para que pueda esperar.

Deslauriers se fue y Federico se consideró muy enérgico. Además experimentaba una saciedad y una satisfacción profundas. Ninguna contrariedad echaba a perder la alegría que le causaba la posesión de una mujer rica. El sentimiento armonizaba con el medio ambiente. Su vida no podía ser más agradable.

La satisfacción más exquisita consistía tal vez en contemplar a la señora de Dambreuse en su salón, rodeaba por muchas personas. El decoro de sus modales le hacía pensar en otras actitudes; mientras ella conversaba en tono frío él recordaba las frases amorosas que había balbuceado; todos los respetos tributados a su virtud lo deleitaban como un homenaje que se le rendía a él; y a veces sentía deseos de gritar: “¡La conozco mejor que ustedes! ¡Es mía!”

Su intimidad no tardó en ser algo convenido y aceptado. Durante todo el invierno la señora de Dambreuse se presentó en las reuniones de sociedad con Federico.

Él llegaba casi siempre antes que ella, y la veía entrar con los brazos desnudos, al abanico en la mano y perlas en el cabello. Ella se detenía en el umbral -el dintel de la puerta la circundaba como un marco- y hacía un ligero gesto de indecisión, entornando los ojos, para ver si Federico estaba allí. Lo llevaba en su coche; la lluvia azotaba las ventanillas; los transeúntes se deslizaban como sombras por el barro; y, apretados el uno contra el otro, veían todo eso confusamente, con un desdén tranquilo. Con diferentes pretextos él se quedaba una hora más en su habitación.

La señora de Dambreuse había cedido sobre todo por

f aburrimiento, pero no debía desaprovechar esa última prueba. Deseaba un gran amor y se dedicó a colmarlo de adulaciones y caricias.

Le enviaba flores, mandó hacerle una silla entapizada, le regaló una boquilla, un recado de escribir y mil pequeñas cosas de uso cotidiano, para que todos los actos de él estuviesen ligados con el recuerdo de ella. Esas atenciones encantaron a Federico al principio, pero no tardaron en parecerle muy naturales.

La señora de Dambreuse tomaba un coche de alquiler, lo despedía a la entrada de un pasaje, salía por el otro lado, se deslizaba a lo largo de las paredes con el rostro cubierto por un doble velo y llegaba a la calle donde Federico, que la esperaba, la tomaba vivamente del brazo y la llevaba a su casa. Sus dos criados habían salido a pasear, el portero hacía encargos; ella lanzaba miradas alrededor, ¡nada había que temer! y suspiraba como el desterrado que vuelve a su patria. La buena suerte les favorecía y las citas se multiplicaron. Una noche ella se presentó de pronto con vestido de baile de gran gala. Esas sorpresas podían ser peligrosas y Federico reprobó su imprudencia. Además le desagradó su atavío, pues el corpiño descubría demasiado el pecho enflaquecido.

Federico reconoció entonces lo que se había ocultado: la desilusión de sus sentidos. No por eso dejó de fingir grandes enardecimientos, pero para sentirlos tenía que evocar la imagen de Rosanette o de la señora de Arnoux. Esa atrofia sentimental le dejaba la cabeza completamente libre y anhelaba más que nunca una alta posición en la sociedad. Puesto que contaba con un estribo como aquél lo menos que podía hacer era utilizarlo.

Hacia mediados de enero, Sénécal se presentó una mañana en su despacho, y ante la exclamación de asombro de Federico respondió que era secretario de Deslauriers, e inclusive le llevaba una carta. Contenía buenas noticias,

pero le censuraba su negligencia; tenía que ir allí. El futuro diputado dijo que se pondría en camino dos días después.

Sénécal no dio a conocer su opinión sobre aquella candidatura. Se limitó a hablar de su persona y de los asuntos del país.

Por lamentables que fuesen, le regocijaban, porque se iba al comunismo. En primer lugar, la Administración iba por ese camino, pues cada día eran más las cosas que regía el gobierno. En cuanto a la propiedad, la Constitución del 48, a pesar de sus debilidades, no la había tratado con miramientos; en nombre de la utilidad pública, el Estado podía apoderarse en adelante de todo lo que juzgara conveniente. Sénécal se declaró en favor de la autoridad, y Federico percibió en sus palabras la exageración de lo que él había dicho a Deslauriers. El republicano inclusive tronó contra la incapacidad de las masas.

-Robespierre, defendiendo el derecho de la minoría, llevó a Luis XVI ante la Convención Nacional y salvó al pueblo. El fin legitima los medios. La dictadura es indispensable a veces. ¡Viva la tiranía, con tal que el tirano haga el bien!

Su discusión duró largo tiempo, y cuando se iba Sénécal confesó -y acaso esa era la finalidad de su visita- que a Deslauriers le impacientaba mucho el silencio del señor Dambreuse.

Pero el señor Dambreuse estaba enfermo. Federico lo veía a diario y en su calidad de amigo íntimo llegaba hasta él.

La destitución del general Changarnier había impresionado mucho al capitalista. Esa noche misma sintió un gran ardor en el pecho y una opresión que le impedía estar acostado. Las sanguijuelas le produjeron un alivio inmediato. La tos seca desapareció, la respiración se hizo más calma; ocho días después dijo mientras tomaba un caldo:

-Esto va mejor, pero he estado a punto de emprender el gran viaje.

-¡No sin mí! -exclamó su esposa, dando a entender que no habría podido sobrevivirle.

En vez de responderle, sonrió a ella y a su amante de una manera extraña, en la que había mezcladas resignación e indulgencia, ironía y como una punzada, una segunda intención casi alegre.

Federico quería ir a Nogent, pero la señora de Dambreuse se oponía, y hacía y deshacía sus equipajes según las alternativas de la enfermedad.

De pronto el señor Dambreuse escupió sangre en abundancia. Consultados "los príncipes de la ciencia", no encontraron nada nuevo. Se le hinchaban las piernas y aumentaba la debilidad. Había manifestado muchas veces el deseo de ver a Cecilia, que estaba en el otro extremo de Francia con su marido, nombrado recaudador desde hacía un mes. Ordenó que la llamasen. Su esposa escribió tres cartas y se las mostró.

Sin liarse ni siquiera de la religiosa que lo atendía, no lo abandonaba un segundo ni se acostaba. Las personas que firmaban en las listas de la portería se informaban acerca de ella con admiración, y los transeúntes sentían respeto ante la cantidad de paja que había en la calle bajo las ventanas.

El 12 de febrero, a las cinco, se declaró una hemoptisis espantosa. El médico de cabecera anunció el peligro y corrieron en busca de un sacerdote.

Durante la confesión del señor Dambreuse, su esposa lo miraba de lejos con curiosidad. Luego el joven médico le puso un vejigatorio y esperó.

La luz de las lámparas, semiculta por los muebles, iluminaba desigualmente la habitación. Federico y la señora de Dambreuse, al pie de la cama, observaban al moribundo. En el alféizar de una ventana conversaban a media voz el sacerdote y el médico; la buena hermana, de rodillas, murmuraba oraciones.

De pronto se oyó un estertor. Las manos del moribundo se enfriaban y el rostro comenzaba a palidecer. A veces respiraba fuertemente, pero esas respiraciones se fueron haciendo cada vez más raras. Se le escaparon dos o tres palabras confusas, exhaló un pequeño suspiro al mismo tiempo que giraba los ojos y su cabeza cayó sobre la almohada. Durante un minuto todos se quedaron inmóviles.

La señora de Dambreuse se acercó y, sin esfuerzo, con la sencillez de quien cumple un deber, le cerró los párpados.

Luego abrió los brazos, se retorció como en el espasmo de una desesperación reprimida y salió de la habitación sostenida por el médico y la religiosa. Un cuarto de hora después Federico subió a su habitación.

Se sentía allí un perfume indefinible, emanación de las cosas delicadas que llenaban el aposento. En medio de la cama, sobre la colcha rosada, había un vestido negro.

La señora de Dambreuse estaba de pie en el rincón de la chimenea. Sin suponerla muy apenada, Federico la creía un poco triste, y con voz adolorida le preguntó:

-¿Sufres?

-¿Yo? No, de ningún modo.

Al volverse vio el vestido negro y lo examinó. Luego le dijo a Federico que se pusiera cómodo. -Fuma, si quieres. Estás en mi casa. Y suspirando profundamente añadió: -¡Ah, Virgen santa, qué alivio!

A Federico le asombró la exclamación y, replicó, mientras le besaba la mano: -Sin embargo, eras libre.

Esa alusión a la facilidad de sus amores pareció molestar a la señora de Dambreuse.

-¡Tú no sabes los servicios que le prestaba ni las angustias en que he vivido!

-¿cómo es eso?

-Pues sí. ¿Podía estar tranquila teniendo constantemente al lado a esa bastarda, a esa niña introducida en la casa al cabo de cinco años de matrimonio y que de no ser por mí le habría hecho cometer seguramente alguna tontería?

A continuación explicó a Federico sus asuntos. Se habían casado bajo el régimen de la separación de bienes. Su patrimonio era de trescientos mil francos. Dambreuse, por medio del contrato matrimonial le había asegurado, en caso de supervivencia, quince mil libras de renta y la propiedad del palacio. Pero poco tiempo después hizo un testamento en el que le legaba toda su fortuna, que ella calculaba, por lo que se podía saber en aquel momento, en más de tres millones.

Federico abrió los ojos de par en par.

-Eso valía la pena, ¿no es así? Por lo demás, yo he contribuido a reunir ese capital. Defendía mi fortuna, de la que me habría despojado Cecilia injustamente. -¿Por qué no ha venido a ver a su padre? -preguntó Federico.

Ante esa pregunta la señora de Dambreuse se quedó mirándolo, y luego contestó en tono seco:

-¡Qué sé yo! ¡Por falta de afecto, sin duda! ¡Oh, yo la conozco! ¡Por eso no obtendrá de mí un céntimo!

-Pero apenas molestaba, al menos después de su casamiento.

-¡Su casamiento! -exclamó con ironía la señora de Dambreuse.

Se reprochaba por haber tratado demasiado bien a aquella estúpida, que era, además, envidiosa, interesada e hipócrita. “¡Todos los defectos de su padre!”. Y denigró a éste cada vez más. Nadie era tan profundamente falso y despiadado, duro como un guijarro, “¡un mal hombre, un mal hombre!”

Hasta los más prudentes cometen deslices. La señora de Dambreuse acababa de cometer uno con aquel desbordamiento de odio. Federico, sentado frente a ella en una butaca, reflexionaba escandalizado.

Ella se levantó y se sentó suavemente en sus rodillas. -¡Sólo tú eres bueno! ¡Sólo a ti te amo!

Contemplándolo se enterneció su corazón, una reacción nerviosa hizo que asomaran lágrimas a sus ojos, y murmuró: -¿Quieres casarte conmigo?

Federico creyó al principio que no había oído bien. Aquella riqueza lo aturdí. Ella repitió en voz más alta:

-¿Quieres casarte conmigo? Por fin, él contestó, sonriendo: -¿Lo pones en duda?

Luego sintió cierto pudor y, para hacerle al difunto una especie de reparación, se ofreció a velarlo personalmente. Pero como le avergonzaba ese sentimiento piadoso, añadió en tono indiferente:

-Acaso sería lo más conveniente.

--Sí, tal vez, por los criados -dijo ella.

Habían sacado el lecho completamente fuera del dormitorio. La religiosa estaba al pie, y en la escalera un sacerdote, que no era el de antes, sino un hombre alto y delgado, de aspecto español y fanático. En la mesa de noche, cubierta con un paño blanco, ardían tres velas. Federico se sentó en una silla y contempló al difunto. Tenía el rostro amarillo como la paja, y un poco de espuma sanguinolenta en las comisuras de la boca; un pañuelo de seda le rodeaba el cráneo y le cubrían el pecho un chaleco de punto y un crucifijo de plata entre los brazos cruzados.

¡Había terminado aquella existencia llena de agitaciones! ¡Cuántas gestiones había hecho en oficinas, cuántas cifras había alineado, cuántos negocios había manejado, cuántos informes había escuchado! ¡Y cuántos discursos artificiosos, cuántas sonrisas, cuántas genuflexiones! Pues había aclamado a Napoleón, a los cosacos, a Luis XVIII, al 1830, a los obreros, a todos los regímenes, ya que amaba tanto el Poder que habría pagado por venderse.

Pero dejaba la propiedad de la Fortelle, tres fábricas en Picardía, el bosque de Crancé en el Yona, una granja cerca de Orleans y considerables bienes muebles.

Federico hizo así el inventario de su fortuna, ¡y todo eso iba a pertenecerle! Pensó primeramente en “lo que se diría”, en un regalo para su madre, en sus futuros tiros de caballos, en un viejo cochero de la familia al que quería darle el puesto de portero. La librea no sería la misma, naturalmente. Convertiría al gran salón en su gabinete de trabajo. Nada impedía, derribando tres paredes, instalar en el segundo piso una galería de cuadros. También habría

modo, tal vez, de organizar en la planta baja una sala de baños turcos. En cuanto al despacho del señor Dambreuse, habitación desagradable, ¿para qué podía servir?

El sacerdote que se sonaba las narices o la religiosa que atizaba el fuego interrumpían bruscamente sus fantasías. Pero la realidad las confirmaba, pues el cadáver se hallaba allí presente. Se le habían abierto los ojos, y las pupilas, aunque sumidas en tinieblas viscosas, tenían una expresión enigmática e insoportable. Federico creía ver en ellas como un juicio sobre él, y sentía casi un remordimiento, pues nunca había tenido motivos para quejarse de aquel hombre, que, al contrario. . .

“¡Bah! Era un viejo miserable -pensaba, y lo contemplaba más de cerca para fortalecerse, mientras le gritaba mentalmente. -Pues bien, ¿qué? ¿Acaso te he matado yo?”

Entretanto, el sacerdote leía su breviario, la religiosa, inmóvil, -dormitaba, y las mechas de las tres velas se alargaban.

Durante dos horas se oyó el rodar apagado de las carretas que se dirigían al mercado. Los cristales de la ventana se blanquearon, pasó un coche de alquiler y luego una recua de burras que trotaban por el empedrado; y martillazos, gritos de vendedores ambulantes y sonos de trompetas, todo se confundía ya en la gran voz del París que se despierta.

Federico comenzó a hacer diligencias. Primeramente fue a la alcaldía para efectuar la declaración; luego, cuando el médico le dio el certificado de defunción, volvió a la alcaldía para comunicar qué cementerio elegía la familia y para ponerse de acuerdo con la agencia de pompas fúnebres. El empleado le mostró un dibujo y un programa; en el uno se indicaban las diversas clases de entierro, y en el otro los detalles completos de la pompa. ¿Quería un coche fúnebre sencillo o uno con penachos, caballos con borlas, lacayos con plumeros, iniciales o un blasón, lámparas funerarias, un hombre para llevar las condecoraciones, y cuántos coches? Federico eligió lo mejor; la señora de Dambreuse no quería escatimar nada.

Luego fue a la iglesia.

El vicario de los cortejos fúnebres comenzó censurando -la explotación de las funerarias; por ejemplo, el encargado de transportar las condecoraciones era verdaderamente inútil; eran preferibles muchas velas. Conviniere en una misa rezada, realizada con música. Federico firmó lo acordado, con la obligación solidaria de pagar todos los gastos.

A continuación fue al Palacio Municipal para la compra del terreno. Una concesión de dos metros de longitud por uno de anchura costaba quinientos francos. ¿Se trataba de una concesión por medio siglo o a perpetuidad? -¡Oh, a perpetuidad! -contestó Federico.

Tomaba el asunto en serio y se esforzaba por hacer las cosas 10 mejor posible. En el patio del palacio le esperaba un marmolista para mostrarle presupuestos y planos de tumbas griegas, egipcias y moriscas; pero el arquitecto de la casa había consultado ya con la señora, y en la mesa del y vestíbulo había toda clase de prospectos relacionados con la limpieza de los colchones, la desinfección de las habitaciones y diversos procedimientos de Embalsamamientos

Después de comer, Federico volvió a la sastrería para encargar los trajes de luto de los criados, y tuvo que hacer una última diligencia, pues había encargado guantes de castor y eran de hiladillo los que convenían.

Cuando llegaron las diez del día siguiente el gran salón se llenó de gente, y casi todos, al saludarse, decían en tono melancólico:

- ¡Y Yo que lo vi apenas hace un mes! ¡Dios mío! ¡Este es el destino de todos!

- Sí, pero procuremos que llegue lo más tarde posible.

Lanzaban una risita de satisfacción y entablaban diálogos completamente ajenos a las circunstancias. Por fin el maestro de ceremonias, con frac a la francesa y calzón corto, capa, cintas de batista en las mangas, espadín al costado y tricornio bajo el brazo, pronunció, haciendo una reverencia, las palabras de costumbre:

- Señores, cuando gusten.

Y partieron.

Era día de mercado de flores en la plaza de la Madeleine.

Hacía un tiempo claro y apacible, y la brisa, que sacudía ligeramente los puestos de lienzo, henchía en los bordes el inmenso paño negro tendido sobre la fachada. El escudo de armas del señor Dambreuse en escaque de terciopelo, se repetía en él tres veces; consistía en *un brazo izquierdo de oro con el puño cerrado y guantelete de plata*, más la corona de conde y esta divisa: *Por todos los caminos*.

Los portadores subieron el pesado ataúd hasta lo alto de la escalinata y entraron.

Las seis capillas, el hemiciclo y las sillas estaban revestidos de negro. El catafalco, al pie del coro, formaba con sus grandes cirios un solo foco de luces amarillas. En candelabros a ambos costados ardían llamas de alcohol.

Los personajes más importantes se ubicaron en el presbiterio y los otros en la nave, y el oficio comenzó. Con excepción de algunos, la ignorancia religiosa de todos era tan grande que el maestro de ceremonias les hacía de vez en cuando señas para que se levantasen, se arrodillasen y volviesen a sentarse. El órgano y dos contrabajos alternaban con las voces; en los intervalos de silencio se oía el murmullo del sacerdote en el altar, y luego volvían la música y los cantos.

Una luz mate descendía de las tres cúpulas, pero la puerta entreabierta enviaba horizontalmente como un río de claridad blanquecina que iluminaba las cabezas descubiertas, y en el aire, a media altura de la nave, flotaba una sombra traspasada por el reflejo de los oros que decoraban la nervadura de las pechinas y el follaje de los capiteles.

Federico, para distraerse, escuchaba el *Dies irae*, contemplaba a los asistentes y trataba de ver las pinturas demasiado altas que representaban la vida de Santa Magdalena. Por suerte, se le acercó Pellerin e inició inmediatamente una larga disertación a propósito de los frescos. Tocaron la campana y salieron de la iglesia.

La carroza fúnebre, adornada con colgaduras y altos plumeros, se encaminó hacia el cementerio del Père-Lachaise, tirada por cuatro caballos negros con borlas en la crin y penachos en la cabeza, y envueltos hasta los cascotes en anchas gualdrapas con bordados de plata. El cochero, con botas altas de montar, llevaba un tricornio

del que colgaba un largo crespón. Sostenían las cintas cuatro personajes: un cuestor de la Cámara de Diputados, un miembro del Consejo General del Aube, un representante de las compañías hulleras, y Fumichon, en calidad de amigo. Seguían la calesa del difunto y otros doce coches de duelo. A continuación la comitiva llenaba el centro del bulevar.

Los transeúntes se detenían para ver todo eso; las mujeres, con sus niños de pecho en los brazos, se subían en sillas, y las personas que bebían en los cafés se asomaban a las ventanas con un taco de billar en la mano.

El camino era largo; y -como sucede en las comidas de etiqueta, en las que todos se muestran reservados al principio y expansivos después- la severa actitud general se relajó muy pronto. Se conversaba acerca del rechazo por la Cámara de los gastos de representación propuestos para el presidente. El señor Piscatory se había mostrado muy mordaz; Montalembert, “magnífico como de costumbre”, y los señores Chambolle, Pidoux, Creton y, en fin, toda la

comisión, habría debido seguir, tal vez, el consejo de los señores Quentin-Beauchart y Dufour.

Esas conversaciones continuaron en la calle de la Roquette, con tiendas a ambos lados, en las que sólo se veían cadenas de vidrios de colores y arandelas negras cubiertas de dibujos y de letras doradas, lo que les daba el aspecto de grutas llenas de estalactitas y de almacenes de loza. Pero al llegar a la verja del cementerio todos callaron instantáneamente.

Las tumbas se alzaban entre los árboles: columnas truncadas, pirámides, templos, dólmenes, obeliscos, bóvedas etruscas con puerta de bronce. En algunas se veían como camarines fúnebres con sillones rústicos y sillas de tijera. Telas de Araña colgaban como andrajos de las cadenas de las urnas, y el polvo cubría los ramilletes con cintas de seda y los crucifijos. En todas partes, entre los balaustrados, sobre las tumbas, había coronas de siemprevivas y candelabros, jarrones, flores, discos negros realzados con letras doradas, estatuitas de yeso, que representaban niños y niñas o angelitos sostenidos en el aire por alambres, e inclusive muchos resguardados por un techo de cinc. Grandes cables de vidrio hilado, negro, blanco y azul, descendían desde lo alto de las estelas hasta las losas formando largos repliegues parecidos a boas. Los rayos del sol los hacían centellear entre las cruces de madera negra. La carroza fúnebre avanzaba por los amplios caminos, pavimentados como las calles de una ciudad. De vez en cuando rechinaban los ejes de las ruedas. Mujeres arrodilladas, con el vestido arrastrándose por el césped, hablaban en voz baja a los muertos. Vahos blanquecinos se desprendían del verdor de los tejos: eran ofrendas abandonadas, residuos que se quemaban.

La fosa del señor Dambreuse se hallaba cerca de la de Manuel y Benjamín Constant. El terreno descende en ese lugar en una pendiente abrupta. Se ven más abajo copas de árboles verdes, y más lejos chimeneas de bombas de incendio, y al fondo toda la gran ciudad. Federico pudo admirar el paisaje mientras pronunciaban los discursos. El primero fue en nombre de la Cámara de Diputados; el segundo, en el del Consejo General del Aube; el tercero, en el de la Sociedad Hullera de Saône-et-Loire; el cuarto, en el de la Sociedad Agrícola del Yona; y hubo un quinto en el de una sociedad filantrópica. Por fin, todos se iban, cuando un desconocido comenzó a leer un sexto discurso en nombre de la Asociación de Anticuarios de Amiens.

Y todos aprovecharon la ocasión para tronar contra el socialismo, como víctima del cual había muerto el señor Dambreuse. Eran el espectáculo de la anarquía y su devoción por el orden los que habían abreviado sus días. Se elogiaron su inteligencia, su probidad, su generosidad, e incluso su mutismo como representante del pueblo, pues, si bien no era orador, poseía en cambio esas cualidades sólidas, mil veces preferibles, etc... con las demás frases de rigor: “Fin prematuro, pesar eterno, la otra patria, ¡adiós, o más bien hasta la vista!” Cayó la tierra, mezclada con guijarros, y ya no volverían a ocuparse de él en el mundo. Sin embargo, todavía se habló un poco de él a la vuelta del cementerio, sin hacer muchos esfuerzos para elogiarlo. Hussonnet, que debía informar acerca del entierro en los diarios, repitió en broma todos los discursos, pues, en fin de cuentas, el señor Dambreuse había sido uno de los *alboroquistas* más distinguido del último reinado. Luego los coches de duelo llevaron a los burgueses a sus negocios respectivos; la ceremonia no había durado demasiado tiempo y se felicitaban por ello.

Federico, cansado, volvió a su casa.

Cuando al día siguiente se presentó en el palacio Dambreuse le advirtieron que la señora trabajaba en el despacho de la planta baja. Los cartapacios y los cajones estaban abiertos y revueltos, los libros de cuentas arrojados a derecha e izquierda, un rollo de papelotes titulado “Créditos perdidos” en el suelo; Federico estuvo a punto de tropezar con él y lo recogió. La señora de Dambreuse desaparecía, hundida en el butacón. -Y bien, ¿qué haces? ¿Qué sucede?

-¿Qué sucede? ¡Que estoy arruinada, arruinada! ¿Oyes?

El escribano Adolfo Langlois la había llamado a su estudio para darle a conocer un testamento dictado por su marido antes de su casamiento. Legaba todo a Cecilia y el otro testamento se había perdido. Federico palideció intensamente. Sin duda no habían buscado bien. -¡Pero mira esto! -dijo la señora de Dambreuse mostrándole la habitación revuelta. Las dos cajas fuertes estaban abiertas y desfondadas a mazazos y había dado vuelta al pupitre, registrado los armarios, sacudido los felpudos. Pero de pronto, lanzando un grito agudo, se abalanzó a un rincón donde acababa de ver una cajita con cerradura de cobre. La abrió, ¡y estaba vacía!

-¡Qué miserable! -exclamó-. ¡Y yo que lo he cuidado con tanta abnegación! Luego estalló en sollozos.

-Tal vez esté en otra parte --dijo Federico.

-¡No, estaba allí, en esa caja fuerte! Lo vi hace poco tiempo. ¡Lo ha quemado, estoy segura!

Un día, al comienzo de su enfermedad, el señor Dambreuse había bajado al despacho para firmar algunos documentos.

-¡Fue entonces cuando lo hizo!

Y volvió a caer en una silla, aniquilada. Una madre que llora junto a una cuna vacía no es más digna de lástima que la señora de Dambreuse ante las arcas abiertas. Pero su dolor, a pesar de la vileza del motivo, parecía tan profundo, que Federico trató de consolarla diciéndole que, después de todo, no quedaba reducida a la miseria.

-¡Sí, es la miseria, puesto que no puedo ofrecerte una gran fortuna!

No tenía más que treinta mil libras de renta, sin contar el palacio, que acaso valdría de dieciocho a veinte mil.

Aunque eso era la opulencia para Federico, no dejaba de sentirse desilusionado. Tenía que despedirse de sus sueños y de la gran vida que proponía darse. El honor lo obligaba a casarse con la señora de Dambreuse.

Reflexionó durante unos instantes y luego dijo en tono afectuoso:

-¡Pero te tendré siempre a ti!

Ella se arrojó en sus brazos y él la apretó contra su pecho con un enternecimiento en el que había un poco de admiración por sí mismo. La señora de Dambreuse, que había dejado de llorar, levantó el rostro, radiante de dicha, y estrechándole la mano le dijo: -¡Nunca he dudado de ti! ¡Contaba con esto!

Esta seguridad anticipada de lo que él consideraba una buena acción desagradó al joven. Luego ella lo llevó a su habitación, y allí hicieron algunos planes. Federico debía pensar ahora en abrirse camino, y le dio admirables consejos acerca de su candidatura.

Lo primero que tenía que hacer era aprender dos o tres frases de economía política. Debía especializarse en algo, como en la cría caballar, por ejemplo, escribir muchas memorias sobre cuestiones de interés local, tener siempre a su disposición oficinas de correo o despachos de tabaco, hacer una multitud de pequeños favores. El señor Dambreuse había sido un buen modelo al respecto. Así, una vez, en el campo, hizo detener su jardinera, llena de amigos, ante el puesto de un zapatero remendón y le compró para sus huéspedes doce pares de zapatos, y para él mismo unas botas horribles que tuvo el heroísmo de llevar durante quince días. Esa anécdota los puso alegres. Ella relató otras, con un derroche de gracia, travesura e ingenio.

Aprobó el propósito de Federico de ir inmediatamente a Nogent. La despedida fue afectuosa, y luego, en el umbral, ella preguntó una vez más:

-Me amas, ¿verdad?

-Eternamente -respondió Federico.

Un mandadero lo esperaba en su casa con una esquelita escrita a lápiz en la que se le anunciaba que Rosanette iba a dar a luz. Había estado tan ocupado desde hacía algunos días que ya no se acordaba de ella. Estaba internada en un establecimiento especial de Chaillot.

Federico tomó un coche de alquiler y partió.

En la esquina de la calle de Marbeuf, y en una placa con grandes letras, leyó: "Sanatorio y Maternidad de la señora Alessandri, comadrona de primera clase, ex alumna de la Maternidad, autora de varias obras, etc.". Y en el centro de la calle, sobre la puerta, que era un postigo, el letrero repetía, suprimiendo la palabra maternidad: "Sanatorio de la señora Alessandri", con todos sus títulos.

Federico dio un aldabonazo.

Una doncella con modales de confidenta lo introdujo en una sala donde había una mesa de caoba, sillones de terciopelo granate y un reloj con su pantalla esférica.

Casi inmediatamente se presentó la señora Alessandri. Era una mujer alta y morena de cuarenta años, esbelta, con bellos ojos y bien educada. Dijo a Federico que la madre había tenido un buen parto y lo hizo subir a su habitación.

Rosanette sonrió al verlo y, como sumergida bajo las oleadas de amor que la ahogaban, dijo en voz baja:

-¡Es un niño, ahí está! -y señaló una cuna colocada junto a su lecho.

Federico apartó las cortinas y vio entre los pañales algo de un color rojo amarillento, muy arrugado y que olía mal y daba vagidos.

-¡Bésalo!

El, para ocultar su repugnancia, replicó:

-Pero temo hacerle daño.

-¡No, no!

Y Federico besó a su hijo con la punta de los labios. -¡Cómo se te parece!

Y con sus brazos débiles Rosanette se colgó del cuello de Federico con una efusión sentimental que él nunca había visto.

Recordó a la señora de Dambreuse y se reprochó como una monstruosidad su traición a aquella pobre criatura que amaba y sufría con toda la sinceridad de su naturaleza. Durante muchos días la acompañó hasta la noche. Rosanette se sentía dichosa en aquella casa discreta; las contraventanas de la fachada estaban constantemente

cerradas, y la habitación, tapizada con zaraza clara, daba a un gran jardín. La señora Alessandri, cuyo único defecto consistía en citar como amigos íntimos a los médicos ilustres, la rodeaba de atenciones; sus compañeras, casi todas señoritas provincianas, se aburrían mucho porque nadie iba a visitarlas; Rosanette se dio cuenta de que la envidiaban y se lo dijo a Federico con orgullo. Sin embargo, tenían que hablar en voz baja, porque los tabiques eran delgados y todos acechaban a pesar del ruido de los pianos.

Por fin Federico se disponía a partir para Nogent cuando recibió una carta de Deslauriers.

Dos nuevos candidatos se presentaban, uno conservador y el otro rojo; un tercero, quienquiera que fuese, no tenía probabilidades de triunfar. La culpa era de Federico, que había dejado pasar el momento oportuno; debía haber ido antes y trabajado en favor de su candidatura.

“Ni siquiera se te ha visto en los comicios agrícolas.” El abogado le censuraba que no contaron con apoyo alguno de los diarios. “¡Si hubieras seguido en otro tiempo mis consejos! ¡Si tuviéramos un periódico propio!” Insistía en eso. Además, muchas personas que habrían votado en su favor por consideración al señor Dambreuse le abandonarían ahora. Deslauriers era uno de ellos. Como ya no podía esperar nada del capitalista, abandonaba a su protegido. Federico llevó la carta a la señora de Dambreuse.

-No has estado en Nogent-le dijo ella.

-¿Por qué lo dices?

-Porque vi a Deslauriers hace tres días.

Al enterarse de la muerte de su marido, el abogado había ido a entregarle informes sobre la hulla y ofrecerle sus servicios como hombre de negocios. Eso le pareció extraño

a Federico. ¿Qué hacía allí su amigo?

La señora de Dambreuse quiso saber en qué había empleado el tiempo desde su separación.

-He estado enfermo -dijo Federico.

-Debías haberme avisado, por lo menos.

-¡Oh, no valía la pena! Además, he estado muy atareado con entrevistas y visitas. Desde entonces tuvo que vivir una existencia doble, durmiendo puntualmente en casa de la Mariscala y pasando la tarde en casa de la señora de Dambreuse, de modo que apenas le quedaba al día una hora de libertad.

El niño estaba en el campo, en Andilly. Iba a verlo todas las semanas.

La casa de la nodriza se hallaba en lo alto de la aldea, en el fondo de un patiecito oscuro como un pozo, con paja en el suelo, gallinas aquí y allá y un carro para las hortalizas en el cobertizo. Rosanette comenzaba besando frenéticamente a su mamoncillo, y presa de una especie de delirio, iba y venía, trataba de ordeñar a la cabra, comía pan moreno, aspiraba el olor del estiércol y hasta quería poner un poco en su pañuelo.

Después daban largos paseos; ella entraba en los viveros, arrancaba las ramas de lilas que colgaban fuera de las tapias, gritaba: “¡Arre, borriquito!” a los asnos que arrastraban un carricoche y se detenía a contemplar desde la verja el interior de los bellos jardines; o bien la nodriza tomaba al niño y lo ponía a la sombra de un nogal, y las dos mujeres charlaban durante horas acerca de ñoñerías cargantes.

Federico, junto a ellas, contemplaba los viñedos en las pendientes del terreno, con la copa de un árbol de trecho en trecho, los senderos polvorientos parecidos a cintas grises, las casas que ponían en el verdor manchas blancas y rojas; y a veces el humo de una locomotora se alargaba horizontalmente, al pie de las colinas boscosas, como una gigantesca pluma de avestruz cuyo extremo desaparecía en el aire.

Luego sus miradas volvían a posarse en su hijo. Se lo imaginaba ya mozo; sería su compañero, aunque tal vez tonto y seguramente desdichado. La ilegitimidad de su nacimiento le oprimiría siempre; más le habría valido no haber nacido, y Federico murmuraba: “¡Pobre niño!” con el corazón rebosante de una tristeza incomprensible. Con frecuencia perdían el último tren. Entonces, la señora de Dambreuse reñía a Federico por su impuntualidad y él inventaba una mentira.

Tenía que inventarlas también para Rosanette. Ella no comprendía dónde pasaba las tardes, y cuando enviaba a alguien a su casa, nunca lo encontraba. Un día en que estaba en ella las dos se presentaron casi al mismo tiempo. Hizo salir a la Mariscala y ocultó a la señora de Dambreuse diciéndole que su madre iba a llegar.

Esas mentiras no tardaron en divertirla; repetía a la una el juramento que acababa de hacer a la otra, les enviaba ramilletes parecidos, les escribía al mismo tiempo, hacía comparaciones entre ambas, y siempre había una tercera presente en su pensamiento. La imposibilidad de poseerla le justificaba sus perfidias, que avivaban el placer alternándolas; y cuando más engañaba a cualquiera de ellas tanto más le amaba ella, como si sus amores se enardeciesen recíprocamente y en una especie de emulación cada una quisiese hacerle olvidar a la otra.

-Admira mi confianza -le dijo un día la señora de Dambreuse, desdoblado un papel en el que se le comunicaba que el señor Moreau vivía conyugalmente con cierta Rosa Bron

-. ¿Es la señorita de las carreras por casualidad?

-¡Qué absurdo! -replicó Federico-. Déjame que la vea.

La carta, escrita en caracteres romanos, no estaba firmada. Al principio la viuda de Dambreuse había tolerado aquella querida que ocultaba su adulterio, pero como su pasión aumentaba, había exigido la ruptura, realizada desde hacía mucho tiempo según Federico; y cuando terminó sus protestas de fidelidad, ella replicó, guiñando los ojos, en los que brillaba una mirada parecida a la punta de un puñal:

-Bueno, ¿y la otra?

-¿Qué otra?

-La esposa del fabricante de loza.

Federico se encogió de hombros desdeñosamente y ella no insistió.

Pero un mes después, cuando hablaban de honradez y de lealtad y él se jactó de la suya, incidentalmente y por precaución, ella le dijo: ,

-Es cierto, eres honrado; ya no vas por allí. Federico, que pensaba en la: Mariscal,

balbuceó: -¿Por dónde?

-Por la casa de la señora de Arnoux.

Él le suplicó que le dijera quién le había informado de eso. Era la señora de Regimbart, su costurera.

¡Así que ella conocía su vida y él nada sabía de la de ella!

Sin embargo, había descubierto en su tocador la miniatura de un señor de largos bigotes. ¿Era el mismo del que le habían contado en otro tiempo una vaga historia de suicidio? Pero no existía medio alguno de averiguar más al respecto. Por lo demás, ¿para qué? Los corazones femeninos son como esos mueblecitos con secreto llenos de cajones enchufados los unos en los otros; uno se toma el trabajo de abrirlos, se rompe las uñas y luego encuentra en el fondo una flor marchita, un poco de polvo, ¡o el vacío! Además, acaso temía averiguar demasiado.

Ella lo obligaba a rechazar las invitaciones para reuniones a las que no podía ir con él, lo retenía a su lado y temía perderlo; y a pesar de esa unión, cada día mayor, de pronto surgían entre ellos profundos abismos a propósito de cosas sin importancia, como el juicio acerca de una persona o de una obra de arte.

Tocaba el piano de una manera correcta y recia. Su espiritualismo -pues la señora de Dambreuse creía en la trasmigración de las almas a las estrellas- no le impedía administrar su fortuna admirablemente. Era altiva con sus servidores y sus ojos permanecían secos ante los andrajos de los pobres. Un egoísmo ingenuo se ponía de manifiesto en sus frases corrientes: “¿Qué me importa eso?” “¿Sería muy crédula si lo diese por cierto!”

“¿Acaso tengo que hacerlo? y mil pequeños actos inanalizables y odiosos. Habría escuchado detrás de las puertas, sin duda mentía a su confesor. Por deseo de dominar quiso que Federico la acompañase los domingos a la iglesia; él le obedeció y le llevaba el devocionario.

La pérdida de la herencia la había cambiado mucho. Las muestras de pesar atribuidas a la muerte de su marido la hacían interesante y, como en otro tiempo, recibía a mucha gente. Desde el fracaso electoral de Federico ambicionaba para los dos una legación en Alemania, y en consecuencia lo primero que había que hacer era someterse a las ideas en boga.

Unos deseaban el Imperio, otros a los Orleans y otros más al conde de Chambord, pero todos convenían en la urgencia de la descentralización, para lo que se proponían muchos medios, como estos: dividir a París en una multitud de grandes calles para instalar en ellas aldeas; trasladar a Versalles la sede del gobierno, llevar a Bourges las escuelas, suprimir las bibliotecas, confiar todo a los generales de división; y se elogiaba a los campesinos, ¡porque el hombre inculto posee naturalmente más sensatez que los otros! Los odios abundaban: el odio contra los maestros de instrucción primaria y los taberneros, contra las clases de filosofía y los cursos de historia, contra las novelas, los chalecos rojos y las barbas largas, contra toda independencia y toda manifestación de individualismo, porque había que “restablecer el principio de autoridad”, en nombre de quienquiera que se ejerciese y de doquiera que viniese, con tal que fuese la Fuerza, la Autoridad. Los conservadores hablaban ahora como Sénecal. Federico ya no comprendía nada; volvía a encontrar en casa de su ex querida las mismas frases pronunciadas por los mismos hombres.

Los salones de cortesanas --su importancia data de esa época- eran un terreno neutral donde se encontraban los reaccionarios de distintas tendencias. Hussonnet, que se dedicaba a denigrar las glorias contemporáneas -buena manera de restaurar el Orden- inspiró a Rosanette el deseo de tener sus reuniones como cualquier otra; él escribiría las crónicas; llevó primeramente a un hombre serio, Fumichon, y luego aparecieron Nonancourt, el señor de Grémonville, el señor de Larsillois, ex prefecto, y Cisy, que era en ese momento agrónomo, bajo bretón y más que nunca cristiano.

Iban, además, los ex amantes de la Mariscal, como el barón de Comaing, el conde de Fumillac y algunos otros; la libertad de sus modales ofendía a Federico.

Para darse tono como dueño de casa aumentó el boato de ésta. Tomó un lacayo, cambió de alojamiento y adquirió un nuevo mobiliario. Esos gastos eran útiles para que su casamiento pareciera menos desproporcionado con su fortuna, que de este modo disminuía espantosamente, ¡y Rosanette no lo comprendía!

Burguesa situada fuera de su clase social, adoraba la vida doméstica, un hogar tranquilo. Sin embargo, le agradaba tener “un día de recibo”; decía “Esas mujeres” hablando de sus semejantes, deseaba ser “una dama de la alta sociedad” y se creía una de ellas. Pidió a Federico que no fumara en el salón y trató de hacerle comer de vigilia por buen tono.

En fin, no se ajustaba a su papel, pues se iba haciendo seria, e inclusive antes de acostarse mostraba siempre un poco de melancolía, lo mismo que hay cipreses en la puerta de un lugar de diversión.

Federico descubrió la causa: soñaba con el casamiento, ¡ella también! Eso lo exasperó. Además, recordaba su aparición en casa de la señora de Arnoux y le guardaba rencor por su larga resistencia.

No por eso dejaba de averiguar quiénes habían sido sus amantes. Ella los negaba todos. Comenzó a sentir una

especie de celos. Le irritaban los regalos que había recibido y que seguía recibiendo, y a medida que el fondo mismo de Rosanette le molestaba cada vez más, una atracción sensual ríspida y bestial lo arrastraba hacia ella, ilusiones de un instante que se resolvían en odio.

Sus palabras, su voz, su sonrisa, todo acabó desagradándole, especialmente sus miradas, las miradas de aquellos ojos de mujer eternamente límpidas y necias. A veces se sentía tan harto que la habría visto morir sin conmoverse. ¿Pero cómo se podía enojar? Ella mostraba una amabilidad desesperante.

Deslauriers reapareció y explicó su residencia en Nogent diciendo que trataba de conseguir un estudio de procurador. Federico se alegró de volver a verlo, pues al fin y al cabo era alguien. Y lo admitió en su círculo. El abogado comía de vez en cuando en su casa, y cuando se producían pequeñas disputas se ponía siempre del lado de Rosanette, por lo que en una ocasión Federico le dijo:

-¡Acuéstate con ella si eso te divierte!

Tan ansioso estaba de que algún acontecimiento lo liberara de la Mariscala.

Hacia mediados de junio Rosanette recibió una citación judicial del escribano Atanasio Gautherot ordenándole que pagara cuatro mil francos que debía a la señorita Clemencia Vatnaz, pues de no hacerlo iría al día siguiente a embargarla.

En efecto, de los cuatro pagarés firmados en otro tiempo sólo había pagado uno, pues el dinero obtenido posteriormente lo dedicó a otras necesidades.

Corrió a casa de Arnoux. Vivía en el barrio de Saint-Germain, pero el portero ignoraba la calle. Fue a ver a muchos amigos, no encontró a nadie y volvió desesperada. No quería decir nada a Federico, por temor a que aquel nuevo enredo perjudicase a su casamiento.

Al día siguiente por la mañana se presentó el señor Gautherot con dos acompañantes, uno pálido, enclenque y con cara de hambriento, y el otro con cuello postizo, trabillas muy tirantes y un dedil de tafetán negro en el índice; y los dos inmundamente sucios, con los cuellos grasientos y las mangas del levitón demasiado cortas.

Su patrón, hombre, al contrario, muy apuesto, comenzó excusándose por su penosa misión, mientras examinaba el departamento, “lleno de lindas cosas, mi palabra de honor”. Y añadió:

-Aparte de otras que no pueden ser embargadas. A un gesto suyo los dos aguaciles desaparecieron.

Entonces se redoblaron sus cumplidos. ¿se podía creer que una persona tan ... encantadora no tuviese un amigo serio? Una venta por mandato judicial era una verdadera desgracia, de la que no es posible rehabilitarse. Trató de asustar a Rosanette, y luego, al verla impresionada, adoptó de pronto un tono paternal. El conocía la alta sociedad, había tenido que ver con todas aquellas damas, y, mientras las nombraba, examinaba los cuadros de las paredes. Eran antiguos lienzos del buen Arnoux, bocetos de Sombaz, acuarelas de Burrieu y tres paisajes de Dittmer. Rosanette no conocía su precio, evidentemente. El señor Gautherot se volvió hacia ella y le dijo:

-Escuche. Para demostrarle que soy un buen hombre hagamos una cosa: cédame esos Dittmer y yo pagaré todo: ¿Convenido?

En ese momento Federico, enterado por Delfina en la antesala y que acababa de ver a los dos aguaciles, entró con el sombrero puesto y en actitud airada. El señor Gautherot recobró su dignidad y, como la puerta había quedado abierta, dijo:

-¡Vamos, señores, escriban! En la segunda habitación, decíamos, una mesa de roble con sus dos tablas suplementarias, dos aparadores...

Federico lo interrumpió para preguntarle si no había manera de impedir el embargo. -Sí por cierto. ¿Quién pagó los muebles? -Yo.

Pues bien, formule una reivindicación y así ganará usted tiempo.

El señor Gautherot terminó rápidamente su inventario y en el acta lo asignó en interdicto a la señorita Bron. Luego se retiró.

Federico no hizo el menor reproche a Rosanette. Contemplaba en la alfombra las huellas de barro dejadas por las botas de los aguaciles y pensaba:

“Va a haber que buscar dinero.”

-¡Dios mío, qué tonta soy! -exclamó la Mariscala.

Registró un cajón, sacó de él una carta y se apresuró a ir a la Sociedad para el Alumbrado del Languedoc, con el fin de obtener la transferencia de sus acciones.

Volvió una hora después. ¡Los títulos habían sido vendidos a otro! El empleado, después de examinar la promesa escrita por Arnoux, le dijo:

-Esta carta no la constituye a usted de modo alguno en propietaria de los títulos. La Compañía no la reconoce.

En resumen, la despidió y volvía sofocada; Federico debía ir inmediatamente a ver a Arnoux para aclarar el asunto.

Pero Arnoux podía creer que Federico iba a verlo para recuperar indirectamente los quince mil francos de su hipoteca perdida; además, esa reclamación a un hombre que había sido amante de su querida le parecía una vileza. Decidiéndose por un término medio, fue al palacio Dambreuse para que le dieran la dirección de la señora de Regimbart, envió a su casa un mandadero y así se enteró del café que frecuentaba entonces el Ciudadano. Era un cafetín de la plaza de la Bastilla, donde pasaba todo el día en el rincón de la derecha, en el fondo,

inmóvil como si formara parte del edificio.

Después de pasar sucesivamente por la taza de café, el ponche, la sangría, el vino caliente e inclusive el vino aguado, había vuelto a la cerveza, y cada media hora dejaba escapar la palabra: ` ¡Bock!`, pues había reducido su lenguaje a lo indispensable. Federico le preguntó si veía alguna vez a Arnoux.

-¡No!

-¿Por qué? -¡Es un imbécil!

La política los separaba tal vez, y Federico creyó conveniente preguntarle por Compain.

-¡Qué animal! ¿Cómo es eso?

-¡Su cabeza de becerro!

-¡Ah!, explíqueme qué es eso de la cabeza de becerro. Regimbart sonrió compasivamente.

-¡Tonterías!

Federico, tras un largo silencio, preguntó: -¿Ha cambiado de domicilio? -¿Quién? -Arnoux.

-Sí, calle de Fleurus. -¿Qué número?

-¿Acaso frecuento yo a los jesuitas? -¿Cómo a los jesuitas? El Ciudadano respondió, furioso:

—Con el dinero de un patriota que le hice conocer ese cochino ha puesto una tienda de rosarios.

-¡No es posible!

-Vaya a verlo.

Nada más cierto; Arnoux, debilitado por un ataque, se había vuelto hacia la religión; por lo demás, “había tenido siempre un fondo religioso”, y, con la aleación de mercantilismo y de ingenuidad que era natural en él, para conseguir su salvación y su fortuna se dedicaba al comercio de objetos religiosos.

Federico no tuvo dificultad en encontrar su establecimiento, cuya muestra decía: *Las Artes Góticas* - Restauración de objetos para el culto. - Ornamentos de iglesia. - Escultura policroma. - Incienso de los Reyes Magos, etc.”

En los dos ángulos del escaparate se alzaban dos estatuas de madera pintarrajeadas con oro, bermellón y azul; un San Juan Bautista con su piel de cordero y una Santa Genoveva con rosas en el delantal y una rueda bajo el brazo; además, grupos de yeso: una monja instruyendo a una muchacha, una madre arrodillada junto a una cuna, tres colegiales ante el comulgatorio. El grupo más lindo era una especie de cabaña que representaba el interior del pesebre con el asno, el buey y el Niño Jesús tendido en la paja, verdadera paja. C Los estantes estaban llenos de medallas, rosarios de todas clases, pilas de agua bendita en forma de concha, y retratos de las glorias eclesiásticas, entre las que se destacaban monseñor Afire y el Santo Padre, ambos sonriendo.

Arnoux, tras el mostrador, dormitaba con la cabeza baja. 4 Había envejecido mucho, y hasta tenía alrededor de las sienas una corona de granitos rosados que iluminaba el reflejo de las cruces doradas heridas por el sol.

Federico, ante aquella decadencia, se entristeció. Sin embargo, sacrificándose por la Mariscala, se resignó a entrar, y avanzaba ya cuando en el fondo de la tienda apareció la señora de Arnoux. Al verla, dio media vuelta y se fue. -No lo he encontrado -dijo cuando volvió a casa.

Y fue inútil que repitiera que iba a escribir inmediatamente a su escribano de El Havre para que le enviara dinero, pues Rosanette se enfureció. Nunca se había visto un hombre tan débil, tan flojo; mientras ella sufría mil privaciones los otros se regalaban.

Federico pensaba en la pobre señora de Arnoux, imaginándose la lastimosa mediocridad de su hogar. Se había sentado al escritorio, y como la voz agria de Rosanette continuaba, gritó:

-¡Cállate en nombre del cielo!

-¿Vas a defenderlos por casualidad?

-¡Pues bien, sí! ¿A qué se debe ese ensañamiento? -Y tú, ¿por qué no quieres que paguen? ¡Es porque temes afligir a tu ex amiga, confíesalo!

Federico sintió ganas de arrojarle el reloj. No sabía qué decir y calló. Rosanette, mientras daba vueltas por la habitación, añadió:

-Voy a poner pleito a tu Arnoux. ¡Oh, ya no te necesito! -Y repulgando los labios, terminó-. Consultaré.

Tres días después Delfina entró bruscamente.

-¡Señora, señora, ahí está un hombre con un tarro de engrudo que me da miedo!

Rosanette pasó a la cocina y vio a un bribón con la cara picada de viruelas, paralítico de un brazo, medio borracho y que farfullaba.

Era el fijador de carteles del señor Gautherot. Como la impugnación del embargo había sido denegada, era necesario proceder a la venta.

Por el trabajo de subir la escalera reclamó, ante todo, un vasito; luego, creyendo que la señora era una actriz, pidió entradas para el teatro. A continuación pasó mucho tiempo haciendo guiñadas de ojos incomprensibles y por fin declaró que por dos francos desgarraría en parte el cartel fijado ya en la puerta de la calle, donde aparecía el nombre de Rosanette, rigor excepcional que ponía de manifiesto el odio de la Vatnaz.

La solterona era sensible en otro tiempo, e inclusive, con motivo de una aflicción sentimental había escrito a Béranger pidiéndole un consejo. Pero la habían agriado las borrascas de la vida, pues alternativamente había dado lecciones de piano, presidido una mesa redonda, colaborado en revistas de modas, subalquilado departamentos, vendido encajes en el mundo de las mujeres galantes, donde sus relaciones le permitieron servir a muchas personas, entre ellas a Arnoux. Anteriormente había trabajado en un establecimiento comercial. Allí pagaba el sueldo a las obreras, y para cada una de ellas llevaba dos libros de cuentas, uno de los cuales conservaba siempre. Dussardier, que por cortesía llevaba el de una tal Hortensia Baslin, se presentó un día en la caja en el momento en que la señorita Vatnaz llevaba la cuenta de esa muchacha, 1.682 francos, que el cajero le pagó. Ahora bien, la víspera Dussardier sólo había anotado 1.082 en el libro de la Bassin. Volvió a pedirselo con un pretexto, y luego, para ocultar el robo, le dijo que lo había perdido. La obrera repitió cándidamente la mentira a la señorita Vatnaz, quien, para cerciorarse de la verdad, habló de ello en tono indiferente con el buen empleado, que se limitó a contestar: “Lo he quemado”, y así terminó el asunto. La Vatnaz abandonó la casa poco tiempo después, sin creer en la destrucción del libro de cuentas e imaginándose que Dussardier lo conservaba.

Cuando se enteró de que estaba herido, se apresuró a ir a su casa con el propósito de recuperarlo. Pero al no encontrarlo a pesar de las pesquisas más sutiles, sintió respeto, y pronto amor, por aquel muchacho tan leal, tan amable, tan heroico y tan fuerte. Semejante buena suerte a su edad era inesperada, y se lanzó sobre ella con un apetito de ogresa; y por Dussardier abandonó la literatura, el socialismo, “las doctrinas consoladoras y las utopías generosas”, los cursos que seguía sobre la *Desubalternización de la mujer*, todo, incluso a Delmar mismo, y finalmente se ofreció a casarse con el dependiente.

Aunque era su querida, él no estaba enamorado de ella. Además, no había olvidado su robo, y, como por otra parte era demasiado rica, no aceptó. Entonces ella le dijo, llorando, que había soñado con que los dos instalaran un taller de confección. Ella contaba con los primeros fondos indispensables, que aumentarían en cuatro mil francos en la semana siguiente, y le informó de sus diligencias judiciales contra la Mariscala.

Dussardier lo lamentó por su amigo. Recordaba la cigarrera ofrecida cuando estaba en la comisaría, las noches pasadas en el muelle Napoleón, tantas charlas agradables, los libros prestados, las mil complacencias de Federico. Rogó a la Vatnaz que desistiera.

Ella se burló de su bondad y manifestó contra Rosanette un aborrecimiento incomprensible; llegaba a desear la fortuna sólo para aplastarla luego con su carroza.

Esos abismos de maldad espantaron a Dussardier, y cuando se enteró con exactitud de cuál iba a ser el día de la venta salió y a la mañana siguiente se presentó en la casa de Federico muy turbado.

-Tengo que disculparme ante usted. ¿Por qué?

-Usted me considera un ingrato, porque ella es... -balbuceó-. ¡Oh, no volveré a verla, no seré su cómplice!

Y como Federico lo miró sorprendido, añadió:

-¿Acaso no van a vender dentro de tres días los muebles de su querida?

-¿Quién se lo ha dicho?

-¡Ella misma, la Vatnaz! Pero yo temo ofenderlo ...

-De ningún modo, querido amigo.

-Es cierto. ¡Qué bueno es usted!

Y le entregó discretamente una carterita de badana.

Contenía cuatro mil francos, todas sus economías. -¡Cómo! ¡Ah, no, no!

-Yo sabía que lo ofendería -replicó Dussardier con una lágrima en los ojos. Federico le estrechó la mano, y el buen muchacho le suplicó con voz adolorida: -¡Acéptelos! ¡Hágame ese favor! ¡Estoy tan desesperado! Por lo demás, ¿acaso no ha terminado todo? Cuando llegó la Revolución creí que seríamos felices. ¿Recuerda qué hermoso era aquello, ¿qué bien se respiraba? Pero ahora estamos peor que nunca.

Y clavando la vista en el suelo continuó:

-¡Ahora matan a nuestra República, como mataron a la otra, a la romana, y a la pobre Venecia, la pobre Polonia y la pobre Hungría! ¡Qué abominaciones! Primeramente derribaron los árboles de la Libertad, luego limitaron el derecho al sufragio, han cerrado los clubes, restablecido la censura y entregado la enseñanza a los curas, a la espera de la Inquisición. ¿Por qué no? ¡Los conservadores nos hacen desear a los cosacos! Condenan a los diarios cuando hablan contra la pena de muerte. París rebosa de bayonetas, hay dieciséis departamentos en estado de sitio, ¡y rechazan una vez más la amnistía!

Se tomó la cabeza entre las manos, y luego abrió los brazos como si sintiera una gran angustia.

-¡Si hicieran un esfuerzo, no obstante! Si obraran de buena fe podrían entenderse. Pero no. Los obreros no son mejores que los burgueses. En Elbeuf negaron recientemente su ayuda en un incendio. Los miserables le llaman a Barbés aristócrata. Para que se burlen del pueblo quieren nombrar presidente a Nadaud, ¡un albañil! ¡Y el asunto no tiene remedio! Todo el mundo está contra nosotros. Yo nunca he hecho daño y, sin embargo, siento como un peso en el estómago. Me volveré loco si esto continúa. Deseo hacerme matar. ¡Le digo que no necesito mi dinero! ¡Usted me lo devolverá, pardiez! ¡Yo se lo presto!

Federico, obligado por la necesidad, acabó quedándose con los cuatro mil francos; en consecuencia, nada tenían que temer por parte de la Vatnaz.

Pero Rosanette perdió poco después su pleito contra Arnoux y se obstinaba en apelar. Deslauriers se esforzaba por hacerle comprender que la promesa de Arnoux no constituía una donación ni una cesión legal; ella ni siquiera le escuchaba, decía que la ley era injusta y que porque ella era una mujer los hombres se apoyaban mutuamente. Pero al final siguió sus consejos.

Deslauriers se sentía tan cómodo en aquella casa que muchas veces llevó a comer en ella a Sénécál. Esa familiaridad desagradaba a Federico, que le adelantaba dinero y hasta hacía que lo vistiese su sastre, y el abogado daba sus levitas viejas al socialista, cuyos medios de vida eran desconocidos.

Sin embargo, habría deseado servir a Rosanette. Un día que ella le mostró doce acciones de la Compañía de Caolín -la empresa que había hecho que se condenara a Arnoux al pago de treinta mil francos- le dijo: -Es un hombre sin escrúpulos.

Rosanette tenía derecho a intimarle el reembolso de sus créditos. En primer lugar probaría que estaba obligado solidariamente a pagar todo el pasivo de la Compañía, puesto que había declarado como deudas colectivas las deudas personales y, finalmente, había malversado muchos bienes de la sociedad.

-Todo eso lo hace culpable de quiebra fraudulenta, de acuerdo con los artículos 586 y 587 del Código de Comercio. Está segura, mi linda, de que lo llevaremos a la cárcel.

Rosanette lo abrazó. Al día siguiente la recomendó a su ex patrón, pues él no podía ocuparse personalmente del pleito; tenía que hacer diligencias en Nogent. Sénécál le escribiría en caso de urgencia.

Sus gestiones para la adquisición de un estudio de procurador eran un pretexto. Pasaba el tiempo en casa del señor Roque, donde había comenzado, no sólo elogiando a su amigo, sino imitando todo lo posible sus modales y su lenguaje, lo que le valió la confianza de Luisa, en tanto que conseguía la de su padre despotricando contra LedruRollin.

Si Federico no volvía era porque frecuentaba la alta sociedad; y poco a poco Deslauriers les fue enterando de que amaba a alguien, de que tenía un hijo y de que mantenía a una mujer.

La desesperación de Luisa fue muy grande, y no menor la indignación de la señora de Moreau. Ésta veía a su hijo precipitándose hacia el fondo de un vago abismo, se sentía herida en su religión de las conveniencias y experimentaba una especie de afrenta personal, cuando de pronto cambió su actitud. A las preguntas que le hacían sobre Federico respondía socarronamente: -Sigue bien, muy bien.

Se había enterado” de su casamiento con la viuda de Dambreuse.

Ya estaba fijada la fecha, y Federico buscaba la manera de cómo encarar el asunto con Rosanette.

Hacia mediados de otoño la Mariscala ganó su pleito relacionado con las acciones de la Compañía de Caolín.

Federico lo supo al encontrarse en la puerta de su casa con Sénécál, quien salía de la audiencia.

Habían declarado a Arnoux cómplice de todos los fraudes, y el pasante parecía alegrarse tanto por ello que Federico le impidió seguir adelante y se encargó de comunicar el resultado a Rosanette. Se presentó ante ella con una expresión de ira en el rostro.

-Pues bien, ¡puedes estar contenta!

Pero ella, sin tener en cuenta sus palabras, dijo: -¡Mira!

Y le mostró a su hijo, acostado en la cuna junto al fuego. Esa mañana lo había encontrado tan mal en casa de la nodriza que lo llevó a París.

- Todos sus miembros habían enflaquecido extraordinariamente, y los labios, cubiertos de puntos blancos, le formaban en el interior de la boca como cuajarones de leche.

-¿Qué ha dicho el médico?

-¡Oh, el médico! Pretende que el viaje ha aumentado su... no sé, un nombre que termina en *iris*... en fin que tiene la afta. ¿Sabes qué es eso? Federico no vaciló en responder: -Sí -y añadió que no tenía importancia.

Pero por la noche le asustó el aspecto débil del niño y el aumento de aquellas manchas blancuzcas, parecidas al moho, como si la vida, abandonando ya a aquel pobre cuerpecito, sólo hubiera dejado una materia en la que brotaba la vegetación. Tenía las manos frías, ya no podía beber, y la nodriza, una nueva que el portero había llevado a la ventura de una agencia, repetía:

-¡Me parece que se muere, que se muere! Rosanette no se acostó durante toda la noche. Por la mañana fue en busca de Federico. -Ven a verlo. Ya no se mueve.

En efecto, estaba muerto. Rosanette lo tomó en brazos, lo sacudió, lo estrechaba llamándole con los nombres más amorosos, lo cubría de besos y de sollozos, daba vueltas, fuera de sí, se arrancaba los cabellos, lanzaba gritos, y por fin se dejó caer en el diván, donde quedó con la boca abierta y con los ojos fijos anegados por un arroyo de lágrimas. Luego se dormeció y todo volvió a estar tranquilo en la habitación. Los muebles estaban derribados y había dos o tres toallas tiradas. Dieron las seis. La lámpara se apagó.

Federico contemplaba todo aquello y casi creía soñar. La angustia le oprimía el corazón. Le parecía que aquella muerte sólo era un comienzo y que después se iba a producir una desgracia todavía mayor.

De pronto Rosanette preguntó con voz enternecida: -Lo conservaremos, ¿verdad?

Deseaba que lo embalsamaran. Muchas razones se oponían a ello, y la principal, según

Federico, era lo impracticable de semejante operación en niños tan pequeños. Sería preferible un retrato. Rosanette aceptó la idea. Federico escribió a Pellerin y Delfina llevó la carta. Pellerin no tardó en presentarse, pues con su celo quería hacer que se olvidase su comportamiento anterior. Lo primero que dijo fue: -¡Pobre angelito! ¡Oh, Dios mío, qué desgracia!

Pero poco a poco se fue imponiendo en él el artista y declaró que no se podía hacer nada con aquellos ojos vidriosos, aquel rostro lívido, aquella verdadera naturaleza muerta, los que exigían mucho talento, y murmuraba: -¡No es fácil, no es fácil!

-Con tal que se le parezca -objetó Rosanette. -¡Oh, me río del parecido! ¡Abajo el realismo! Lo que se pinta es el espíritu. ¡Déjenme! Trataré de imaginarme lo que debería ser eso.

Meditó con la frente apoyada en la mano izquierda y el codo en la derecha, y luego exclamó de pronto:

-¡Se me ocurre una idea! ¡Un pastel! Con medias tintas coloreadas bien asentadas, se puede conseguir un buen modelado, solamente en los contornos.

Envío a la doncella en busca de su caja de pinturas; luego, con una silla bajó los pies y otra a su lado, comenzó a pintar a grandes rasgos, con la misma tranquilidad que si hubiera trabajado copiando un modelo de yeso. Entretanto elogiaba los niños san Juan de Correggio, la infanta Rosa de Velázquez, las carnes lechosas de Reynolds, la distinción de Lawrence y, sobre todo, el niño de larga cabellera que tiene en las rodillas lady Glower.

-Por otra parte, ¿se puede encontrar algo más encantador que los nenes? El prototipo de lo sublime, como ha demostrado Rafael con sus madonas, es tal vez una madre, con su hijo. Rosanette, que se ahogaba, salió; y Pellerin dijo inmediatamente:

-¿Qué me dice de Arnoux? ¿Sabe lo qué le sucede?

-No. ¿Qué?

-Por lo demás, debía terminar así.

-¿Pero qué pasa?

-Acaso esté ahora... ¡Perdone!

Y el artista se levantó para alzar la cabecita del cadáver. -Decía usted. .

. -insistió Federico.

Pellerin, entornando los ojos para medir mejor, añadió: -Decía que nuestro amigo Arnoux acaso esté ahora encerrado. Y luego, en tono de satisfacción:

-Mire un instante. ¿Está bien? -Sí, muy bien. ¿Pero Arnoux? Pellerin dejó el lápiz.

-Por lo que he podido comprender, le demanda cierto Mignot, un íntimo de Regimbart, un buen tipo, ¿no? ¡Qué idiota! Imagínese que un día ...

-¡No se trata de Regimbart!

-Es cierto. Pues bien, Arnoux debía disponer ayer por la tarde de doce mil francos, pues de lo contrario estaba perdido.

-Es posible que se exagere -dijo Federico.

-De ningún modo. El asunto me parece muy grave.

En ese momento reapareció Rosanette con rojeces bajo los párpados intensas como placas de colorete. Se acercó al cuadro y lo miró. Pellerin hizo seña a Federico para que se callara, pero el otro, sin hacerle caso, dijo:

-Sin embargo, no puedo creer...

-Le repito que lo encontré ayer -replicó el artista- a las siete de la tarde, en la calle Jacob. E inclusive por precaución tenía su pasaporte y habló de embarcarse en El Havre, con toda su familia.

-¡Cómo! ¿Con su esposa?

-¡Sin duda! Es demasiado buen padre de familia para vivir solo.

-¿Y está usted seguro de que...?

-¡Pardiez! ¿Dónde quiere usted que haya encontrado doce mil francos? Federico dio dos o tres vueltas por la habitación, jadeante y mordiéndose los labios. Luego tomó su sombrero. -¿Adónde vas? -le preguntó Rosanette. No contestó y desapareció.

V

Necesitaba doce mil francos, pues de lo contrario no volvería a ver a la señora de Arnoux; todavía le quedaba una esperanza invencible. ¿Acaso no era ella como la sustancia de su corazón, el fondo mismo de su vida? Durante unos minutos permaneció indeciso en la acera, roído por la angustia y, no obstante, feliz por no estar ya en casa de la otra.

¿Dónde podía conseguir el dinero? Federico, por propia experiencia, sabía muy bien cuán difícil es obtenerlo en seguida a cualquier precio. Sólo una persona podía ayudarlo: la señora de Dambreuse. Guardaba siempre en su escritorio muchos billetes de banco. Fue a su casa y le preguntó en tono decidido: ¿Puedes prestarme doce mil francos? -¿Para qué?

Era el secreto de otra persona. Ella quiso conocerlo, él no cedió y ambos se obstinaron. Por fin la señora declaró que no daría dinero alguno sin saber antes para qué era. Federico, muy ruborizado, dijo que uno de sus compañeros había cometido un robo y tenía que restituir la suma ese mismo día.

¿Quién es? ¿Cómo se llama? Vamos, ¿su nombre? -Dussardier.

Y le suplicó de rodillas que no dijera nada.

-¿Qué idea tienes de mí? -replicó la señora de Dambreuse-. Se diría que tú eres el culpable. ¡Termina con tus aires trágicos! ¡Toma, ahí los tienes, y que le hagan buen provecho!

Federico corrió a la casa de Arnoux. El comerciante no estaba en su tienda, pero seguía viviendo en la calle Paradis, pues tenía dos domicilios.

En la calle Paradis el portero le juró que el señor Arnoux estaba ausente desde la víspera; en cuanto a la señora, nada podía decirle. Federico subió la escalera como una flecha y aplicó el oído a la cerradura. Por fin abrieron. La señora había salido con el señor y la criada ignoraba cuándo volverían; le habían pagado el salario y ella también se iba. De pronto se oyó el crujido de una puerta. -¿Está alguien ahí?

-¡Oh, no señor, es el viento!

Federico se retiró. Pero aquella desaparición tan apresurada tenía algo de inexplicable. ¿Podía aclararla Regimbart, amigo íntimo de Mignot? Federico se hizo conducir a su casa, en la calle del Emperador en Montmartre.

Rodeaba la casa un jardincito, cerrado por una verja tapada con láminas de hierro. Una escalinata de tres peldaños realzaba la fachada blanca, y al pasar por la acera se veían las dos habitaciones de la planta baja, la primera de las cuales era una sala con vestidos sobre todos los muebles, y la segunda el taller donde trabajaban las obreras de la señora de Regimbart.

Todas estaban convencidas de que el señor se dedicaba a muchos negocios, mantenía muy buenas relaciones y era un hombre extraordinario. Cuando cruzaba por el pasillo, con su sombrero de alas levantadas, su largo rostro serio y su levitón verde, interrumpían su trabajo. Además, nunca dejaba de dirigirles algunas palabras de aliento, alguna galantería en forma de sentencia; y más tarde, en su hogar, las muchachas se consideraban desdichadas porque se lo habían reservado como un ideal.

Pero ninguna lo amaba tanto como su esposa, una personita inteligente que lo mantenía con su oficio.

En cuanto el señor Moreau dijo quien era se apresuró a recibirlo, pues sabía por los criados lo que era para la señora de Dambreuse. Declaró que su marido “iba a llegar de un momento a otro”, y Federico, mientras la seguía, admiró el aspecto de la casa y la profusión de hules que allí había. Después esperó unos minutos en una especie de despacho al que el Ciudadano se retiraba para meditar.

Su acogida fue menos arisca que de costumbre.

Le refirió lo que le había sucedido a Arnoux. El ex fabricante de loza había engatusado a Mignot, un patriota poseedor de cien acciones del *Siglo* demostrándole que, desde el punto de vista democrático, era necesario cambiar la gerencia y la redacción del periódico; y con el pretexto de hacer que triunfara su opinión en la próxima asamblea de accionistas, le pidió cincuenta acciones, diciéndole que las entregaría a amigos seguros que apoyarían su voto. Mignot no tendría responsabilidad alguna, ni se enemistaría con nadie; luego, una vez obtenido el triunfo, le conseguiría un buen puesto en la administración con cinco o seis mil francos de sueldo por lo menos. Mignot le entregó las acciones, pero Arnoux las vendió inmediatamente y con el dinero así obtenido se asoció con un comerciante de objetos religiosos. A eso siguieron las reclamaciones de Mignot y las largas de Arnoux, hasta que por fin el patriota le amenazó con una querrela por estafa si no le devolvía las acciones o la cantidad equivalente: cincuenta mil francos.

Federico se mostró desesperado.

-Eso no es todo -añadió el Ciudadano-. Mignot, que es un buen hombre, le rebajó la cuarta parte. Nuevas promesas del otro y nuevas farsas, naturalmente. En resumen, anteayer por la mañana Mignot lo intimó a que en el plazo de veinticuatro horas le entregara, sin perjuicio del resto, doce mil francos.

-¡Pero yo los tengo! -dijo Federico. El Ciudadano se volvió lentamente: -¡Bromista!

-Perdón, pero estate en mi bolsillo. Los traía.

-¡Qué expeditivo es usted! Pero ya no hay tiempo. La querrela se ha presentado y Arnoux

se ha ido. ¿Sólo?

-No, con su esposa. Los han visto en la estación de El Havre.

Federico palideció intensamente. La señora de Regimbart creyó que iba a desmayarse. Se rehizo, no obstante, y hasta pudo hacer dos o tres preguntas sobre la aventura. A Regimbart le entristecía lo sucedido, pues en resumen de cuentas todo ello perjudicaba a la democracia. Arnoux siempre había sido inescrupuloso y desordenado.

-¡Una verdadera cabeza de chorlito! ¡Gastaba locamente el dinero! ¡Las faldas lo han perdido! No lo siento por él, sino por su pobre mujer -pues el Ciudadano admiraba a las mujeres

virtuosas y sentía mucha estimación por la señora de Arnoux-. ¡Ha tenido que sufrir mucho!

Federico le agradeció esa simpatía y, como si le hubiera hecho un favor, le estrechó la mano efusivamente.

-¿Has hecho todas las diligencias necesarias? -le preguntó Rosanette al volver a verlo. Contestó que no había tenido valor para hacerlo y que había caminado a la ventura por las calles para aturdirse.

¿Podía aclararla Regimbart, amigo íntimo de Mignot? Federico se hizo conducir a su casa, en la calle del Emperador en Montmartre.

Rodeaba la casa un jardincito, cerrado por una verja tapada con láminas de hierro. Una escalinata de tres peldaños realzaba la fachada blanca, y al pasar por la acera se veían las dos habitaciones de la planta baja, la primera de las cuales era una sala con vestidos sobre todos los muebles, y la segunda el taller donde trabajaban las obreras de la señora de Regimbart.

Todas estaban convencidas de que el señor se dedicaba a muchos negocios, mantenía muy buenas relaciones y era un hombre extraordinario. Cuando cruzaba por el pasillo, con su sombrero de alas levantadas, su largo rostro serio y su levitón verde, interrumpían su trabajo. Además, nunca dejaba de dirigirles algunas palabras de aliento, alguna galantería en forma de sentencia; y más tarde, en su hogar, las muchachas se consideraban desdichadas porque se lo habían reservado como un ideal.

Pero ninguna lo amaba tanto como su esposa, una personita inteligente que lo mantenía con su oficio.

En cuanto el señor Moreau dijo quien era se apresuró a recibirlo, pues sabía por los criados lo que era para la señora de Dambreuse. Declaró que su marido “iba a llegar de un momento a otro”, y Federico, mientras la seguía, admiró el aspecto de la casa y la profusión de hules que allí había. Después esperó unos minutos en una especie de despacho al que el Ciudadano se retiraba para meditar.

Su acogida fue menos arisca que de costumbre.

Le refirió lo que le había sucedido a Arnoux. El ex fabricante de loza había engatusado a Mignot, un patriota poseedor de cien acciones del *Siglo* demostrándole que, desde el punto de vista democrático, era necesario cambiar la gerencia y la redacción del periódico; y con el pretexto de hacer que triunfara su opinión en la próxima asamblea de accionistas, le pidió cincuenta acciones, diciéndole que las entregaría a amigos seguros que apoyarían su voto. Mignot, no tendría responsabilidad alguna, ni se enemistaría con nadie; luego, una vez obtenido el triunfo, le conseguiría un buen puesto en la administración con cinco o seis mil

A las ocho pasaron al comedor, pero se quedaron silenciosos el uno frente al otro, lanzando de vez en cuando un largo suspiro y devolviendo los platos. Federico bebió aguardiente. Se sentía destrozado, aplastado, aniquilado, sin más conciencia que la de una fatiga extrema.

Rosanette fue en busca del retrato. El rojo, el amarillo, el verde y el índigo formaban manchas violentas que chocaban unas con otras y formaban un conjunto horrible, casi irrisorio.

Además, el muertecito estaba casi irreconocible en aquel momento. El tono violáceo de sus labios aumentaba la blancura de la piel; las aletas de la nariz se habían adelgazado todavía más y los ojos estaban más hundidos; y su cabeza reposaba en una almohada de tafetán azul, entre pétalos de camelias, rosas de otoño y violetas; era una idea de la doncella, y entre las dos lo habían dispuesto todo devotamente. En la chimenea, cubierta con una mantilla de encaje, había candelabros de plata sobredorada y entre ellos ramos de boj bendecido; en los dos jarrones de las esquinas ardían unos pebetes; y todo formaba con la cuna una especie de altar; Federico recordó el velatorio del señor Dambreuse.

Cada cuarto de hora, más o menos, Rosanette recorría las cortinas para contemplar a su hijo, y se lo imaginaba, pocos meses después, comenzando a andar, y luego en el colegio, jugando al marro en el patio; y más tarde, a los veinte años, como un hombre ya hecho; y todas esas imágenes que ella se creaba eran como otros tantos hijos perdidos, pues el exceso de dolor multiplicaba su maternidad.

Federico, inmóvil en el otro sillón, pensaba en la señora de Arnoux.

Sin duda, ella estaba en el tren, con el rostro pegado al cristal del coche, mirando cómo el campo huía detrás de ella hacia París; o bien en la cubierta de un barco de vapor, como la primera vez que la vio; pero este barco se alejaba indefinidamente hacia países de los que no volvería. Luego la veía en la habitación de una posada, con las maletas en el suelo, el papel de las paredes desgarrado y la puerta que sacudía el viento. ¿Y después? ¿Qué sería después? ¿Institutriz, señora de compañía, tal vez sirvienta? Estaba entregada a todos los azares de la miseria. La ignorancia de su suerte torturaba a Federico. Habría debido oponerse a su huida o seguirla. ¿No era él su verdadero esposo? Y al pensar que no volvería a verla, que aquello había terminado, que la había perdido

irrevocablemente, sentía como un desgarramiento de todo su ser, y las lágrimas que se le acumulaban desde la mañana se desbordaron. Rosanette se dio cuenta de ello y exclamó:

-¡Ah, lloras como yo! ¿Sufres?

-¡Sí, sí, sufro!

La estrechó contra su corazón, y los dos sollozaron abrazados.

También lloraba la señora de Dambreuse, acostada boca abajo en la cama y con la cabeza entre las manos.

Olimpia Regimbart había ido por la tarde a probarle su primer vestido de color y le informó de la visita de Federico e inclusive que tenía dispuestos doce mil francos destinados al señor Arnoux.

¡Así que aquel dinero, su dinero, era para impedir la partida de la otra, para conservarse una querida!

Al principio sintió un ataque de ira y resolvió despedirlo como a un lacayo. Pero abundantes lágrimas la calmaron. Era preferible disimular, no decir nada. Al día siguiente Federico le llevó los doce mil francos..

Ella le rogó que se los guardara por si los necesitara su amigo, y le hizo muchas preguntas acerca de él: ¿Quién lo había impulsado a tal abuso de confianza? ¡Una mujer, sin duda! Las mujeres arrastran a los hombres a todos los delitos.

Ese tono de burla desconcertó a Federico. Sentía un gran remordimiento por su calumnia. Lo que le tranquilizaba era que la señora de Dambreuse no podía conocer la verdad.

Sin embargo, se empeñó en dilucidar el asunto, pues al día siguiente se informó acerca del amiguito de Federico, y luego de otro, de Deslauriers. -¿Es hombre de confianza e inteligente? -le preguntó. Federico lo elogió.

-Ruégale que venga a verme una de estas mañanas; desearía consultarle acerca de un asunto.

Había encontrado un paquete de papeles, entre los que estaban los pagarés protestados de Arnoux y que había firmado su esposa. Eran los que motivaron la visita de Federico al señor Dambreuse a la hora del almuerzo, y aunque el capitalista no quiso obtener el reembolso, había conseguido que el Tribunal de Comercio condenase, no solamente a Arnoux, sino también a su esposa, quien lo ignoraba, pues su marido había creído conveniente ocultárselo.

Era un arma, y la señora de Dambreuse no lo ponía en duda. Pero su escribano tal vez le aconsejaría que se abstuviera, por lo que prefería que interviniese en ello algún desconocido, y se acordó de aquel abogadillo desfachatado que le había ofrecido sus servicios.

Federico cumplió ingenuamente su encargo.

Al abogado le encantó relacionarse con tan gran dama, y fue a verla.

Ella le previno que la herencia pertenecía a su sobrina, razón de más para liquidar aquellos créditos que ella reembolsaría, pues deseaba emplear con los esposos Martinon los mejores procedimientos.

Deslauriers se dio cuenta de que había en ello un misterio y reflexionaba mientras examinaba los pagarés. El nombre de la señora de Arnoux, escrito por ella misma, hizo que volviera a verla como si la tuviera delante y le recordó el ultraje que había recibido de ella. Y puesto que se ofrecía la ocasión de vengarse, ¿por qué no aprovecharla?

En consecuencia, aconsejó a la señora de Dambreuse que sacara a pública subasta los créditos perdidos que dependían de la herencia. Un testafarro los compraría y bajo cuerda realizaría las diligencias judiciales. Él se encargaba de encontrar a ese testafarro.

A fines de noviembre Federico, al pasar por la calle donde había vivido la señora de Arnoux, levantó la vista hacia las ventanas y vio en la puerta un cartel que decía con grandes letras:

“Venta de un valioso mobiliario, consistente en batería de cocina, ropa blanca y mantelería, camisas, encajes, enaguas, bombachas, cachemires franceses y de la India, piano Erard, dos armarios de roble estilo Renacimiento, espejos de Venecia, objetos de porcelana china y japonesa.” “¡Es su mobiliario!”, pensó Federico, y el portero confirmó sus sospechas.

En cuanto a la persona que hacía la venta, el portero ignoraba quién era, pero el perito tasador, señor Berthelot, quizá podría aclararle algunas cosas. El funcionario público no quiso decir en un principio quién era el acreedor que disponía la venta, pero ante la insistencia de Federico declaró que se trataba de un señor Sénécal, agente de negocios, y el señor Berthelot llevó su complacencia hasta el extremo de prestarle su periódico de *Pequeños Anuncios*. Federico, cuando llegó a la casa de Rosanette, lo arrojó abierto en la mesa. - ¡Lee esto! -dijo.

-Bueno, ¿y qué? -replicó ella, con un semblante tan apacible que irritó a Federico.

-¡No te hagas la inocente! -No comprendo.

-¡Eres tú la que pone a pública subasta los bienes de la señora de Arnoux! Rosanette releyó el anuncio. -¿Dónde está su nombre?

-¡Pero es su mobiliario! ¡Lo sabes mejor que yo! ¿Qué me importa a mí eso? -y Rosanette se encogió de hombros.

-¿Qué te importa? ¡Te vengas, sencillamente! Esa es la consecuencia de tus persecuciones. ¿Acaso no la

ultrajaste hasta el extremo de ir a su casa? ¡Tú, una cualquiera! ¿Por qué te ensañas en arruinar a la mujer más santa, la más encantadora y la mejor?

-Te aseguro que te equivocas.

-¡Vamos! ¡Como si no hubieras enviado a Sénecal por delante!

-¡Qué tontería! Federico se enfureció.

-¡Mientes! ¡Mientes, miserable! ¡Estás celosa de ella!

¡Posees una condena contra su marido y Sénecal interviene en tus asuntos. Detestas a Arnoux y vuestros dos odios se entienden. Vi su júbilo cuando ganaste el pleito por el caolín.

¿Negarás eso?

-Te doy mi palabra ...

-¡Oh, sé lo que vale tu palabra!

Y Federico le recordó sus amantes, citándolos por sus nombres y con toda clase de detalles. Rosanette, muy pálida, retrocedía.

-¡Eso te asombra! Me creías ciego porque cerraba los *ojos*. ¡Pero ya estoy harto! No se muere por las traiciones de una mujer de tu clase. Cuando se hacen demasiado monstruosas se las deja, ¡castigarlas sería degradarse!

Rosanette se retorció los brazos.

-¡Dios mío! ¿Quién te ha cambiado así? -¡Nadie sino tú misma!

-¡Y todo por la señora de Arnoux! -exclamó Rosanette, llorando. El replicó fríamente:

-Jamás he amado a nadie sino a ella. Ante ese insulto, Rosanette dejó de llorar.

-Eso prueba tu buen gusto -dijo-. ¡Una mujer de edad madura, con la tez de color de regaliz, la cintura gruesa, los *ojos* grandes como tragaluces de sótano, y vacíos como ellos!

¡Puesto que te gusta, vete con ella! -Es lo que yo esperaba. ¡Gracias!

Rosanette se quedó inmóvil, estupefacta por aquellos modales desacostumbrados. Hasta dejó que la puerta se cerrara; pero luego, de un salto, lo alcanzó en la antesala y abrazándolo, le dijo:

-¡Estás loco! ¡Estás loco! ¡Esto es absurdo! ¡Yo te amo: -Y le suplicó-. ¡Dios mío, en nombre de nuestro hijito!

-Confiesa que eres tú quien ha asestado el golpe -dijo Federico. Ella volvió a afirmar su inocencia. -¿No quieres confesarlo? -No.

-Pues bien, ¡adiós y para siempre! -¡Escúchame! Federico se volvió.

-Si me conocieras mejor sabrías que mi decisión es irrevocable.

-¡Oh, volverás a mí! ¡Nunca!

Y cerró la puerta con violencia.

Rosanette escribió a Deslauriers que necesitaba verlo inmediatamente.

Se presentó una noche, cinco días después, y cuando ella le enteró de la ruptura, dijo: -¿No es más que eso? ¡Es una buena desgracia!

Ella había creído al principio que él podría llevarle de vuelta a Federico, pero ya estaba todo perdido, pues supo por su portero que se iba a casar próximamente con la señora de Dambreuse.

Deslauriers le dio consejos morales y se mostró muy alegre y bromista, y como ya era muy tarde, le pidió permiso para pasar la noche en un sillón. Al día siguiente partió para Nogent, advirtiéndole que no sabía cuándo volverían a verse, pues de allí a poco tal vez se produciría un gran cambio en su vida.

-Dos horas después de su regreso, Nogent estaba revuelta. Se decía que el señor Federico se iba a casar con la viuda de Dambreuse. Las tres señoritas Auger, que ya no podían reprimir su impaciencia, fueron a visitar a la señora de Moreau, quien confirmó la noticia con orgullo. El señor Roque se enfermó. Luisa se encerró y circuló el rumor de que estaba loca.

Entretanto, Federico no podía ocultar su tristeza. La señora de Dambreuse, para distraerle sin duda, redoblaba sus atenciones. Todas las tardes lo paseaba en su coche, y una vez, al pasar

por la plaza de la Bolsa, se le ocurrió la idea de entrar en el edificio de las subastas públicas para entretenerse.

Era el 1º de diciembre, precisamente el día en que se iban a subastar los bienes de la señora de Arnoux.

Federico recordó la fecha y manifestó su renuencia a entrar, alegando que aquel era un lugar insostenible a causa de la multitud y del ruido. Ella replicó que lo único que deseaba era echar un vistazo. El coche se detuvo y Federico tuvo que seguirla.

En el patio se veían lavabos sin palanganas, armazones de sillones, cestas viejas, cachivaches de porcelana, botellas vacías, colchones; y unos hombres con blusa o levitón sucio, grises de polvo, de rostro innoble, algunos con sacos a la espalda, conversaban formando grupos o se llamaban a gritos.

Federico objetó los inconvenientes de seguir adelante. -¡Bah! -dijo ella. Y subieron la escalera.

En la primera sala, a la derecha, unos señores, con un catálogo en la mano, examinaban cuadros; en otra subastaban una colección de armas chinas. La señora de Dambreuse quiso descender. Miraba los números

colocados sobre las puertas, y llevó a Federico hasta el final del corredor, a una habitación llena de gente. El reconoció inmediatamente los dos anaqueles *de E/ Arte Industrial*, la mesa de trabajo, ¡todos sus muebles! Amontonados en el fondo, por orden de tamaño, formaban un amplio declive desde el piso hasta las ventanas, y en los otros lados de la habitación las alfombras y las cortinas colgaban a lo largo de las paredes. Al pie había unos escalones donde dormitaban varios ancianos. A la izquierda se alzaba una especie de mostrador donde el perito tasador, con corbata blanca, blandía suavemente su martillito-. Un joven, junto a él, escribía, y más abajo, de pie, un anciano robusto, con algo de viajante de comercio y de vendedor de contraseñas de teatro, anunciaba los muebles que se remataban. Tres muchachos los llevaban a una mesa, en torno de la cual se sentaban en fila ambulacheros y revendedoras. La gente circulaba detrás de ellos.

Cuando Federico entró, las enaguas, las pañoletas, los pañuelos y hasta las camisas pasaban de mano en mano, revueltos; a veces los arrojaban desde lejos y las prendas blancas cruzaban de pronto por el aire. Luego remataron sus vestidos, uno de sus sombreros con la punta rota caída, sus pieles y tres pares de zapatos; y el reparto de esas reliquias, en las que Federico creía ver confusamente las formas de los miembros de ella, le parecía una atrocidad, como si hubiera visto a unos cuervos desgarrando su cadáver. La atmósfera de la sala, cargada de respiraciones, le causaba náuseas. La señora de Dambreuse le ofreció su frasquito, ella se divertía mucho, según dijo.

Exhibieron los muebles del dormitorio.

El señor Berthelot anunciaba un precio. El rematador lo repetía inmediatamente en voz más alta, y los tres ordenanzas esperaban tranquilamente el martillazo y luego llevaban el objeto rematado a una habitación contigua. Así fueron desapareciendo, uno tras otro, la gran alfombra azul con camelias bordadas que rozaban sus lindos pies cuando salía a *su* encuentro, la butaquita tapizada donde él se sentaba siempre frente a ella cuando estaban solos; las dos pantallas de la chimenea, cuyo marfil se había hecho más suave con el contacto de sus manos; una almohadilla de terciopelo todavía erizada de alfileres. Con esas cosas parecían irsele trozos del corazón, y la monotonía de las mismas voces, de los mismos gestos, le entumecía de cansancio, le causaba un aturdimiento fúnebre, una relajación..

Una seda crujió junto a su oído: lo tocaba Rosanette.

Se había enterado de la subasta por Federico mismo, y una vez que se le pasó el disgusto se le ocurrió la idea de aprovecharla. Iba a verla con chaleco de raso blanco con botones de perlas, vestido de volantes, guantes bien ceñidos y aire de vencedora.

Federico palideció de ira, mientras ella miraba a la mujer que lo acompañaba.

La señora de Dambreuse la reconoció, y durante unos instantes ambas se contemplaron de arriba abajo, escrupulosamente, para descubrirse el defecto, la tara; la una envidiaba acaso la juventud de la otra, y ésta, despechada por el buen tono extremado, la sencillez aristocrática de su rival.

Por fin la señora de Dambreuse volvió la cabeza, con una sonrisa indeciblemente insolente.

El rematador había abierto un piano, ¡su piano! Sin sentarse, tocó una escala con la mano derecha, y anunció el instrumento por mil doscientos francos, que luego rebajó a mil, ochocientos y setecientos.

La señora de Dambreuse, en tono bromista, se burlaba del armatoste.

Colocaron delante de los cambalacheros un cofrecito con medallones, cantoneras y cierres de plata que Federico había visto en la primera comida en la calle de Choiseul, y luego en casa de Rosanette, y de nuevo en la de la señora de Arnoux; con frecuencia, durante sus conversaciones, sus ojos se fijaban en él; estaba vinculado con sus recuerdos más caros, y el corazón se le enternecía, cuando oyo que la señora de Dambreuse decía de pronto.

-¡Voy a comprarlo!

-Nada tiene de notable -dijo Federico.

A ella le parecía, al contrario, muy lindo, y el rematador elogiaba su belleza.

-¡Una joya del Renacimiento! ¡Ochocientos francos, señores! ¡Casi por completo de plata!

¡Con un poco de yeso mate quedará muy brillante!

Y como ella se introdujo entre la gente, Federico exclamó:

-¡Qué idea rara!

-¿Te disgusta?

-No, ¿pero que se puede hacer con esa chuchería? -¡Quién sabe! Tal vez sirva para guardar cartas de amor.

Y le lanzó una mirada que hacía muy clara la alusión. -Razón demás para no despojar a los muertos de sus secretos. -Yo no la creía tan muerta. Y gritó en voz alta:

-¡Ochocientos ochenta francos!

-No está bien lo que haces -murmuró Federico. Ella reía.

-Pero, querida amiga, es el primer favor que te pido. -¿Sabes que no serás un marido amable? Alguien acababa de pujar la postura, y ella levantó la mano:

-¡Novecientos francos!

-¡Novecientos francos! - repitió el señor Berthelot.

-¡Novecientos diez... novecientos quince... novecientos veinte. . . novecientos treinta! - gritaba el rematador,

mientras paseaba la mirada por el público y movía la cabeza a sacudidas.

-Pruébame que mi esposa es razonable-dijo Federico. Y la arrastró suavemente hacia la puerta. El perito tasador continuaba: -¡Vamos, vamos, señores! ¡Novecientos treinta! ¿Hay quien ofrezca más de novecientos treinta?

La señora de Dambreuse, que había llegado al umbral, se detuvo y gritó: -¡Mil francos!

En el público se produjo un estremecimiento y un silencio.

-¡Mil francos, señores, mil francos! ¿Nadie puja? ¿Está mil francos! ¡Adjudicado! El martillo de marfil descendió.

Ella entregó su tarjeta y le llevaron el cofrecito, que guardó en el manguito.

Federico sintió que un gran frío le atravesaba el corazón.

La señora de Dambreuse seguía dándole el brazo, y no se atrevió a mirarle a la cara hasta que estuvieron en la calle, donde esperaba su coche.

Se introdujo en él como un ladrón que huye, y cuando estuvo sentada se volvió hacia Federico, que tenía el sombrero en la mano.

-¿No subes?

-No, señora.

Y, saludándola fríamente, cerró la portezuela e hizo seña al cochero para que se pusiera en marcha.

Al principio experimentó un sentimiento de júbilo y de independencia reconquistada. Se sentía orgulloso por haber vengado a la señora de Arnoux sacrificándole una fortuna; luego le asombró su propia acción y le abrumó un cansancio infinito.

A la mañana siguiente su criado le informó acerca de las novedades. Se había decretado el estado de sitio, disuelto la Asamblea y una parte de los representantes del pueblo se hallaban en la prisión de Mazas. Pero los asuntos públicos le dejaron indiferente, tan preocupado estaba por los suyos.

Escribió a sus proveedores para anular muchas compras relacionadas con su casamiento, que ahora le parecía una especulación un poco innoble, y execraba a la señora de Dambreuse porque había estado a punto de cometer por ella una vileza. Olvidó a la Mariscala y ni siquiera le preocupaba la señora de Arnoux; sólo pensaba 'en él, en él solamente, perdido entre los escombros de sus sueños, enfermo, dolorido y desalentado; y por odio al medio ambiente artificial en el que tanto había sufrido, anhelaba la frescura de la hierba, el descanso provinciano, una vida soñolienta a la sombra del techo nativo, en compañía de corazones ingenuos. Por fin, el miércoles por la tarde terminó por partir.

Numerosos grupos se hallaban estacionados en los bulevares. De vez en cuando una patrulla los dispersaba, y -volvían a agruparse detrás de ella. Se hablaba libremente, vociferaban contra los soldados burlas e injurias, y nada más.

-¡Cómo! ¿No van a luchar? -preguntó Federico a un obrero. El hombre de blusa le contestó:

-¡No somos tan necios para hacernos matar por los burgueses! ¡Que se las arreglen! Y un señor refunfuñó, mirando de reojo al arrabalero: -¡Canallas de socialistas! ¡Si se pudiera exterminarlos esta vez!

Federico no comprendía tanto rencor y tanta necedad. Eso aumentó el desagrado que le producía París y a los dos días partió para Nogent en el primer tren.

Las casas no tardaron en desaparecer y el campo se ensanchó. Solo en el coche y con los pies en la banqueta, rumiaba los acontecimientos de los últimos días y todo su pasado. Se acordó de Luisa.

- ¡Ella sí que me amaba! Hice mal al dejar que se perdiera esa felicidad... ¡Bah!, no pensemos más en ello." Y cinco minutos después: "Sin embargo, ¿quién sabe? ... Más adelante, ¿por qué no?" Su fantasía, como sus miradas, se perdía en vagos horizontes. "Ella es ingenua, campesina, casi salvaje, ¡pero tan buena!".

A medida que se acercaba a Nogent Luisa estaba más cerca de él. Cuando cruzó por las praderas de Sourdon la vio, como en otro tiempo, bajo los álamos, cortando juncos a la orilla de los charcos de agua. Llegaron y descendió del tren.

Luego se acodó en el puente, para volver a ver la isla y el jardín por donde habían paseado juntos un día de sol; y el aturdimiento causado por el viaje y el aire libre, y la debilidad que conservaba por sus recientes emociones, le produjeron una especie de exaltación, y se dijo:

"Quizá haya salido de casa. ¿Si fuera a su encuentro?"

Repicaba la campana de Saint-Laurent, y en la plaza, delante de la iglesia, había un grupo de pobres alrededor de una calesa, la única de la aldea, la que se utilizaba para las bodas. De pronto en el pórtico, entre una oleada de burgueses con corbatas blancas, aparecieron los recién casados.

Federico se creyó alucinado. ¡Pero no, era ella, era Luisa! La cubría un velo blanco que le caía desde la cabellera rubia hasta los pies; y el novio era Deslauriers, de levita azul con bordados de plata, la vestimenta de perfecto. ¿Qué significaba eso?

Federico se ocultó en la esquina de una casa para dejar que pasara el cortejo.

Avergonzado, vencido, abrumado, volvió a la estación y regresó a París.

El cochero le aseguró que habían levantado barricadas desde el Château d'Eau hasta el Gimnasio, y tomó por el barrio Saint-Martin. En la esquina de la calle de Proverice Federico se apeó para dirigirse a los bulevares.

Eran las cinco y caía una lluvia fina. La gente ocupaba la acera del lado de la ópera. Las casas de enfrente estaban cerradas y a nadie se veía en las ventanas. Por toda la anchura del bulevar galopaban los dragones inclinados sobre sus caballos y con el sable desenvainado; y las crines de sus cascos y sus grandes capas blancas que flotaban a su espalda cruzaban bajo las luces de los faroles, que se retorcían al viento en la bruma. La multitud los miraba, en silencio y aterrada.

Entre las cargas de la caballería surgían los piquetes de la guardia municipal, que obligaban a la gente a retroceder en las calles.

Pero en los escalones del Tortoni un hombre -Dussardier-, visible desde lejos por su alta estatura, se mantenía inmóvil como una cariátide.

Uno de los agentes que iba a la cabeza, con el tricornio encasquetado hasta los ojos, le amenazó con la espada. Dussardier, avanzando un paso, gritó: -¡Viva la República!

Cayó de espaldas, con los brazos en cruz.

Un alarido de horror salió de la multitud. El agente de policía miró a su alrededor, y Federico, estupefacto, reconoció a Sénécal.

VI

Viajó.

Conoció la melancolía de los paquebotes, los fríos despertares bajo la tienda de campaña, el aturdimiento de los paisajes y de las ruinas, la amargura de las simpatías interrumpidas.

Volvió.

Frecuentó la sociedad y tuvo otros amores. Pero el recuerdo continuo del primero los hacía insípidos; y además había perdido la vehemencia del deseo, la flor misma de la sensación. Sus ambiciones intelectuales también habían disminuido. Pasaron los años, y soportaba la ociosidad de su inteligencia y la inercia de su corazón.

Hacia fines de marzo de 1867, al caer la noche, cuando estaba solo en su despacho, entró una mujer.

-¡Señora de Arnoux! -¡Federico!

Ella le tomó las manos, lo llevó suavemente hacia la ventana y lo contempló mientras

repetía: -¡Es él! ¡Es él!

En la penumbra del crepúsculo Federico sólo veía sus ojos bajo el velete de encaje negro que le cubría el rostro.

Después de depositar en la repisa de la chimenea una carterita de terciopelo granate, la señora de Arnoux se sentó. Ambos se quedaron sin poder hablar, sonriéndose mutuamente. Por fin él le hizo muchas preguntas sobre ella y su marido.

Residían en la parte más lejana de Bretaña, para vivir económicamente y pagar sus deudas. Arnoux, casi siempre enfermo, parecía un anciano. Su hija se había casado en Burdeos y su hijo estaba de guarnición en Mostaganem. Luego levantó la cabeza y exclamó:

-¡Pero lo vuelvo a ver y me siento dichosa!

El no dejó de decirle que al enterarse de su catástrofe había ido a su casa.

-Lo sabía.

-¿Cómo?

Lo había visto en el patio y se había ocultado. -¿Por qué?

Y con voz temblorosa y largos intervalos entre las palabras, ella contestó: -Tenía miedo...

Sí, miedo de usted... de mí.

Esa revelación produjo a Federico como un pasmo de voluptuosidad. El corazón le latía fuertemente. Ella añadió:

-Perdóneme que no haya venido antes. Y señalando la carterita granate con palmas doradas, continuó:

-La he bordado para usted deliberadamente. Contiene el dinero por el que debían salir fiadores los terrenos de Belleville.

Federico le agradeció el regalo y la reprendió por haberse molestado.

-No, no he venido por eso: Deseaba hacer esta visita; luego volveré a... allá lejos. Y le habló del lugar donde vivía.

Era una casa baja, de un solo piso, con un jardín lleno de grandes bojés y con una doble avenida de castaños que ascendía hasta la cima de una colina desde la que se veía el mar. -Voy a sentarme allí en un banco al que llamo el banco de Federico.

Después examinó los muebles, las chucherías, los cuadros, ávidamente, para llevarlo todo en su memoria. El retrato de la Mariscala estaba medio oculto por una cortina. Pero los oros y los blancos que se destacaban en la penumbra, llamaron su atención.

-Me parece que conozco a esa mujer -dijo. -¡Imposible! Es una antigua pintura italiana. Ella confesó que deseaba pasear con él por las calles tomados del brazo.

Salieron.

La luz de las tiendas iluminaba a intervalos su perfil pálido; luego la oscuridad la envolvía de nuevo; y entre los coches, la multitud y el ruido caminaban sin distraerse de sí mismos, sin oír nada, como los que se pasean juntos por el campo sobre una capa de hojas secas.

Recordaban los días de otro tiempo, las comidas en la época de *El Arte Industrial*, las manías de Arnoux, su manera de tirar de las puntas de su cuello postizo, de aplastarse el bigote con cosmético, y otras cosas más íntimas y profundas. ¡Qué arrobamiento había sentido él al oírla cantar por primera vez! ¡Qué bella estaba el día de su onomástico en Saint-Cloud! Federico le recordó el jardincito de Auteuil, las noches en el teatro, su encuentro en el bulevar, los criados antiguos y la negra.

Ella admiraba su memoria, a pesar de lo cual le dijo:

-A veces sus palabras me llegan como un eco lejano, como el sonido de una campana traído por el viento, y me parece que está usted presente cuando leo pasajes amorosos en los libros.

-Todo lo que en ellos se censura como exagerado me lo ha hecho sentir usted -dijo Federico-. Comprendo que a los Werther puedan no empalagarles los dulces de Carlota.

-¡Pobre amigo mío!

Suspiró, y tras un largo silencio, añadió: -No importa; nos hemos amado mucho. -¡Sin poseernos, no obstante! -Acaso haya sido mejor.

-¡No, no! ¡Qué dichosos habríamos sido! -¡Oh, lo creo, con un amor como el suyo! Y tenía que ser muy fuerte para durar tras una separación tan larga.

Federico le preguntó cómo lo había descubierto.

-Fue una, noche que me besó usted la muñeca entre el guante y el manguito. Me dije: “¡Me ama! ¡Me ama!”. Pero temía confirmarlo. Su reserva era tan encantadora que gozaba con ella como con un homenaje involuntario y constante.

Federico ya no se lamentaba de nada. Sus sufrimientos de otro tiempo estaban bien compensados.

Cuando volvieron, la señora de Arnoux se quitó el sombrero. La lámpara, colocada sobre una consola, iluminó sus cabellos blancos. Fue para Federico como un golpe en pleno pecho.

Para ocultarle esa decepción se sentó en el suelo junto a las rodillas de ella, y asiéndole las manos, comenzó a decirle palabras afectuosas.

-Su persona, sus menores movimientos me parecían de una importancia extraordinaria en el mundo. Mi corazón, como el polvo, se elevaba a su paso. Usted me causaba el efecto de un claro de luna en una noche estival, cuando todo es perfumes, sombras suaves, blancuras, infinito; y las delicias de la carne y del alma se contenían para mí en su nombre, que yo me repetía, tratando de besarlos con mis labios. No me imaginaba nada que pudiera existir más allá. Era la señora de Arnoux tal como usted era, con sus dos hijos, tierna, seria, deslumbrantemente bella, ¡y tan buena! Esa, imagen borraba todas las otras. ¡Es que pensaba solamente en ella, pues conservaba siempre en el fondo de mí mismo atesorada la música de su voz y el esplendor de sus ojos! Ella aceptaba con arrobamiento esas adoraciones a la mujer que ya no era. Federico, embriagado por sus propias palabras, llegaba a creer lo que decía. La señora de Arnoux, de espaldas a la luz, se inclinaba hacia él, que sentía en la frente la caricia de su aliento, y a través de sus ropas el contacto indeciso de todo su cuerpo. Sus manos se estrecharon; la punta de su zapato sobresalía un poco bajo el vestido, y él le dijo, casi desfallecido:

-La vista de su pie me perturba.

Un sentimiento de pudor hizo que ella se levantara. Luego, inmóvil, y con la entonación singular de las sonámbulas, exclamó:

--¡A mi edad! ¡Él! ¡Federico! ... ¡Ninguna ha sido amada nunca como yo! No, no, ¿para qué sirve ser joven? ¡Me importa un bledo! ¡Desprecio a todas las que vienen aquí! -¡Oh, apenas vienen! -replicó él con complacencia. El rostro de ella se despejó y preguntó a Federico si se iba a casar. Él juró que no.

--¿De veras? ¿Por qué?

-Por usted -contestó Federico, y la estrechó en sus brazos.

Se quedó así, echada hacia atrás, con la boca entreabierta y los ojos en alto. De pronto lo rechazó con un gesto de desesperación, y como él le suplicó que le correspondiera, ella, bajando la cabeza, dijo:

-Habría deseado hacerle dichoso.

Federico suponía que la señora de Arnoux había ido para entregarse y volvía a sentir un deseo más fuerte que nunca, más furioso y violento. Sin embargo, sentía también algo inexpresable, una repulsión y como el horror de un incesto. Otro temor lo contuvo: el del hastío posterior. Por otra parte, ¡qué engorroso sería aquello! Y por prudencia y por no degradar su ideal, dio media vuelta y se puso a armar un cigarrillo.

Ella lo contemplaba admirada.

-¡Qué delicado es usted! ¡No hay otro igual, no lo hay! Dieron las once.

-¡Ya! -exclamó ella- dentro de un cuarto de hora me iré.

Volvió a sentarse, pero observaba el reloj, y Federico seguía dando vueltas y fumando. Ninguno de los dos encontraba ya nada que decirse. En las separaciones hay un momento en que la persona amada ya no está con nosotros.

Por fin, cuando la aguja del reloj pasó de los veinticinco minutos, ella tomó lentamente su sombrero por las cintas.

-Adiós, amigo mío, mi querido amigo: ¡Nunca volveré a verlo! Esta ha sido mi última diligencia de mujer. Mi alma no lo abandonará. ¡Que el cielo lo bendiga!

Y lo besó en la frente como una madre.

Pero pareció buscar algo y le pidió unas tijeras.

Se deshizo el peinado, cayó toda su cabellera blanca y se cortó de raíz, violentamente, un largo mechón. - ¡Guárdelo! ¡Adiós!

Cuando ella salió, Federico abrió la ventana. La señora de Arnoux, en la acera, llamó a un coche de alquiler que pasaba. Se introdujo en él y el vehículo desapareció. Y eso fue todo.

VII

A comienzos de aquel invierno, Federico y Deslauriers conversaban junto a la chimenea, reconciliados una vez más por la fatalidad de su índole, que los impulsaba a reunirse y quererse.

El uno explicó sumariamente su ruptura con la señora de Dambreuse, que había vuelto a casarse con un inglés.

El otro, sin explicar cómo se había casado con la señorita

Roque, dijo que su esposa, un buen día, se fugó con un cantante. Para lavarse un poco del ridículo se comprometió en su prefectura con un exceso de celo gubernamental y lo destituyeron. Luego había sido jefe de colonización en Argelia, secretario de un bajá, gerente de un diario, corredor de anuncios y, finalmente, empleado en la oficina de lo contencioso de una compañía industrial.

En cuanto a Federico, que había consumido las dos terceras partes de su fortuna, vivía modestamente. Luego se informaron mutuamente de sus amigos.

Martinon era ya senador.

Hussonnet ocupaba un alto cargo, desde el que manejaba todos los teatros y toda la prensa, Cisy, entregado a la religión y padre de ocho hijos, vivía en el castillo de sus antepasados.

Pellerin, después de haberse entregado al furierismo, la homeopatía, las mesas giratorias, el arte gótico y la pintura humanitaria, se había hecho fotógrafo, y en todas las paredes de París se lo veía representado con frac, un cuerpo minúsculo y una cabeza grande.

-¿Y tu amigo Sénécál? -preguntó Federico.

-Desapareció. No sé nada de él. ¿Y tu gran pasión, la señora de Arnoux?

-Debe de estar en Roma con su hijo, teniente de cazadores.

-¿Y su marido?

-Murió el año pasado.

-¡Caramba! -exclamó el abogado. Luego se golpeó la frente y añadió:

-A propósito, el otro día me encontré en una tienda con aquella buena Mariscalá, que llevaba de la mano a un niño adoptado por ella. Es viuda de un tal Oudry, y ahora está muy gorda, enorme. ¡Qué decadencia! ¡Ella que tenía en otro tiempo un talle tan esbelto! Deslauriers no ocultó que había aprovechado de su desesperación para conseguirla. -Por lo demás, tú me lo habías permitido.

Esa confesión compensaba el silencio que mantenía acerca de su tentativa con la señora de Arnoux. Federico se la habría perdonado porque no había tenido buen éxito. Aunque un poco mortificado por el descubrimiento, se esforzó por reír y el recuerdo de la Mariscalá le trajo el de la Vatnaz.

Deslauriers no había vuelto a verla, ni a otras muchas personas que iban a la casa de Arnoux, pero se acordaba perfectamente de Regimbart.

¿Vive todavía?

-Apenas. Todas las noches, regularmente, desde la calle de Grammont hasta la de Montmartre, se arrastra por delante de los cafés, debilitado, encorvado, desmirriado, hecho un espectro.

-¿Y Compain?

Federico lanzó un grito de alegría y rogó al ex delegado del gobierno provisional que le explicara el misterio de la cabeza de becerro.

-Es una importación inglesa. Para parodiar la ceremonia que los realistas celebraban el 30 de enero, los independientes organizaban un banquete anual en el que comían cabezas de becerro y bebían vino tinto en cráneos del mismo animal, brindando por la exterminación de los Estuardos. Después de Thermidor los terroristas organizaron una cofradía muy parecida, lo que prueba que la estupidez es fecunda.

-Me pareces muy encalmado con respecto a la política. Consecuencia de la edad --dijo el abogado.

Y resumieron su vida.

La habían malogrado los dos, el que soñaba con el amor y el que soñaba con el poder.

¿Cuál era la causa?

—Quizás sea no haber seguido una línea recta --dijo Federico.

-En lo que a ti respecta, eso es posible. Yo, al contrario, he pecado por exceso de rectitud, sin tener en cuenta mil cosas secundarias, más fuertes que todo. Yo tenía demasiada lógica y tú demasiado sentimiento.

Luego acusaron a la casualidad, las circunstancias, la época en que habían nacido.

Federico recordó:

-No era a eso a lo que aspirábamos en Sens en otro tiempo, cuando tú querías escribir una historia crítica de la filosofía y yo una gran novela medieval sobre Nogent, el tema de la cual había encontrado en Froissart: Cómo el señor Brokars de Fenestranges y el obispo de Troyes asaltaron al señor Eustache d'Ambrecicourt. ¿Recuerdas? Y exhumando su juventud se preguntaban a cada frase: -¿Recuerdas?

Volvían a ver imaginariamente el patio del colegio, la capilla, el locutorio, la sala de

armas al pie de la escalera, los rostros de los celadores y alumnos, a un tal Angelmarre, de Versailles, que se hacía tirantes con las botas viejas; al señor Mirbal y sus patillas rojas, a los dos profesores de dibujo lineal y del natural, a Varaud y Suriret, siempre disputando, y al polaco, el compatriota de Copérnico, con su sistema planetario de cartón, astrónomo ambulante, al que se le pagaba la asistencia con una comida en el refectorio; después una terrible cuchipanda durante el paseo, las primeras pipas fumadas, las distribuciones de premios, la alegría de las vacaciones.

En las de 1837 habían estado en casa de la Turca.

Llamaban así a una mujer cuyo verdadero nombre era Zoraida Turc, y muchas personas la creían musulmana, una turca, lo que aumentaba la poesía de su establecimiento, situado a la orilla del río, detrás de la muralla; y hasta en pleno verano había sombra alrededor de su casa, fácil de reconocer por un bocal con peces rojos, junto a una maceta de reseda colocada en una ventana. Mujeres en camisa blanca, con colorete en las mejillas y largos zarcillos, golpeaban en los cristales cuando alguien pasaba, y por la noche, en el umbral de la puerta, canturreaban con voz ronca.

Ese lugar de perdición proyectaba sobre todo el distrito un resplandor fantástico. Se lo designaba con paráfrasis: “El lugar que usted sabe... cierta calle... debajo de los puentes.” Las granjeras de los alrededores lo temían por sus maridos y las burguesas por sus criadas, porque a la cocinera del subprefecto la habían sorprendido allí, y era, por supuesto, la obsesión secreta de todos los adolescentes.

Ahora bien, un domingo, durante el oficio de Vísperas, Federico y Deslauriers, después de rizarse el cabello, recogieron flores en el jardín de la señora de Moreau, salieron por la puerta que daba al campo y, tras un largo rodeo por las viñas, volvieron por la Pêcherie y se deslizaron en casa de la Turca, con sus grandes ramilletes de flores.

Federico ofreció el suyo como un novio a su prometida. Pero el calor que hacía, el temor a lo desconocido, una especie de remordimiento, e incluso el placer de ver de una sola ojeada tantas mujeres a su disposición le impresionaron de tal modo que se puso muy pálido y se quedó inmóvil y en silencio. Todas rieron, divertidas con su cortedad, y él, creyendo que se burlaban, huyó; y como Federico llevaba el dinero, Deslauriers se vio obligado a seguirle. Los vieron salir, y eso dio motivo a un chismorreo que todavía duraba tres años después.

Ellos lo relataron prolijamente, completando cada uno los recuerdos del otro, y cuando terminaron, Federico dijo: -Esa fue la mejor época de nuestra vida.

-Sí, es muy posible que fuera la mejor -confirmó Deslauriers.